

GEORGES

SIMENON

El caso
Saint-Fiacre

INSPECTOR MAIGRET

Un mundo de novela ... www.miscolecciones.org

Un mundo de novela
www.miscolecciones.org



«Les comunico que se cometerá un crimen en la iglesia de Saint-Fiacre durante la primera misa del día de difuntos». *El caso Saint-Fiacre*: un enigma desgarrador, teatral, que se resiste a ser desvelado y que brinda a Maigret la ocasión de realizar una melancólica peregrinación por su pueblo natal. Allí, en el humilde cementerio, se halla la tumba de su padre. Y en la terca mirada del monaguillo, Maigret se ve, en muchos aspectos, reflejado a sí mismo. Todo parece, no obstante, confabularse para mancillar sus recuerdos de infancia: el castillo está hipotecado, la condesa de Saint-Fiacre se ha convertido en una vieja chiflada que se rodea de *gigolós*, y su hijo, con su conducta, precipita la ruina familiar. En efecto, nada es como antes...

Georges Simenon

El caso Saint-Fiacre

Comisario Maigret - 14

Título original: *L'affaire Saint-Fiacre*

Georges Simenon, 1932

Traducción: Javier Albiñana

Retoque de cubierta: chungalitos

Editor digital: Titivillus

Corrección de erratas: chungalitos



La niña bizca

Un tímido toque en la puerta; el ruido de un objeto que alguien dejaba en el suelo; una voz furtiva:

—¡Son las cinco y media! Acaba de sonar el primer toque de misa.

Maigret, al incorporarse apoyándose en los codos, hizo rechinar el somier de la cama y, mientras miraba con asombro el tragaluz abierto en el tejado en pendiente, la voz agregó:

—¿Va usted a comulgar?

Ahora el comisario Maigret estaba de pie, descalzo en el suelo helado. Caminó hacia la puerta, que se cerraba con un cordel sujeto a dos clavos. Oyó unos pasos que se alejaban precipitadamente y, al asomarse al pasillo, apenas pudo distinguir una figura de mujer con blusa y enaguas blancas.

Tomó entonces el jarro de agua caliente que le había traído Marie Tatin, cerró la puerta y buscó un espejo para afeitarse.

A la vela le quedaban unos minutos de vida. Al otro lado del tragaluz la oscuridad era total, una fría madrugada, propia del invierno incipiente. En las ramas de los álamos de la plaza mayor quedaban algunas hojas secas.

Maigret, debido a la doble pendiente del tejado, cabía de pie sólo en el centro de la buhardilla. Tenía frío. Durante toda la noche un hilillo de aire frío, cuyo origen no había logrado localizar, le había helado la nuca. Y esa misma clase de frío lo desasosegaba transportándolo a un ambiente que creía haber olvidado.

El primer toque de misa, los tañidos en el pueblo dormido... De niño, Maigret no se levantaba en seguida; esperaba el segundo toque, a las seis menos cuarto, porque entonces no tenía que afeitarse. ¿Se lavaba siquiera la cara? No le traían agua caliente. A veces el agua de la jarra estaba helada.

Poco después, sus zapatos resonaban en la carretera, endurecida por la escarcha.

Ahora, mientras se vestía, oía a Marie Tatin que trajinaba en el comedor de la fonda, sacudía la rejilla de la estufa, hacía entrechocar los platos, molía café.

Se puso la chaqueta y el abrigo. Antes de salir, sacó del billetero un papel prendido a un comunicado administrativo que ostentaba la mención:

Policía Municipal de Moulins.

Transmitido para todos los efectos a la Policía Judicial de París.

En una hoja cuadriculada, escrito con esmerada letra, se leía:

Les comunico que se cometerá un crimen en la iglesia de Saint-Fiacre durante la primera misa del día de difuntos.

El papel había corrido durante varios días por los despachos del *Quai des Orfèvres*. Maigret lo había visto por casualidad, y se había sorprendido.

«Saint-Fiacre, ¿cerca de Matignon?».

«Es probable, puesto que nos ha llegado a través de Moulins».

Y Maigret se había metido el papel en el bolsillo. ¡Saint-Fiacre! ¡Matignon! ¡Moulins! Esos nombres le resultaban más familiares que ningún otro.

Había nacido en Saint-Fiacre y su padre había sido durante treinta años administrador del castillo de la localidad. El comisario estuvo precisamente allí por última vez cuando murió su padre, que estaba enterrado en el pequeño cementerio situado detrás de la iglesia.

... se cometerá un crimen..., durante la primera misa...

Maigret había llegado la víspera. Se había alojado en la única fonda del pueblo, la de Marie Tatin.

Marie no lo había reconocido, pero él sí a ella, por sus ojos. ¡La «niña bizca», como la llamaban en aquel entonces! Una niña raquítica que se había convertido en una solterona aún más delgaducha, cada vez más bizca, que trajinaba sin descanso por el comedor, la cocina y el corral, donde criaba

conejos y gallinas.

El comisario bajó. Una lámpara de petróleo iluminaba el comedor. Le habían puesto un cubierto en un rincón. Una gruesa rebanada de pan moreno. Olor a café de achicoria, leche hirviendo.

—Hace usted mal en no comulgar un día como hoy. Si ya ha hecho el esfuerzo de levantarse para ir a la primera misa... Escuche, ¡dan el segundo toque!

Los tañidos sonaban débilmente. Se oyeron pasos en la carretera. Marie Tatin se escabulló a la cocina para ponerse el vestido negro, los guantes de hilo y un sombrerito que, debido al moño, no se mantenía derecho.

—Le dejo que acabe de desayunar. ¿Se acordará de cerrar con llave al salir?

—No, no, si ya estoy listo.

¡Le avergonzaba salir a la carretera con un hombre, que además venía de París! La mujer caminaba a pasitos, inclinada hacia delante, en la fría mañana. Se arremolinaban hojas secas por el suelo; su chasquido indicaba que había helado durante la noche.

Otras sombras convergían hacia la puerta de la iglesia, vagamente iluminada. Las campanas seguían tañendo. Alguna que otra luz en las ventanas de las casas de una sola planta: gente que se vestía apresuradamente para la primera misa.

Maigret revivía antiguas sensaciones: el frío, el picor en los ojos, las puntas de los dedos heladas, un regustillo a café. Luego, al entrar en la iglesia, una bocanada de calor, la tibia luz, el olor de los cirios, del incienso...

—Discúlpeme. Tengo un reclinatorio.

Maigret reconoció la silla negra con reclinatorio de terciopelo rojo que había pertenecido a la anciana Tatin, la madre de la niña bizca.

La soga que acababa de soltar el campanero se estremecía aún en el fondo de la iglesia. El sacristán encendía los últimos cirios.

¿Cuántos eran en aquella fantasmagórica reunión de personas semidormidas? Como mucho, unos quince. Sólo había tres hombres: el sacristán, el campanero y Maigret.

«... se cometerá un crimen...».

La policía de Moulins se había tomado la nota como una broma pesada y no le había dado importancia. En París, les había sorprendido ver marchar al comisario.

Éste oía ruidos detrás de la puerta situada a la derecha del altar, y podía adivinar lo que ocurría segundo a segundo en la sacristía: el monaguillo que había llegado tarde; el sacerdote que, sin chistar, se ponía la casulla, unía las manos, se dirigía hacia la nave seguido por el chiquillo, que iba tropezando con su propia sotana...

El monaguillo era pelirrojo. Hizo sonar la campanilla. Comenzó el murmullo de las plegarias.

«... durante la primera misa...».

Maigret había observado, una por una, todas las sombras. Cinco viejas, tres de ellas en su reclinatorio reservado. Una granjera gorda. Campesinas más jóvenes y un niño.

El ruido de un coche, en el exterior. El chirrido de una portezuela. Pasos menudos, ligeros, y una dama enlutada cruzó toda la iglesia.

Una hilera de sillas del coro —duras, de vieja madera pulida— estaba reservada para los habitantes del castillo. Ahí se sentó la mujer, sin hacer ruido, bajo la mirada de las campesinas.

—*Requiem aeternam dona eis, Domine...*

Maigret habría podido darle la réplica al sacerdote. Sonrió pensando que antaño prefería las misas de difuntos a las otras, porque las oraciones eran más cortas. ¡Recordaba misas celebradas en dieciséis minutos!

Pero ahora sólo miraba a la ocupante de la silla gótica. Apenas le veía el perfil. Le costó reconocer a la condesa de Saint-Fiacre.

—*Dies irae, dies illa...*

Sin embargo, ¡era ella! La última vez que la había visto la condesa tenía veinticinco o veintiséis años. Era una joven alta, delgada, melancólica, a quien solía ver de lejos en el parque.

Y ahora debía de haber cumplido los sesenta años. Rezaba con fervor. Tenía el rostro demacrado, manos demasiado largas y finas, con las que oprimía un misal.

Maigret se había sentado en la última hilera de sillas de enea, las que cuestan cinco céntimos en la misa mayor, pero que son gratuitas en las misas

rezadas.

«... se cometerá un crimen...».

En el Evangelio se puso en pie al tiempo que los demás. Mil detalles llamaban su atención, y los recuerdos le acudían a la mente. Por ejemplo, de pronto pensó: «El día de difuntos, un mismo sacerdote celebra tres misas».

En sus tiempos, Maigret desayunaba en la rectoría, entre la segunda y la tercera misa. Un huevo pasado por agua y queso de cabra.

Tenía razón la policía de Moulins: ¡allí no podía cometerse crimen alguno! El sacristán se había acomodado en un extremo de la hilera de sillas del coro, cuatro asientos más allá de la condesa. El campanero se había marchado caminando pesadamente, como un director de teatro poco interesado en asistir a la representación de su obra.

De los hombres, sólo quedaban Maigret, el sacristán y el sacerdote, un joven de apasionada mirada mística. No se daba prisa, al contrario que el anciano sacerdote de la época de Maigret. El actual no se saltaba la mitad de las palabras.

Las vidrieras palidecían. Fuera empezaba a amanecer. Una vaca mugía en una granja.

Y pronto todos se arrodillaron para la elevación. Tintineó la aguda campanilla del monaguillo.

Pater noster...

Et ne nos inducas in tentationem...

Maigret fue el único que no comulgó. Todas las mujeres fueron acercándose al comulgatorio con las manos juntas, el rostro hermético. Las hostias, tan pálidas que parecían irreales, asomaban un instante en las manos del sacerdote.

Prosiguió la misa. La condesa se ocultaba el rostro entre las manos.

Los dedos de la anciana se separaron, mostraron la faz atormentada y abrieron el misal.

¡Faltaban cuatro minutos! Las oraciones. El último Evangelio. Luego la gente saldría. ¡No se habría cometido ningún crimen!

Porque el aviso lo decía claramente: la *primera* misa.

La prueba de que se había acabado era que el sacristán se levantaba, entraba en la sacristía...

La condesa de Saint-Fiacre tenía de nuevo la cabeza entre las manos. No se movía. Las demás ancianas, en su mayoría, permanecían también rígidas.

Ite missa est. La misa ha terminado.

En ese momento Maigret advirtió la angustia que lo había embargado. Apenas se había dado cuenta. Lanzó un suspiro involuntario. Aguardó con impaciencia a que concluyese el último Evangelio, pensando ya en respirar el aire fresco del exterior, ver moverse a la gente, oírles hablar de diversas cosas...

Las viejas se despertaron, todas a la par. Los pies se desplazaban por las frías baldosas azules del recinto. Una campesina se dirigió hacia la salida, luego otra. Apareció el sacristán con un apagavelas y la llama de los cirios se trocó en un hilo de humo azul.

Se había hecho de día. Una luz gris penetraba en la nave, atravesada por corrientes de aire.

Quedaban tres personas. Dos. Se movió una silla. Sólo quedaba la condesa, y a Maigret se le crisparon los nervios de impaciencia.

El sacristán, que había concluido ya su tarea, miró a la condesa de Saint-Fiacre. Por su rostro cruzó una duda. En ese instante se acercó el comisario.

Ambos se hallaban junto a la anciana, sorprendidos de su inmovilidad, intentando escrutar el rostro que ocultaban las manos.

Maigret, impresionado, le tocó un hombro. Y el cuerpo, como si su equilibrio dependiese de una menudencia, se tambaleó; rodó por el suelo, inerte.

La condesa de Saint-Fiacre estaba muerta.

Habían llevado el cuerpo a la sacristía y lo habían echado sobre tres sillas. El sacristán salió corriendo a buscar al médico del pueblo.

Maigret había olvidado que su presencia allí era insólita. Tardó tres minutos en comprender el receloso interrogante que había en la mirada ardiente del sacerdote.

—¿Quién es usted? —preguntó éste por fin—. ¿Cómo es que...?

—Comisario Maigret, de la Policía Judicial.

Observó al sacerdote con mayor atención. Era un hombre de unos treinta

y cinco años, de rasgos regulares pero tan severos que evocaban la intransigente fe de los monjes de otro tiempo.

Profundamente alterado, murmuró con voz menos firme:

—¿Está usted seguro de que...?

Todavía no se habían atrevido a desabrocharle la ropa a la condesa. Le habían puesto un espejo en los labios. Se habían asegurado de que su corazón había dejado de latir.

—No veo ninguna herida —se limitó a replicar Maigret.

Y miró a su alrededor, contemplando aquella habitación que en treinta años no se había modificado en un solo detalle. Las vinajeras ocupaban el mismo lugar, al igual que la casulla —preparada para la siguiente misa—, la sotana y la sobrepelliz del monaguillo.

La luz cenicienta que entraba por una ventana ojival diluía el brillo de una lámpara de aceite. Hacía calor y frío a un tiempo. Al párroco le asaltaban tremendos pensamientos.

—Tampoco puede pensarse...

¡Una tragedia! Al principio, a Maigret le costó comprenderlo. A su mente seguían aflorando, como burbujas, recuerdos de su infancia.

«Una iglesia en la que se ha cometido un crimen debe ser consagrada de nuevo por el obispo».

¿Cómo podían haber cometido un crimen? ¡No se había oído ningún disparo! ¡Nadie se había acercado a la condesa! ¡Maigret no había apartado los ojos de ella en toda la misa! ¡No se veía sangre ni herida aparente!

—La segunda misa es a las siete, ¿no?

Fue un alivio oír los pasos lentos del médico, un hombre de compleción sanguínea a quien impresionó el ambiente que reinaba en la sacristía y que miró alternativamente al comisario y al sacerdote.

—¿Muerta? —preguntó.

El hombre no vaciló en desabrocharle la blusa, mientras el párroco giraba la cabeza. Pasos lentos en la iglesia. Al instante empezó a sonar la campana. El primer toque de misa de siete.

—Sólo una embolia ha podido... Yo no era el médico de cabecera de la condesa, pues ella prefería que la atendiera un colega de Moulins; pero me llamaron dos o tres veces al castillo. Estaba muy mal del corazón.

La sacristía era pequeña. Apenas cabían los tres hombres y el cadáver. Llegaron dos monaguillos, pues la misa de siete era misa mayor.

—Su coche debe de esperarla fuera —dijo Maigret—. Hay que llevarla a su casa.

Seguía notando fija en él la mirada angustiada del sacerdote. ¿Había adivinado éste algo? De cualquier modo, mientras el sacristán, ayudado por el chófer, llevaba el cuerpo hacia el coche, el sacerdote se acercó al comisario.

—¿Está seguro de que...? Aún tengo que celebrar dos misas; es el día de difuntos. Mis fieles están...

Dado que la condesa había muerto de una embolia, ¿no era lógico que Maigret tranquilizase al sacerdote?

—Ya ha oído lo que ha dicho el médico.

—Sin embargo, usted ha venido hoy, y precisamente a esta misa.

Maigret hizo un esfuerzo para no azorarse.

—Una casualidad. Mi padre está enterrado en este cementerio.

Y avivó el paso hacia el coche, un modelo antiguo de cupé, cuyo chófer hacía girar la manivela. El médico no sabía qué hacer. Se había congregado un grupito de personas, que no comprendían qué sucedía.

—Acompáñenos —dijo el comisario al médico.

Como el cadáver ocupaba todo el asiento trasero. Maigret y el médico se apretujaron delante.

—Parece usted sorprendido de lo que le he dicho —murmuró el médico, que no había recobrado aún el aplomo—. Si conociera usted la situación, quizá lo comprendería. La condesa...

Calló y miró al chófer de librea negra, que conducía con expresión ausente. Cruzaban la plaza mayor, en pendiente, limitada a un lado por la iglesia erigida sobre el repecho y, al otro, por la laguna Notre-Dame, que esa mañana tenía un tono gris venenoso.

La fonda de Marie Tatin, que quedaba a la derecha, era la primera casa del pueblo. A la izquierda arrancaba una avenida flanqueada de robles y, al fondo, se erguía la masa oscura del castillo.

Un cielo uniforme, frío como una pista de patinaje.

—Esto va a provocar muchos dramas, ¿sabe usted? Por eso el párroco estaba tan malhumorado.

El doctor Bouchardon era un campesino, hijo de campesinos. Vestía un traje de caza oscuro y botas altas de goma.

—Me iba a cazar patos a las ciénagas cuando...

—¿No va usted a misa?

El médico le guiñó el ojo.

—Eso no quitaba para que el antiguo párroco y yo fuéramos buenos amigos. Pero con éste...

Entraban en el parque. Se vislumbraba ya el castillo al detalle: las ventanas de la planta baja con los postigos cerrados y las dos torres de ángulo, únicas construcciones antiguas del edificio.

Cuando el coche se detuvo junto a la escalinata, el comisario miró por las ventanas enrejadas, a ras del suelo, y entrevió las cocinas y a una mujer desplumando perdices.

El chófer no se atrevía a abrir las portezuelas del cupé.

—Monsieur Jean no estará levantado.

—Llame a quien sea. Habrá otros criados en la casa, ¿no?

Maigret tenía la nariz húmeda. Hacía frío. Permaneció de pie en el patio con el médico, quien empezó a llenar una pipa.

—¿Quién es Monsieur Jean?

Bouchardon se encogió de hombros.

—Ya lo verá —dijo con una extraña sonrisa.

—Pero, bueno, ¿quién es?

—Un joven..., un joven delicioso.

—¿Un pariente?

—Más o menos. Sí, un pariente, a su manera. ¡Bah! No tiene sentido ocultarlo. Era el amante de la condesa, aunque oficialmente era su secretario.

Maigret, mientras miraba al médico a los ojos, recordó que los dos habían ido a la misma escuela. Pero, hasta el momento, nadie en Saint-Fiacre había reconocido al comisario. ¡Tenía cuarenta y dos años! Y había engordado.

Conocía el castillo mejor que nadie, sobre todo las dependencias. Si hubiera avanzado unos pasos, habría visto la casa del administrador, en la que había nacido.

Quizá esos recuerdos lo desasosegaran. En especial, el recuerdo de la condesa de Saint-Fiacre tal como la había conocido años atrás: una joven que,

para el chico de pueblo que él era, encarnaba la feminidad, la distinción, la nobleza.

¡Y estaba muerta! La habían metido en el cupé como un objeto inerte y habían tenido que doblarle las piernas. Como no le habían abrochado la blusa, le asomaba la ropa interior blanca, que contrastaba con el negro del vestido de luto.

«... se cometerá un crimen...».

El médico, no obstante, afirmaba que había muerto de una embolia. ¿Qué demiurgo había podido prever tal cosa? Y, en ese caso, ¿para qué avisar a la policía?

Se oía correr a varias personas dentro del castillo. Se abrían y cerraban puertas. Un mayordomo, que aún no había acabado de vestirse de librea, había entreabierto la puerta principal y dudaba en acercarse. Tras él se erguía un hombre en pijama, con el cabello alborotado y los ojos cansados.

—¿Qué ocurre? —gritaba.

—¡El chulo! —gruñó el médico al oído de Maigret.

La cocinera también les prestaba atención y miraba en silencio por la ventana de su sótano. Se abrieron ventanucos en el desván en que dormían los sirvientes.

—Pero ¿a qué esperan para llevar a la condesa a su lecho? —tronó Maigret, indignado.

Toda la escena, que no casaba con sus recuerdos de infancia, se le antojaba sacrílega. Le dolía moral y físicamente.

«... se cometerá un crimen...».

Sonaba el segundo toque de misa. La gente se apresuraba. Algunos granjeros acudían de lejos, en carro.

Jean no se atrevía a acercarse. El mayordomo que había abierto la puerta, asustado, no reaccionaba.

—Señora condesa, señora con... —balbuceaba el hombre.

—Pero, bueno, ¿va a dejarla en el coche?

¿Por qué diablos esgrimía el médico una sonrisa irónica?

Maigret hizo uso de su autoridad.

—¡Vamos! Dos hombres. Usted —señaló al chófer— y usted —al mayordomo—, ¡llévenla a su habitación!

Entonces repiqueteó un timbre en el vestíbulo.

—El teléfono. ¡Qué raro, a estas horas! —comentó Bouchardon.

El tal Jean no se atrevía a ir a descolgarlo. Parecía atontado. Maigret se precipitó al interior y se puso al aparato.

—¿Diga?... Sí, el castillo.

Una voz que se oía muy próxima preguntó:

—¿Quiere avisar a mi madre? Habrá vuelto ya de misa.

—¿Quién está al aparato?

—El conde de Saint-Fiacre. Además, ¿a usted qué le importa? Deseo hablar con mi madre.

—Un momento. ¿Podría decirme desde dónde llama?

—Desde Moulins. Pero, ¡demonios!, le digo que...

—Mejor será que venga usted —se limitó a replicar Maigret antes de colgar el teléfono.

Y tuvo que arrimarse a la pared para dejar pasar el cadáver que transportaban los dos sirvientes.

El misal

—¿E ntra usted? —preguntó el médico cuando los sirvientes dejaron a la difunta sobre su cama—. Necesito que alguien me ayude a desnudarla.

—¡Alguna doncella encontraremos! —dijo Maigret.

En efecto, Jean subió al piso de arriba y regresó al poco acompañado de una mujer de unos treinta años que miraba con espanto a su alrededor.

—¡Fuera! —masculló entonces el comisario dirigiéndose a los sirvientes, que no deseaban otra cosa.

Retuvo a Jean por la manga, lo miró de arriba abajo y se lo llevó hasta el hueco de la ventana.

—¿Qué tal se lleva usted con el hijo de la condesa?

—Hombre, pues...

El joven era delgado, y su pijama a rayas, de dudosa limpieza, contribuía poco a mejorar su aspecto. Su mirada rehuía la de Maigret. Tenía el tic de estirarse los dedos como para alargarlos.

—Aguarde —le interrumpió el comisario—. Hablaremos claro para ganar tiempo.

Tras la pesada puerta de roble de la habitación se oían idas y venidas, el rechinar de los muelles de la cama, órdenes dadas a media voz a la doncella por el doctor Bouchardon: estaban desnudando a la difunta.

—¿Cuál es exactamente su situación en el castillo? ¿Cuánto tiempo lleva usted aquí?

—Cuatro años.

—¿Cómo conoció a la condesa de Saint-Fiacre?

—Bueno, nos..., nos presentaron unos amigos comunes. Mis padres

acababan de arruinarse tras la quiebra de un banco de Lyon. Entré aquí como hombre de confianza, para encargarme de los asuntos personales de...

—Perdone, ¿a qué se dedicaba usted antes?

—Pues viajaba, escribía artículos de crítica de arte...

Maigret no sonrió. Por lo demás, el ambiente tampoco se prestaba a la ironía.

El castillo era amplio. Por fuera no carecía de prestancia. Pero el interior tenía un aspecto tan mísero como el pijama del joven. Polvo por doquier, antiguallas más bien feas, un montón de cosas inútiles. Las colgaduras estaban ajadas.

Y en las paredes se veían huellas ostensibles de que habían desaparecido muebles.

Los más bonitos, claro está; los que tenían algún valor.

—Se convirtió usted en amante de la condesa, ¿no es así?

—Cada uno es dueño de amar a quien...

—Imbécil —gruñó Maigret volviéndole la espalda. ¡Como si las cosas no fuesen evidentes por sí mismas! No había más que mirar a Jean. No había más que respirar por unos instantes la atmósfera del castillo. Y sorprender las miradas de los sirvientes—. ¿Sabía usted que hoy iba a venir su hijo?

—No. ¿Qué puede importarme eso a mí? —su mirada seguía huidiza. Con la mano derecha tiraba de los dedos de la mano izquierda—. Me gustaría vestirme, hace frío. Pero ¿por qué se ocupa la policía de...?

—Eso es, vaya a vestirse.

Y Maigret abrió la puerta de la habitación, evitando mirar hacia la cama, donde la difunta yacía totalmente desnuda.

La estancia se parecía al resto de la casa. Era demasiado amplia, demasiado fría, y estaba atestada de viejos objetos descabalados. Cuando quiso apoyar los codos en el mármol de la chimenea, Maigret advirtió que estaba roto.

—¿Ha averiguado usted algo? —preguntó el comisario a Bouchardon—. Espere un momento. ¿Quiere usted dejarnos a solas, señorita?

El comisario cerró la puerta tras la doncella y fue a pegar la frente a la ventana, dejando vagar la mirada por el parque cubierto de hojas secas y neblina.

—No puedo sino confirmarle lo que le he dicho antes. La muerte le ha sobrevenido por un paro cardíaco.

—¿Provocado por...?

Vago ademán del médico, que echó una manta sobre el cadáver; se reunió con Maigret en la ventana y encendió la pipa.

—Quizá por una emoción, quizá por el frío. ¿Hacía frío en la iglesia?

—Todo lo contrario. Por supuesto, no ha encontrado ninguna herida, ¿no?

—Ninguna.

—¿Ni siquiera la señal apenas perceptible de una herida?

—Ya lo había pensado, pero no he encontrado nada. Y la condesa no ha ingerido veneno alguno. Como ve, difícilmente puede pretenderse...

Maigret tenía el ceño fruncido. A la izquierda, bajo los árboles, divisaba el tejado rojo de la casa del administrador, en la que había nacido.

—En dos palabras, dígame, ¿qué vida llevaba la condesa en el castillo? —preguntó a media voz.

—De eso sabe usted tanto como yo. Era una de esas mujeres que son modelo de buena conducta hasta los cuarenta o los cincuenta años, pero entonces murió el conde y el hijo se fue a estudiar a París.

—¿Y qué ocurrió aquí?

—Desfilaron una serie de secretarios que se quedaban durante más o menos tiempo. Ya ha visto usted al último.

—¿La fortuna?

—El castillo está hipotecado. Tres fincas de cada cuatro de la propiedad están vendidas. De vez en cuando se presenta el dueño de un anticuario y se lleva lo poco que queda de valor.

—¿Y el hijo?

—Lo conozco poco. Dicen que es un tipo curioso.

—Muchas gracias.

Maigret se disponía a salir. Bouchardon fue tras él.

—Entre nosotros, me gustaría saber qué casualidad le trajo precisamente esta mañana a la iglesia.

—¡Sí! Es curioso.

—Me da la impresión de haberlo visto a usted en otro lugar.

—Es posible.

Y Maigret echó a andar rápidamente por el pasillo. No había dormido bastante y sentía una especie de vacío en la cabeza. Quizá se hubiera resfriado en la fonda de Marie Tatin. Vio que Jean bajaba la escalera, vestido con un traje gris pero aún en zapatillas.

En ese instante un coche de escape libre entraba en el patio del castillo.

Era un pequeño coche deportivo, de color amarillo canario, alargado, estrecho, incómodo. Un hombre con abrigo de cuero irrumpió un segundo después en el vestíbulo; se quitó el casco y gritó:

—¡Hola! ¿Hay alguien aquí? ¿Todo el mundo duerme? —vio a Maigret y le lanzó una mirada llena de curiosidad—. ¿Qué...?

—¡Chist! Tengo que hablarle.

Junto al comisario se erguía Jean, pálido e inquieto. Al pasar, el conde de Saint-Fiacre le propinó una palmadita en el hombro y le preguntó con sorna:

—¿Todavía por aquí, rufián? —no parecía echarle nada en cara, pero sí sentir hacia él un profundo desprecio—. Espero que no haya ocurrido nada grave, ¿eh?

—Su madre ha muerto esta mañana, en la iglesia.

Maurice de Saint-Fiacre tenía treinta años, la misma edad que Jean. Eran de la misma estatura, pero el conde era recio, un poco metido en carnes. Y toda su persona, sobre todo su prenda de cuero, denotaba una vida despreocupada. Sus ojos miraban alegres y burlones.

Sin embargo, las palabras de Maigret le hicieron arrugar el ceño.

—¿Qué dice usted?

—Acompáñeme.

—¡Ésta sí que es buena! Yo que...

—¿Qué?

—Nada. ¿Dónde está? —se había quedado perplejo, desconcertado. En la habitación, alzó la manta sólo lo suficiente para ver el rostro de la difunta. Ni explosión de dolor, ni lágrimas, ni gestos dramáticos. Se limitó a murmurar —: ¡Pobre vieja! —cuando vio a Jean, que se había creído obligado a acompañarlo hasta la puerta, le espetó—: ¡Tú, fuera de aquí! —se había puesto nervioso. Daba zancadas por la habitación. Tropezó con el médico—.

¿De qué ha muerto, Bouchardon?

—Paro cardíaco, Monsieur Maurice. Pero quizá el comisario sepa más que yo al respecto.

El joven se volvió bruscamente hacia Maigret.

—¿Es usted de la policía? Pero ¿qué...?

—Creo que deberíamos conversar unos minutos. Me gustaría estirar las piernas por la carretera. ¿Podría quedarse un rato aquí, doctor?

—Me disponía a salir de caza cuando...

—Ya cazaré otro día.

Maurice de Saint-Fiacre siguió a Maigret mirando hacia el suelo con expresión ensimismada. Cuando llegaron a la entrada principal del castillo, acababa la misa de siete, y los fieles, más numerosos que en la primera misa, a la salida formaban corros en la plaza. Algunas personas entraban ya en el cementerio, donde tan sólo las cabezas rebasaban el muro.

A medida que despuntaba el día, el frío iba haciéndose más intenso, sin duda debido al cierzo que barría las hojas secas de una a otra punta de la plaza y las hacía remolinear como pájaros por encima de la laguna.

Maigret llenó una pipa. Ése era el principal motivo por el que había decidido conversar fuera. No obstante, había observado que el médico fumaba en la habitación de la difunta; y Maigret estaba acostumbrado a fumar en cualquier sitio.

Pero no en el castillo. Era un lugar aparte que, durante toda su juventud, había representado lo más inaccesible.

«Hoy me ha llamado el conde a su biblioteca para trabajar con él», decía su padre con una pizca de orgullo.

Y Maigret, un chiquillo, miraba de lejos, con respeto, el cochecito que una niñera empujaba por el parque. ¡El bebé era Maurice de Saint-Fiacre!

—¿Sabe si alguien estaba interesado en que su madre muriera?

—No le entiendo. ¿No acaba de decir el médico...?

Se le veía desazonado. Gesticulaba de manera entrecortada. Tomó bruscamente el papel que le alargó Maigret, en el que se anunciaba el crimen.

—¿Qué es esto? Bouchardon habla de un paro cardíaco y...

—¡Un paro cardíaco que alguien había previsto quince días antes!

Unos campesinos los miraban de lejos. Maigret y Saint-Fiacre se

acercaban a la iglesia a pasos lentos; cada uno seguía el curso de sus pensamientos.

—¿A qué venía usted al castillo esta mañana?

—Precisamente en eso pensaba yo ahora —replicó el joven—. Hace un instante usted me ha preguntado si sabía... Pues bien, así es. Alguien estaba interesado en la muerte de mi madre: ¡yo! —no bromeaba. Su expresión era preocupada. Saludó por su nombre a alguien que pasaba en bicicleta—. Si es usted de la policía, habrá comprendido ya mi situación. Además, seguro que el bruto de Bouchardon le habrá puesto al corriente. Mi madre era una pobre vieja. Mi padre murió. Yo me marché. Al quedarse sola, yo diría que se trastornó un poco. Al principio se pasaba la vida metida en la iglesia. Y después...

—... los secretarios jóvenes.

—No creo que sea lo que usted imagina, ni lo que insinúa Bouchardon. No se trataba de un vicio, sino de necesidad de cariño, necesidad de cuidar a alguien. Que luego esos jóvenes aprovecharan para ir más lejos... Pero, mire usted, eso no le impedía seguir siendo devota. Debía de tener unas crisis de conciencia atroces, debatiéndose entre su fe y ese..., esa...

—Antes hablaba usted de su interés por...

—Como ya le habrán explicado, no queda gran cosa de nuestra fortuna y las personas como ese caballere te que ha visto suelen ser ambiciosas. En tres o cuatro años, como mucho, no habría quedado nada —no llevaba sombrero. Se pasó los dedos por el cabello. Luego, mirando a Maigret a la cara, y tras un instante de silencio, agregó—: En fin, debo decirle que hoy he venido aquí para pedirle cuarenta mil francos a mi madre. Necesito esos cuarenta mil francos para cubrir un cheque sin fondos que he extendido. Ya ve, todo se encadena —al pasar junto a un seto arrancó una rama. Parecía hacer un violento esfuerzo para no dejarse desbordar por los acontecimientos—. ¡Y pensar que he traído conmigo a Marie Vasiliev!

—¿Marie Vasiliev?

—Mi amiga. La he dejado en la cama, en Moulins. Cuando se despierte, es capaz de alquilar un coche y presentarse aquí. ¡Sólo me faltaba eso!

Apagaron la luz exterior de la fonda de Marie Tatin, donde habían entrado algunos parroquianos para beber ron. El autobús que cubría el

servicio de Moulins se disponía a arrancar, medio vacío.

—¡No se merecía eso! —dijo Maurice con voz ensimismada.

—¿Quién?

—Mamá.

En ese momento había algo infantil en él, pese a su estatura y su gordura incipiente. Quizá incluso estuviera por fin a punto de llorar.

Paseaban junto a la iglesia, recorriendo siempre el mismo trayecto, tan pronto frente a la laguna como dándole la espalda.

—¡Escuche, comisario! Si no la han asesinado..., entonces no me explico...

Maigret pensaba en lo mismo, y con tal intensidad que se había olvidado del joven. Recordaba todos los pormenores de la primera misa.

La condesa se había sentado en su silla. Nadie se había acercado a ella. Había comulgado. Luego se había arrodillado, con el rostro entre las manos. Había abierto el misal; poco después se había ocultado de nuevo el rostro entre las manos.

—¿Me permite un instante? —dijo Maigret.

Subió la escalinata y entró en la iglesia, donde el sacristán preparaba ya el altar para la siguiente misa. El campanero, un zafio campesino calzado con pesados zapatones claveteados, ordenaba las hileras de sillas.

El comisario se dirigió directamente hacia las sillas del coro, se inclinó y llamó al sacristán; éste se giró.

—¿Quién ha tocado el misal?

—¿Qué misal?

—El de la condesa. Se quedó aquí.

—¿Usted cree?

—¡Eh, tú! Ven aquí —llamó Maigret al campanero—. ¿Has visto el misal que estaba en esta silla?

—¿Yo?

O era tonto, o lo fingía. Maigret se puso nervioso. Vio a Maurice de Saint-Fiacre, que se había quedado en el fondo de la nave.

—¿Quién se ha acercado a este banco?

—La mujer del médico, que ocupaba este asiento en la misa de siete.

—Pensaba que el médico no era creyente.

—Tal vez él no lo sea, pero su mujer...

—Bien, entonces ya puedes anunciar a todo el pueblo que ofrezco una buena recompensa para quien me traiga el misal.

—¿Deben ir al castillo?

—No. A la fonda de Marie Tatin.

Maurice de Saint-Fiacre caminaba de nuevo a su lado.

—No entiendo nada de ese lío del misal.

—Paro cardíaco, ¿no? Eso puede provocarlo una violenta emoción. Y le sobrevino poco después de la comunión, o sea, después de que la condesa abriera el misal. Suponga que en ese misal...

Pero el joven, desanimado, meneó la cabeza y dijo:

—No imagino ninguna noticia capaz de emocionar tanto a mi madre. Además, tendría que haber sido algo tan..., tan odioso —respiraba con dificultad. Dirigió una sombría mirada al castillo—. Vamos a tomar algo.

No se dirigió hacia el castillo, sino hacia la fonda, donde su aparición provocó cierto malestar. Los cuatro campesinos que estaban allí dejaron de sentirse a gusto. Lo saludaron con una mezcla de respeto y temor.

Marie Tatin acudió de la cocina restregándose las manos en el delantal.

—Monsieur Maurice —balbuceó—, me ha dejado consternada lo que cuentan. Nuestra pobre condesa... —¡Marie sí lloraba! Debía de llorar con desconsuelo cada vez que se moría alguien en el pueblo—. Usted también estaba en misa, ¿verdad? —dijo tomando por testigo a Maigret—. ¡Y pensar que nadie se dio cuenta de nada! Me he enterado porque vinieron a decírmelo.

En ocasiones como ésta, siempre resulta embarazoso manifestar menos dolor que otras personas que deberían mostrarse indiferentes. Maurice escuchaba las palabras de pésame intentando ocultar su impaciencia y, para disimular, se acercó a la repisa, agarró una botella de ron y llenó dos copas.

Mientras el conde apuraba la copa de un trago, un escalofrío le recorrió la espalda.

—Me parece que esta mañana, al venir hacia aquí, me he resfriado.

—Todo el mundo está acatarrado en el pueblo, Monsieur Maurice —y la mujer agregó, dirigiéndose a Maigret—: Usted también debería cuidarse. Esta noche le he oído toser.

Los campesinos iban marchándose. La estufa estaba al rojo vivo.

—¡Precisamente hoy! —decía Marie Tatin. Debido a su estrabismo, era imposible saber si miraba a Maigret o al conde—. ¿No quieren comer algo? Imagínense ustedes: cuando me lo han dicho, me he quedado tan conmocionada que ni se me ha ocurrido cambiarme.

Se había limitado a ceñirse un delantal encima del vestido negro, que sólo se ponía para ir a misa. Su sombrero se había quedado encima de una mesa.

Maurice de Saint-Fiacre se tomó otra copa de ron y miró a Maigret como preguntándole qué debía hacer.

—¡Vámonos! —dijo el comisario.

—¿Comerá usted aquí? —le preguntó Marie—. He matado un pollo y...

Pero los dos hombres ya se alejaban. Fuera, delante de la iglesia, había cuatro o cinco carros cuyos caballos estaban amarrados a los árboles. Se veía un ir y venir de cabezas por encima del murete del cementerio. Y, en el patio del castillo, el coche amarillo estampaba la única mancha de color vivo.

—¿Estaba barrado el cheque? —preguntó Maigret.

—Sí. Pero irán a cobrarlo mañana.

—¿Trabaja usted mucho?

Un silencio. El ruido de sus pasos en el camino endurecido. El roce de las hojas secas arrastradas por el viento. El resoplar de los caballos.

—Soy exactamente lo que se llama un inútil. He hecho un poco de todo y de lo más variado. Quise montar una sociedad de cine, y antes financiaba un negocio relacionado con aparatos de radio.

Se oyó una sorda detonación al otro lado de la laguna Notre-Dame. Divisaron a un cazador dirigiéndose a grandes zancadas hacia la pieza que había cobrado, con la que el perro se encarnizaba.

—Es Gautier, el administrador —dijo Maurice—. Debió de salir a cazar antes de... —de pronto, tuvo un ataque de nervios, pateó el suelo, hizo una mueca, apenas pudo contener un sollozo—. ¡Pobre vieja! —murmuró contrayendo los labios—. Es..., es un acto tan despreciable. Y el sinvergüenza de Jean, que...

Como por ensalmo, vieron a éste paseando por el patio del castillo con el médico. Jean debía de dirigirle un apasionado discurso, pues gesticulaba con sus escuálidos brazos.

El viento traía a ratos efluvios de crisantemos.

El monaguillo

No había sol que deformase las imágenes ni neblina que difuminase los contornos. Cada cosa se recortaba con cruel nitidez: los troncos de los árboles, las hojas secas, las piedras y, sobre todo, los trajes negros de la gente que acudía al cementerio. Las tonalidades blancas, por el contrario, las lápidas o los cuellos almidonados, los sombreros de las ancianas, cobraban una dimensión irreal, pérfida: blancos demasiado blancos, que desentonaban.

De no ser por el cierzo seco que cortaba las mejillas, uno habría podido creerse bajo una campana de cristal un poco polvorienta.

—Le veré luego.

Maigret dejó al conde de Saint-Fiacre ante la verja del cementerio. Una vieja, sentada en una banqueta que había traído consigo, intentaba vender naranjas y chocolate.

El comisario se había alzado el cuello de terciopelo del abrigo. No miraba a nadie. Sabía que tenía que doblar a la izquierda y que la tumba que buscaba era la tercera después del ciprés.

Las flores invadían el cementerio. La víspera, unas mujeres habían lavado algunas lápidas con cepillo y jabón. Las verjas estaban recién pintadas.

«Aquí yace Evariste Maigret...».

—Perdone. Aquí no se fuma.

El comisario apenas se dio cuenta de que se dirigían a él. Al final reconoció al campanero, que era también guarda del cementerio, y se metió la pipa encendida en el bolsillo. No acertaba a concentrarse en una sola cosa. Los recuerdos afluían a su mente: recuerdos de su padre, de un amigo que se había ahogado en la laguna Notre-Dame, del bebé en el lujoso cochecito...

La gente lo miraba y él miraba a la gente. Había visto antes esas caras.

Pero el hombre que ahora llevaba un niño en los brazos y que seguía a una mujer encinta era, en aquel entonces, un rapaz de cuatro o cinco años.

Maigret no había traído flores. La tumba de su padre estaba descuidada. Salió, taciturno, y masculló a media voz, lo que hizo volverse a todo un grupo:

—¡Lo primero de todo es dar con el misal!

No le apetecía volver al castillo. Allí había algo que le asqueaba, que incluso le indignaba.

Desde luego, estaba desengañado con respecto a los seres humanos. Pero le enfurecía que ensuciasen sus recuerdos de infancia. Sobre todo a la condesa, que siempre le había parecido noble y hermosa como un personaje de libro de estampas... ¡y que de golpe se convertía en una vieja chiflada que mantenía a *gigolós*!

Ni siquiera eso. No era algo manifiesto, declarado. El tal Jean se hacía pasar por secretario. No era ni guapo ni muy joven.

La pobre vieja, como la llamaba su hijo, se había debatido entre el castillo y la iglesia.

Y el último conde de Saint-Fiacre iba a ser detenido por firmar un cheque sin fondos.

Alguien caminaba delante de Maigret con la escopeta al hombro, y el comisario advirtió de repente que se dirigía hacia la casa del administrador. Creyó reconocer la figura que había visto antes deambulando por el campo.

Unos metros separaban a los dos hombres antes de alcanzar el patio, donde una decena de gallinas se acurrucaba contra el muro, resguardándose del viento, plumas al aire.

—¡Eh!

El hombre de la escopeta se giró.

—¿Es usted el administrador del castillo?

—¿Y usted?

—Comisario Maigret, de la Policía Judicial.

—¿Maigret?

Al administrador le sonaba ese apellido, pero no acertaba a situarlo en su recuerdo.

—¿Ya se ha enterado usted de lo ocurrido?

—Acaban de avisarme, estaba cazando. Pero ¿qué pinta la policía...? — era un hombre bajito, recio, canoso, con la piel surcada de finas y profundas arrugas, y ojos que parecían emboscados tras el frondoso entrecejo—. Me han dicho que ha sido el corazón.

—¿Adónde va usted?

—No quiero entrar en el castillo con las botas llenas de barro y la escopeta.

Por el morral asomaba la cabeza de un conejo. Maigret miraba la casa hacia la que se encaminaban.

—¡Vaya, han cambiado la cocina!

El otro clavó en él una mirada de recelo.

—Hará unos quince años —gruñó.

—¿Cómo se llama usted?

—Gautier. ¿Es cierto que ha llegado el señor conde sin que...?

Todo eran titubeos, reticencias. Y Gautier no invitaba a Maigret a pasar a su casa. Abrió la puerta.

El comisario entró, pese a todo; dobló a la derecha, hacia el comedor, que olía a bizcocho y a *marc* añejo.

—Hablemos un instante, Monsieur Gautier. En el castillo no le necesitan y yo tengo que hacerle unas preguntas.

—¡Date prisa! —le gritó a Gautier una mujer desde la cocina—. Según parece, ha sido horrible.

Maigret palpaba la mesa de roble, sus cantos adornados con leones esculpidos. Era la misma que cuando vivía allí. Al morir su padre, se la vendieron al nuevo administrador.

—Vamos, tome usted algo.

Gautier eligió una botella del aparador, tal vez para ganar tiempo.

—¿Qué opina usted de ese Monsieur Jean...? Vaya, ¿cómo se apellida?

—Métayer. Es de una buena familia de Bourges.

—¿Le salía caro a la condesa?

Gautier llenó las copas de aguardiente, pero se encerró en un obstinado mutismo.

—¿En qué consistía el trabajo de Métayer en el castillo? Como administrador, supongo que usted lo supervisa todo.

—¡Todo!

—¿Entonces?

—No hacía nada, apenas alguna que otra carta personal. Al principio aseguraba que haría ganar mucho dinero a la condesa con sus conocimientos financieros. Compró valores que se devaluaron en pocos meses; pero Métayer afirmaba que lo recuperaría todo y que incluso ganaría más, gracias a una nueva técnica fotográfica inventada por un amigo suyo. Aquello le costó a la condesa un centenar de miles de francos, y el amigo de Métayer desapareció. Lo último fue un negocio de reproducción de clichés. No sé muy bien en qué consiste; creo que es algo parecido al fotograbado o al heliograbado, pero más barato.

—¡Pues sí que andaba ocupado Métayer! —exclamó Maigret.

—Mucho trajín para nada. Escribía artículos para el *Journal de Moulins*, donde se veían obligados a publicárselos para no quedar mal con la señora condesa. En ese periódico hacía sus experimentos con clichés y el director no se atrevía a echarlo. ¡A su salud! No habrán tenido ninguna discusión él y el señor conde, ¿no? —preguntó de repente, inquieto.

—No, en absoluto.

—Supongo que su presencia aquí se debe a una casualidad, ¿no? Tratándose de una enfermedad del corazón, no hay motivo para...

A Maigret le irritaba que no hubiera modo de tropezarse con la mirada del administrador. Éste se limpió el bigote y pasó a la habitación contigua.

—¿Me permite que me cambie? Tengo que ir a la misa mayor y...

—Ya nos veremos —dijo el comisario levantándose.

No había cerrado aún la puerta cuando oyó que la mujer, que había permanecido invisible, preguntaba a Gautier:

—¿Quién es?

El patio, donde en otro tiempo jugaba a las canicas sobre la tierra batida, lo habían pavimentado.

Grupos de gente endomingada atestaban la plaza, y de la iglesia llegaban sonos de órgano. Los niños, impecables, no se atrevían a jugar. Y por todas partes salían pañuelos de los bolsillos. La gente se sonaba ruidosamente.

Maigret oía retazos de frases.

«Es un agente de policía de París».

«Dicen que ha venido por la vaca que reventó el otro día en casa de Matthieu».

Un joven presumido, con una flor roja en el ojal de la chaqueta de sarga azul marino, la cara recién lavada y el pelo refulgente de fijador, se atrevió a abordar al comisario.

—Le esperan en la fonda, por lo del chico que ha robado... —le dijo mientras daba codazos a los amigos y contenía la risa, que de todos modos estalló en cuanto el joven giró la cabeza.

No se lo había inventado. En la fonda de Marie Tatin se respiraba ahora un ambiente más denso y sofocante. Habían fumado muchas pipas. En una mesa, una familia de campesinos daba cuenta de la comida que se habían traído de la granja y bebía grandes tazones de café. El padre cortaba un salchichón con una gran navaja.

Los jóvenes bebían limonada; los viejos, *marc*. Y Marie Tatin no paraba quieta un momento.

Una mujer se levantó en un rincón al aparecer el comisario, dio un paso hacia él, azorada, titubeante, los labios húmedos. Apoyaba la mano en el hombro de un chico cuya mata pelirroja Maigret reconoció al instante.

—¿El señor comisario?

Todo el mundo los miraba.

—Ante todo, tengo que decirle, señor comisario, que en la familia siempre hemos sido honrados. Aunque seamos pobres, ¿entiende? Cuando he visto que Ernest...

El chico, muy pálido, miraba con fijeza al frente, sin mostrar la menor emoción.

—¿Has robado tú el misal? —le preguntó Maigret inclinándose.

No hubo respuesta. Sólo una mirada acerada, hosca.

—Contesta al señor comisario.

Pero el chiquillo no despegaba los labios. Y, como un relámpago, la madre le dio un bofetón que le dejó una marca roja en la mejilla izquierda. La cabeza del chico osciló un instante. Se le humedecieron los ojos y le temblaron los labios, pero no se movió.

—¿Vas a contestar de una vez, calamidad? Así son los críos de hoy en día —agregó dirigiéndose al comisario—. Lleva meses llorando y pidiéndome que le compre un misal. ¡Uno gordo, como el del párroco! Imagínese usted. Por eso, en cuanto oí hablar del misal de la señora condesa, pensé... Además, me ha extrañado verle volver a casa entre la segunda y la tercera misa, porque normalmente come en la rectoría. Así que he ido a su habitación y he encontrado esto debajo del colchón —por segunda vez, la mano de la madre cruzó la mejilla del niño, que no hizo ademán de detener el golpe—. A su edad yo no sabía leer, ¡pero nunca habría tenido la malicia de robar un libro!

En la fonda reinaba un respetuoso silencio. Maigret tenía el misal en las manos.

—Muy agradecido, señora.

Le urgía examinarlo. Se encaminó hacia el fondo del local.

—Señor comisario —le llamó la mujer, desconcertada—. Me habían dicho que había una recompensa. Y aunque Ernest...

Maigret le alargó veinte francos, y ella los guardó cuidadosamente en el bolso. Acto seguido arrastró a su hijo hacia la puerta rezongando:

—Y tú, carne de presidio, ya verás lo que es bueno.

La mirada de Maigret se cruzó con la del chico. Aunque sólo duró unos segundos, ambos comprendieron que eran amigos.

Quizá porque, en otro tiempo, Maigret había deseado tener —sin llegar a poseerlo nunca— un misal de cantos dorados, no sólo con el ordinario de la misa, sino con todos los textos litúrgicos, a doble columna, en latín y francés.

—¿A qué hora vendrá usted a comer?

—No lo sé.

Por un momento, Maigret pensó en subir a su habitación para examinar el misal, pero el recuerdo del tejado que dejaba filtrar mil corrientes de aire le hizo optar por la carretera.

Mientras caminaba lentamente hacia el castillo, abrió el libro encuadernado con las armas de los Saint-Fiacre. O, mejor dicho, no lo abrió. El misal se abrió solo, por dos hojas entre las que habían intercalado un papel.

Página 221. «Oración para después de la comunión».

Era un trocito de periódico recortado de cualquier manera que, ya a simple vista, tenía un extraño aspecto, como si estuviese mal impreso.

PARÍS (1 de noviembre).— Esta mañana ha tenido lugar un dramático suicidio en un piso de la Rue de Miromesnil ocupado desde hace varios años por el conde de Saint-Fiacre y su amiga, una rusa llamada Marie V***.

Tras confesar a su amiga que le abochornaba el escándalo provocado por cierto miembro de su familia, el conde se apuntó a la sien con una Browning, disparó y falleció a los pocos minutos sin haber recobrado el conocimiento.

Al parecer, se trata de un drama familiar especialmente penoso, ya que la persona a la que nos referimos más arriba no es sino la madre del desesperado suicida.

Una oca que deambulaba por el camino estiraba hacia Maigret su ancho pico abierto de rabia. Las campanas doblaban y la multitud salía lentamente, arrastrando los pies, de la pequeña iglesia, de donde escapaban efluvios de incienso y cirios apagados.

Maigret se había metido el misal en el bolsillo del abrigo; como era demasiado grueso, le deformaba la prenda. Se detuvo para examinar de nuevo el terrible trozo de papel.

¡El arma del crimen! Un recorte de periódico de unos siete centímetros por cinco.

La condesa de Saint-Fiacre acudía a la primera misa, ocupaba la silla del coro que desde hacía dos siglos estaba reservada a los miembros de su familia. Comulgaba. Estaba previsto: abría el misal para leer la oración para después de la comunión.

¡Ahí estaba el arma! Maigret daba vueltas al papel en todos los sentidos. Le encontraba algo equívoco. Entre otras cosas, observó la alineación de los caracteres, y llegó a la conclusión de que para imprimirlo no habían utilizado una rotativa, como sucede con un periódico de verdad.

Se trataba de una simple prueba, tirada a mano. El hecho de que el dorso de la hoja reprodujera exactamente el mismo texto lo confirmaba.

No se habían tomado la molestia de retocarlo, o no habían tenido tiempo. Además, ¿acaso se le iba a ocurrir a la condesa volver la hoja? ¿No murió a buen seguro antes, de emoción, indignación, vergüenza o angustia?

La expresión que se pintaba en el rostro de Maigret era espantosa, pues jamás había visto un asesinato tan cobarde y, a la vez, tan hábil.

¡Y al asesino se le había ocurrido avisar a la policía!

Si el misal no hubiera aparecido...

Sí, ahí estaba el meollo del asunto. El misal no tenía que haber aparecido. De haber sido así, hubiera resultado imposible hablar de asesinato o acusar a nadie. La condesa había muerto de un repentino paro cardíaco.

Bruscamente dio media vuelta. Llegó a la fonda de Marie Tatin cuando todo el mundo hablaba de él y del misal.

—¿Sabe usted dónde vive Ernest?

—Tres casas más allá de la tienda de comestibles, en la calle principal.

Maigret se precipitó hacia allí. Una casucha de una sola planta. Ampliaciones fotográficas del padre y de la madre en la pared, a ambos lados del aparador. La mujer, que ya se había cambiado de ropa, estaba en la cocina, donde olía a asado de buey.

—¿No está su hijo?

—Se está cambiando; así no se manchará el traje de los domingos. Ya ha visto usted el rapapolvo que le he echado. Un chico que sólo recibe buenos ejemplos y que... —abrió una puerta y gritó—: ¡Ven aquí, mala pieza!

Vieron al chiquillo en calzoncillos, intentando taparse.

—Déjelo que se vista —dijo Maigret—. Luego hablaré con él.

La mujer siguió preparando la comida. El marido debía de estar aún en el bar de Marie Tatin tomando el aperitivo.

Por fin volvió a abrirse la puerta y entró Ernest, esquivo, vestido con su traje de diario, cuyos pantalones le quedaban demasiado largos.

—Ven a dar un paseo conmigo.

—¿Quiere usted...? —exclamó la mujer—. Pero, entonces... Ernest, corre a ponerte el traje bueno.

—No merece la pena. Vamos, muchachito.

La calle estaba desierta. Toda la vida del pueblo se concentraba en la plaza, el cementerio y el bar de Marie Tatin.

—Mañana te regalaré un misal aún más gordo, con las primeras letras de cada oración en rojo —le prometió Maigret.

El chico se quedó pasmado. ¡El comisario sabía que existían misales con letras rojas, como el que estaba sobre el altar!

—Pero tienes que decirme, con toda franqueza, de dónde has cogido éste.

No te reñiré.

Resultaba curioso ver aflorar en el chico el viejo recelo campesino. Callaba. Estaba a la defensiva.

—¿Te lo encontraste en el reclinatorio?

Silencio. Tenía las mejillas y la nariz salpicadas de pecas. Sus labios carnosos intentaban aparentar impasibilidad.

—¿No sabes que soy tu amigo?

—Sí. Le ha dado usted veinte francos a mamá.

—¿Entonces?

El chico se guardaba su venganza.

—Al volver a casa, mamá me ha dicho que me había pegado en broma y me ha dado cincuenta céntimos.

¡Vaya! ¡Menudo pillo! ¿Qué pensamientos rondarían por aquella cabeza demasiado grande para ese cuerpo tan escuálido?

—¿Y el sacristán?

—No me ha dicho nada.

—¿Quién se llevó el misal del reclinatorio?

—No lo sé.

—Y tú, ¿dónde lo has encontrado?

—Debajo de mi sobrepelliz, en la sacristía. Iba a desayunar a la rectoría, pero me di cuenta de que me había olvidado el pañuelo; volví para buscarlo en la sobrepelliz y noté algo duro.

—¿Estaba allí el sacristán?

—No, en la iglesia, apagando los cirios. ¿Sabe usted?, los de letras rojas cuestan muy caros.

Dicho de otro modo, alguien había recogido el misal del reclinatorio y lo había ocultado en la sacristía, debajo de la sobrepelliz del monaguillo, con la evidente intención de regresar poco después para llevárselo.

—¿Lo has abierto?

—No me ha dado tiempo, quería tomarme el huevo pasado por agua. Los domingos...

—Ya lo sé.

Ernest se preguntó cómo ese hombre que venía de la ciudad podía saber que los domingos le daban un huevo y confitura en la rectoría.

—Puedes irte.

—¿De verdad me regalará...?

—Un misal, sí. Mañana. Adiós, muchacho.

Maigret le tendió la mano y el chico dudó por un instante en darle la suya.

—Ya sé que todo eso son mentiras —replicó mientras se alejaba.

Un crimen en tres tiempos: alguien había compuesto o mandado componer el artículo, con ayuda de una linotipia que sólo es posible encontrar en la redacción de un periódico o en una imprenta muy importante.

Alguien había introducido el papel en el misal, eligiendo la página.

Y alguien se había llevado el misal y lo había ocultado provisionalmente en la sacristía, bajo la sobrepelliz.

Tal vez lo hubiera hecho todo la misma persona. O tal vez cada acto hubiera tenido un autor diferente. Tal vez dos de esos actos fueran obra de una misma persona.

Al pasar ante la iglesia, Maigret vio que el párroco salía y se dirigía hacia él. Lo esperó bajo los álamos, junto a la vendedora de naranjas y chocolate.

—Voy al castillo —dijo al llegar junto al comisario—. Es la primera vez que celebro misa sin saber lo que me hago. Pensar que un crimen...

—Sí señor, de un crimen se trata —dejó caer Maigret.

Caminaron en silencio. Sin decir palabra, el comisario alargó el pedazo de papel a su acompañante; éste lo leyó y se lo devolvió.

Recorrieron cien pasos más sin pronunciar una palabra.

—El caos engendra caos. Pero era una pobre criatura que...

Ambos tenían que sujetarse el sombrero debido al cierzo, cuya violencia redoblaba.

—Me ha faltado energía —agregó el párroco con voz sombría.

—¿A usted?

—Todos los días pensaba en ella. La condesa estaba dispuesta a regresar a la senda del Señor, pero todos los días, en el castillo... —su tono se volvió áspero—. ¡Yo no quería ir! Sin embargo, era mi deber.

Estuvieron a punto de detenerse, pues se acercaban dos hombres por la gran avenida del castillo e iban a cruzarse con ellos. Reconocieron al médico, con su perilla negra y, junto a él, al flaco y larguirucho Jean Métayer, que seguía perorando con vehemencia. El coche amarillo estaba en el patio. Se

adivinaba que Métayer no se atrevía a regresar al castillo mientras el conde de Saint-Fiacre siguiera en él.

Una luz equívoca en el pueblo. Una situación equívoca. Idas y venidas imprecisas.

—¡Venga usted! —dijo Maigret.

El médico debió de decirle lo mismo al secretario, y lo arrastró consigo hasta el momento en que pudo exclamar:

—¿Qué tal, padre? Puede estar tranquilo, ¿sabe usted? Pese a que no soy creyente, adivino su angustia ante la idea de que haya podido cometerse un crimen en su iglesia. Pues bien, no se trata de eso. La ciencia es categórica: nuestra condesa ha muerto de un paro cardíaco.

Maigret se había acercado a Jean Métayer.

—Una pregunta.

Notaba al joven muy nervioso, jadeando de angustia.

—¿Cuándo fue usted por última vez al *Journal de Moulins*?

—Pues... déjeme recordar... —iba a hablar, pero de pronto, receloso, lanzó al comisario una mirada desconfiada—. ¿Por qué me lo pregunta?

—¡Tanto da!

—¿Estoy obligado a contestar?

—Es usted muy dueño de callarse.

Quizá el rostro de Métayer no fuera el de un enajenado, pero sí mostraba una cara inquieta, atormentada. Un nerviosismo mucho mayor de lo normal, capaz de interesar al doctor Bouchardon, que hablaba con el párroco.

—Sé que irán a por mí. Pero me defenderé.

—Conforme, se defenderá.

—Primero quiero ver a un abogado; estoy en mi derecho. Además, ¿quién le autoriza...?

—Un momento. ¿Ha estudiado usted derecho?

—¡Dos años! —intentaba recobrar el aplomo, sonreír—. No existe denuncia ni delito flagrante, por lo tanto usted no está autorizado a...

—¡Muy bien: un diez!

—El doctor Bouchardon asegura...

—Y yo sostengo que la condesa murió asesinada por un repugnante canalla. Lea esto.

Y Maigret le alargó el papel impreso. Jean Métayer, de pronto muy envarado, miró a su interlocutor como si fuese a escupirle en la cara.

—¿Un qué? ¿Ha dicho usted un...? No le permito...

El comisario le puso suavemente la mano en el hombro:

—Muchacho, ¡si todavía no le he dicho nada a usted! ¿Dónde está el conde? Pero lea, lea. Ya me devolverá el papel más tarde.

Un fulgor de triunfo en los ojos de Métayer.

—El conde está discutiendo sobre cheques con el administrador. Los encontrará en la biblioteca.

El sacerdote y el médico caminaban delante y Maigret oyó que Bouchardon decía:

—En absoluto, padre. Es humano, de lo más humano. Si hubiera estudiado usted un poco de psicología en vez de escudriñar tanto los textos de San Agustín...

La grava crujía bajo los pies de los cuatro hombres y éstos subieron lentamente los peldaños de la escalinata, que se habían vuelto más blancos y duros con el frío.

Marie Vasiliev

Maigret no podía estar en todas partes a la vez. El castillo era grande. Por eso tan sólo pudo hacerse una idea aproximada de los acontecimientos de la mañana.

A esa hora, los domingos y los días de fiesta, los campesinos retrasan el momento de regresar a su casa, disfrutando del placer de reunirse, bien vestidos, en la plaza del pueblo o en el bar. Algunos estaban ya borrachos. Otros alzaban demasiado la voz. Y los niños, luciendo sus tiesos trajes, miraban a sus padres con admiración.

En el castillo de Saint-Fiacre, Jean Métayer, con la tez amarillenta, había subido, solo, a la primera planta, donde se le oía ir y venir por una habitación.

—Si quiere usted venir conmigo... —dijo el médico al sacerdote.

Y se lo llevó hacia el dormitorio de la difunta.

En la planta baja un amplio pasillo recorría todo el edificio, atravesado por una hilera de puertas. Llegaba hasta Maigret un zumbido de voces. Le habían dicho que el conde de Saint-Fiacre y el administrador estaban en la biblioteca.

Al dirigirse hacia allí, se equivocó de puerta y entró en el salón. La puerta que comunicaba éste con la biblioteca estaba abierta. En un espejo de marco dorado vio la imagen del joven, sentado ante el escritorio, en un extremo, con expresión abrumada, y la del administrador, plantado sobre sus cortas piernas.

—Debió usted suponer que no valía la pena insistir —decía Gautier—. ¡Nada menos que cuarenta mil francos!

—¿Quién me contestó al teléfono?

—Monsieur Jean, por supuesto.

—Claro, ¡y no le dio el recado a mi madre!

Maigret tosió y entró en la biblioteca.

—¿De qué llamada telefónica habla usted?

Y Maurice de Saint-Fiacre contestó con toda naturalidad:

—De la que hice anteayer. Como le he dicho, necesitaba dinero. Quería pedirle a mi madre la cantidad necesaria, pero se puso al aparato ese..., ese..., bueno ese «Monsieur Jean», como lo llaman aquí.

—Y aunque Métayer le contestó que no había nada que hacer, ha venido usted.

El administrador observaba a los dos hombres. Maurice de Saint-Fiacre había abandonado el asiento del escritorio.

—En cualquier caso, no me he reunido aquí con Gautier para hablar de eso —replicó muy nervioso—. No le he ocultado la situación, comisario. Mañana presentarán una denuncia contra mí. No cabe duda de que, muerta mi madre, soy el único heredero legítimo. Así que le he pedido a Gautier que consiga los cuarenta mil francos para mañana por la mañana. Pero, por lo visto, es imposible.

—Del todo imposible —aseguró el administrador.

—Al parecer, nada puede hacerse antes de que intervenga el notario, que no reunirá a los interesados hasta después del entierro. Y aunque no sea así, Gautier insiste en que resultaría difícil reunir cuarenta mil francos empeñando los bienes que quedan —daba zancadas por la estancia—. Está claro, ¿no? ¡Más claro que el agua! Es más que probable que no me dejen ni presidir el duelo. Ah, por cierto. Una última pregunta. Ha hablado usted de asesinato, ¿no? ¿Acaso...?

—No se ha presentado, ni probablemente se presentará, denuncia alguna. Por lo tanto no se pasará informe al juzgado.

—Déjenos solos, Gautier —en cuanto el administrador, a su pesar, salió, el conde agregó—: ¿Un asesinato, de veras?

—Un asesinato en el que no cabe la intervención oficial de la policía.

—Explíquese. Empiezo a...

Calló al oírse una voz de mujer en el vestíbulo, acompañada de la voz, más grave, del administrador. Maurice frunció el ceño, se encaminó hacia la puerta y la abrió bruscamente.

—¿Marie? ¿Qué...?

—Maurice, ¿por qué no me dejan pasar? ¡Es intolerable! Llevo una hora esperando en el hotel.

Hablaba con marcado acento extranjero. Era Marie Vasiliev, que había llegado de Moulins en un viejo taxi que aguardaba en el patio.

Era alta, guapísima, de cabello rubio, quizá teñido. Al sentirse observada por Maigret se puso a hablar locuazmente en inglés y Maurice le contestó en el mismo idioma.

Marie le preguntó si tenía dinero. El conde de Saint-Fiacre le contestó que de eso ni hablar; que había muerto su madre y que ella debía regresar a París, donde él se reuniría en breve con ella, a lo que la joven replicó con sorna:

—¿Con qué dinero? ¡No tengo ni para pagar el taxi!

El conde de Saint-Fiacre empezaba a alarmarse. La voz chillona de su amante resonaba en el castillo y daba un aire escandaloso a la escena.

El administrador seguía en el pasillo.

—¡Si tú te quedas, yo me quedo! —declaró Marie Vasiliev.

—Despida el coche y pague al taxista —ordenó Maigret a Gautier.

El desorden ganaba terreno. No se trataba de un desorden material, reparable, sino de un desorden moral que parecía contagioso. El propio Gautier perdía pie.

—Pero tenemos que hablar, comisario —se acercó a decirle el conde.

—Ahora no.

Y le señaló a la mujer de agresiva elegancia, que iba y venía por la biblioteca y el salón con aires de hacer inventario.

—¿De quién es este retrato tan estúpido, Maurice? —exclamó Marie riendo.

Pasos en la escalera. Maigret vio pasar a Jean Métayer, que se había puesto un amplio abrigo y llevaba una bolsa de viaje. Métayer debía de suponer que no le dejarían irse, pues se detuvo ante la puerta de la biblioteca y esperó.

—¿Adónde va usted?

—A la fonda. Me parece más digno por mi parte.

Maurice de Saint-Fiacre, para quitarse de encima a su amante, se la llevó a una estancia situada en el ala derecha del castillo. Los dos siguieron

discutiendo en inglés.

—¿Es cierto que no se pueden conseguir cuarenta mil francos del castillo? —preguntó Maigret al administrador.

—Resultaría difícil.

—De acuerdo, mañana mismo hará lo imposible.

El comisario dudó en salir. En el último momento se decidió a subir a la primera planta, donde le aguardaba una sorpresa. Mientras abajo la gente se agitaba sin objetivo alguno, arriba habían ordenado la habitación de la condesa de Saint-Fiacre.

El médico, ayudado por la doncella, había acicalado el cadáver.

No se respiraba ya el mismo ambiente equívoco y sórdido de la mañana. Ni parecía el mismo cadáver.

La difunta, con camisón blanco, yacía sobre el lecho de baldaquino con expresión serena y digna, las manos cruzadas sobre un crucifijo.

Había cirios encendidos, agua bendita y una ramita de boj en un jarrón.

Cuando Maigret entró, Bouchardon se quedó mirándolo como diciendo: «¿Qué le parece? ¿Hemos trabajado bien o no?».

El sacerdote oraba moviendo silenciosamente los labios. Se quedó a solas con la difunta cuando se retiraron los otros dos.

En la plaza, delante de la iglesia, los grupos se habían dispersado. A través de las cortinas de las casas se veía a las familias sentadas a la mesa para comer.

Durante unos segundos el sol intentó traspasar las nubes, pero un instante después volvió a tornarse grisáceo y los árboles se agitaron con renovado ímpetu.

Jean Métayer, instalado en el rincón junto a la ventana, comía de manera maquinal, contemplando la carretera desierta. Maigret se había acomodado en la otra punta del comedor de la fonda. Entre ambos estaba una familia llegada en camioneta de un pueblo vecino; se habían traído la comida y Marie Tatin les servía de beber.

La pobre Marie estaba trastornada. La rebasaban los últimos acontecimientos. Muy de vez en cuando alquilaba una buhardilla a algún obrero que venía a hacer reparaciones al castillo o a una granja.

Pero de pronto, además de Maigret, se le presentaba un nuevo huésped: el

secretario de la condesa.

No se atrevía a preguntar a nadie. Durante toda la mañana había oído contar a sus clientes las cosas más espantosas. ¡Entre otras, que la policía andaba metida de por medio!

—Mucho me temo que el pollo esté demasiado hecho —se excusó al servir a Maigret.

Por el tono parecía decir: «¡Me da miedo todo! ¡No sé qué está pasando aquí! ¡Virgen santa, protégeme!».

El comisario la miraba con ternura. Marie Tatin siempre había tenido ese aspecto amedrentado y doliente.

—Marie, ¿te acuerdas de...?

La mujer abrió mucho los ojos y se puso de inmediato a la defensiva.

—¿... de lo de las ranas?

—Pero ¿quién...?

—Tu madre te mandó a buscar setas al prado que está detrás de la laguna Notre-Dame. Allí había tres niños jugando y aprovecharon un momento en que estabas distraída para cambiarte las setas que llevabas en el cesto por ranas. ¡Y a la vuelta te morías de miedo oyendo rebullir aquello!

Ella lo miró con atención unos instantes y acabó por balbucear:

—¿Maigret?

—¡Ojo!, Monsieur Métayer ha acabado el pollo y pide el siguiente plato.

De pronto, Marie Tatin ya no era la misma; se la veía más azorada si cabe, pero con accesos de confianza.

¡Qué extraña era la vida! Años y años sin el menor incidente, sin nada que rompiera la monotonía de los días y, de golpe, ocurren acontecimientos incomprensibles, dramas, cosas que ni se leen en los periódicos.

Mientras servía a Jean Métayer y a los campesinos, lanzaba alguna mirada de complicidad a Maigret. Cuando acabó, le propuso con timidez:

—¿Tomará usted una copita de *marc*?

—Antes me tuteabas, Marie.

La mujer se echó a reír. ¡Ya no se atrevía!

—Pero, Marie, aún no has comido.

—Claro que sí, claro que sí. No paro de comer en la cocina: un bocado ahora, otro luego...

Pasó una moto por la carretera; de lejos vieron que la conducía un joven más elegante que la mayoría de los habitantes de Saint-Fiacre.

—¿Quién es?

—¿No lo ha visto usted esta mañana? Emile Gautier, el hijo del administrador.

—¿Adónde va?

—Seguro que a Moulins. Es casi un chico de ciudad. Trabaja en un banco.

La gente salía de su casa, paseaba por la carretera o se dirigía al cementerio.

Cosa rara, Maigret tenía sueño. Se sentía extenuado como si hubiera realizado un esfuerzo excepcional. Y no era por haberse levantado a las cinco y media de la mañana, ni porque estuviese resfriado.

Lo que más le abrumaba era el ambiente. Se sentía afectado personalmente por el drama, y asqueado.

¡Sí, asqueado! Ésa era la palabra. Jamás había imaginado que regresaría a su pueblo en semejantes condiciones. Todo le había entristecido, incluso la tumba de su padre, cuya losa estaba del todo negra y ante la que le habían prohibido fumar.

Frente a él, Jean Métayer se comportaba con afectación. Se sabía observado y comía esforzándose por aparentar serenidad, incluso por esgrimir una vaga sonrisa desdeñosa.

—¿Una copa de aguardiente? —le propuso a él también Marie Tatin.

—Gracias. Nunca bebo alcohol.

Era un hombre educado. Quería demostrar, se hallara en la circunstancia en que se hallara, su urbanidad. En la fonda comía con los mismos gestos exquisitos que en el castillo.

Al terminar de comer, preguntó:

—¿Tiene teléfono?

—No, pero hay uno ahí enfrente, en la cabina.

Cruzó la carretera, entró en la tienda de comestibles, regentada por el sacristán, donde estaba la cabina. Debió de pedir una conferencia de larga distancia, porque se le vio esperar largo rato en la tienda, fumando un cigarrillo tras otro.

Cuando Métayer regresó, los campesinos habían abandonado la fonda. Marie Tatin fregaba los vasos, pues preveía que las vísperas traerían nuevos clientes.

—¿A quién ha telefoneado? Piense que, para enterarme, no tengo más que ir hasta el aparato.

—A Bourges, a mi padre —contestó con voz seca, agresiva—. Le he pedido que me mande inmediatamente un abogado.

Se parecía a uno de esos ridículos perrillos que enseñan los dientes antes de que se haga amago de tocarlos.

—¿Tan seguro está de que va a necesitarlo?

—Le ruego que no me dirija la palabra hasta que llegue mi abogado. Créame que lamento que en el pueblo sólo haya una fonda.

¿Alcanzó a oír lo que masculló el comisario al alejarse?

—Cretino, cretino inmundo...

Y Marie Tatin, sin saber por qué, temía quedarse a solas con el secretario.

El día iba a quedar marcado hasta el final por el signo del desorden, de la indecisión, sin duda porque nadie se sentía autorizado para tomar las riendas de los acontecimientos.

El comisario, embutido en su pesado abrigo, deambulaba por el pueblo. Tan pronto se le veía en la plaza de la iglesia como en las inmediaciones del castillo, cuyas ventanas se encendían una tras otra.

Pues anocheceía rápido. La iglesia estaba iluminada, vibrante por los sonos del órgano. El campanero cerró la verja del cementerio.

Y algunos grupos, apenas visibles en la noche, hacían cábalas, porque no sabían si procedía desfilar ante el lecho de la difunta. Dos hombres se dirigieron al castillo y fueron recibidos por el mayordomo, quien también ignoraba qué debía hacer. Nadie había preparado la bandeja para las tarjetas. Buscaron a Maurice de Saint-Fiacre para pedirle su opinión y la joven rusa les dijo que el conde se había ido a tomar el fresco.

Estaba acostada, vestida, y fumaba cigarrillos con filtro de cartón.

Al ver la situación, el mayordomo, con un gesto de indiferencia, dejó pasar a la gente.

Ésa fue la señal. Al salir del rezo de vísperas, hubo conciliábulos.

«¡Que sí! ¡Que el tío Martin y el joven Bonnet ya han estado allá!».

Todo el mundo acudió como en procesión. El castillo estaba mal iluminado. Los campesinos recorrían el pasillo y las figuras se recortaban una tras otra en cada ventana. Llevaban a los niños de la mano; los zarandeaban para que no hicieran ruido.

La escalera. El largo pasillo de la primera planta. Y por fin la habitación de la condesa, donde entraban por primera vez.

Allí, la doncella, que estaba sola, asistía espantada a la invasión. Los niños se santiguaban con una ramita de boj mojada en agua bendita. Los más audaces musitaban a media voz:

—¡Parece que duerme!

—No ha sufrido —agregaban otros, como un eco.

Los pasos resonaban en el desvencijado *parquet*. Crujían los viejos peldaños de la escalera. Se oía:

—¡Chist! Agárrate bien a la barandilla.

La cocinera, en su cocina del sótano, no veía más que las piernas de los que desfilaban.

Maurice de Saint-Fiacre regresó en el momento en que la casa estaba atestada. Miró a los campesinos con expresión atónita. Los visitantes se preguntaban si debían hablarle. Pero él se limitó a saludarlos con la cabeza y entró en la habitación de Marie Vasiliev, donde se les oyó hablar en inglés.

Maigret había ido a la iglesia. El sacristán iba de cirio en cirio con el apagavelas en la mano. El sacerdote, en la sacristía, se despojaba de los ornamentos sagrados.

A izquierda y derecha estaban los confesionarios con sus cortinillas verdes, destinadas a preservar a los penitentes de las miradas. Maigret recordaba aquellos años en que la cabeza no le llegaba lo bastante alto para que le ocultase la cortina.

Tras él, el campanero, que no le había visto, cerró la puerta principal y echó los cerrojos.

De improviso, el comisario cruzó la nave y entró en la sacristía, ante la sorpresa del párroco, que no esperaba verlo allí.

—Discúlpeme, padre. Antes que nada, me gustaría hacerle una

pregunta...

El rostro regular del párroco era grave, pero a Maigret le pareció que los ojos, febriles, le brillaban.

—Esta mañana ha ocurrido un hecho inquietante. El misal de la condesa, que estaba en su reclinatorio, ha desaparecido de pronto y ha aparecido más tarde bajo la sobrepelliz del monaguillo, en esta misma habitación.

Silencio. El ruido de los pasos del sacristán sobre la alfombra de la iglesia. Los pasos, más lentos, del campanero, que se iba por una puerta lateral.

—Sólo cuatro personas han podido... Le ruego que me disculpe. El monaguillo, el sacristán, el campanero y...

—Yo.

La voz era tranquila. La llama temblorosa de una vela iluminaba sólo una parte del rostro del párroco. De un incensario subía en espiral un delgado hilo de humo azul que se perdía en el techo.

—¿Usted ha...?

—Yo he recogido el misal y lo he dejado aquí mientras...

La caja de las hostias, las vinajeras y la campanilla estaban en su lugar, como en los tiempos en que Maigret era monaguillo.

—¿Sabía usted qué contenía el misal?

—No.

—En ese caso...

—Me veo obligado a pedirle que no me haga más preguntas, señor comisario. Es secreto de confesión.

Involuntaria asociación de ideas: el comisario recordó la catequesis, en el comedor de la rectoría; y también la imagen que se forjó en su mente cuando el antiguo párroco, ya anciano, les contó la historia de un sacerdote de la Edad Media que se había dejado arrancar la lengua para no traicionar el secreto de confesión.

Treinta y cinco años después, se le aparecía idéntica en su retina.

—Así pues, conoce usted al asesino —murmuró no obstante.

—Lo conoce Dios... Perdone, he de visitar a un enfermo.

Salieron por el jardín de la rectoría. Una pequeña verja separaba ésta de la carretera. La gente, tras abandonar el castillo, formaba corros para hablar del

suceso.

—¿No cree, padre, que su lugar está...?

Pero se toparon con el médico, que masculló para su barbita:

—Escúcheme, padre, ¿no le parece que esto acabará pareciendo una feria? Hay que ir a poner orden allá, siquiera para salvaguardar la moral de los campesinos. ¡Ah, está usted aquí, comisario! Menudo lío ha organizado: en estos momentos, medio pueblo acusa al joven conde de... ¡Sobre todo desde que ha aparecido esa mujer! El administrador irá a ver a los aparceros para reunir los cuarenta mil francos que, al parecer, son necesarios para...

—¡Déjeme en paz!

Maigret se alejó. No podía más. ¿No lo acusaban de ser la causa de todo ese desorden? ¿Qué torpeza había cometido? ¿Qué había hecho él? ¡Si habría dado cualquier cosa para que los acontecimientos se desarrollaran en un clima de dignidad!

Caminó a zancadas hacia la fonda, que estaba medio llena. No oyó más que un retazo de frase:

—Dicen que, si no consigue reunirlos, irá a la cárcel.

Marie Tatin era la imagen personificada de la desolación. Iba y venía, atenta, con pasos cortitos de vieja, aunque no tenía más de cuarenta años.

—¿Es para usted la limonada? ¿Quién ha pedido dos cervezas?

Jean Métayer escribía en su rincón, alzando a ratos la cabeza para escuchar las conversaciones.

Maigret se acercó a él; aunque no pudo leer los diminutos caracteres, vio que los puntos y aparte estaban perfectamente espaciados, con muy pocos tachones, y cada párrafo iba precedido de un número:

1.º...

2.º...

3.º...

El secretario, en espera de que llegase su abogado, preparaba su defensa.

Una mujer decía a dos metros de él:

—No había ni sábanas limpias, y han tenido que pedírselas a la mujer del administrador.

Pálido, ojeroso, pero con expresión decidida, Jean Métayer escribía:

4.º...

El segundo día

Maigret durmió de un modo a la vez agitado y voluptuoso, como sólo ocurre cuando se duerme en una fría habitación de casa rural que huele a establo, a manzanas de invierno y a heno. A su alrededor circulaban toda clase de corrientes de aire. Y las sábanas estaban heladas, salvo en el lugar exacto, en el hueco mullido, íntimo, que había templado con su cuerpo. Tanto era así que, hecho un ovillo, evitaba hacer el menor movimiento.

En varias ocasiones había oído la tos seca de Jean Métayer en la buhardilla contigua. Pronto resonaron los pasos furtivos de Marie Tatin, que ya se levantaba.

Maigret se quedó unos minutos más en la cama. Cuando encendió la vela, no se vio con ánimos para lavarse con el agua fría del jarro y lo dejó para más tarde; bajó en zapatillas y sin el cuello postizo.

Abajo, Marie Tatin echaba petróleo en la estufa, que no quería encenderse. Llevaba el cabello recogido con horquillas y se sonrojó al ver aparecer al comisario.

—Todavía no son las siete y el café no está listo.

Maigret se sentía algo inquieto. En el duermevela, media hora antes, le había parecido oír pasar un coche. Sin embargo, Saint-Fiacre no quedaba en la carretera general. Prácticamente sólo cruzaba el pueblo el autobús una vez al día.

—Marie, ¿ha salido ya el autobús?

—No, nunca sale antes de las ocho y media. Y casi siempre a las nueve.

—¿Ya tocan a misa?

—Sí. En invierno es a las siete, en verano a las seis. Si quiere usted calentarse...

Le señalaba la estufa, que ardía por fin.

—¿No te decidirás a tutearme?

Maigret se arrepintió de su pregunta al sorprender una sonrisa de coquetería en el rostro de la pobre mujer.

—El café estará dentro de cinco minutos.

No amanecería hasta las ocho. El frío era aún más intenso que la víspera. Maigret, con el cuello del abrigo alzado y el sombrero calado hasta los ojos, caminó lentamente hacia la mancha luminosa de la iglesia.

No era ya día de fiesta. Había sólo tres mujeres en la nave. Y la misa tenía algo de improvisado, de furtivo. El párroco se desplazaba demasiado aprisa de un extremo a otro del altar. Y también demasiado aprisa se giraba, con los brazos abiertos, para murmurar comiéndose algunas sílabas:

—*Dominus vobiscum!*

El monaguillo, que le seguía a duras penas, decía «Amén» a destiempo y se abalanzaba sobre la campanilla.

¿Volvería a desatarse el pánico? Se oía el murmullo de las oraciones litúrgicas y a ratos una aspiración del oficiante que, entre dos palabras, recobraba el aliento.

—*Ite missa est.*

¿Había durado la misa doce minutos?

Las tres mujeres se levantaron. El sacerdote leyó el último Evangelio. Un coche se detuvo cerca de la iglesia y no tardaron en oírse pasos vacilantes en la plaza.

Maigret se había quedado en el fondo de la nave, apoyado en la puerta. Por eso, cuando ésta se abrió, el recién llegado se topó con él.

Era Maurice de Saint-Fiacre. Se sorprendió y estuvo a punto de batirse en retirada murmurando:

—Perdón, me... —Pero dio un paso hacia delante y trató de recobrar el aplomo—. ¿Ha terminado la misa?

Decididamente, estaba nervioso. Tenía ojeras, como si no hubiera dormido en toda la noche. Y, al abrir la puerta, el frío había entrado con él.

—¿Viene de Moulins?

Hablaban en voz baja mientras el sacerdote recitaba las oraciones de después de la misa; las mujeres cerraron los misales y asieron el paraguas y el

bolso.

—¿Cómo lo sabe? Pues sí, he...

—¿Quiere que salgamos?

El sacerdote y el monaguillo habían entrado en la sacristía, y el sacristán apagaba las dos velas que habían bastado para la misa rezada.

Fuera, comenzaba a clarear el horizonte. La blancura de las casas cercanas se destacaba en la penumbra. Ahí, entre los árboles de la plaza, estaba el coche amarillo.

El malestar de Maurice de Saint-Fiacre resultaba palpable. Miraba a Maigret con cierta perplejidad, extrañado quizá de verlo sin afeitarse y sin cuello postizo bajo el abrigo.

—¡Mucho ha madrugado usted! —masculló el comisario.

—El primer tren, que es un rápido, sale de Moulins a las siete y tres minutos.

—No entiendo. ¿Para qué necesita usted el tren si...?

—Olvida a Marie Vasiliev.

Sencilísimo. Y natural. La presencia de Marie Vasiliev no podía sino resultar embarazosa en el castillo. De manera que sin duda Maurice la había acompañado a Moulins en coche, la había dejado en el tren de París y, de regreso, había entrado en la iglesia iluminada.

Sin embargo, Maigret no estaba satisfecho. Intentaba seguir las miradas angustiadas del conde, que parecía esperar o temer algo.

—Su amiga no parece una persona dócil.

—Ha conocido tiempos mejores. Por eso es muy susceptible: sólo pensar que a mí se me puede ocurrir ocultar nuestra relación...

—Esa relación, ¿cuándo empezó?

—Hace poco menos de un año. Marie no es una persona interesada. Y ha habido momentos duros.

Su mirada se había detenido por fin en un punto. Maigret la siguió y vio, a sus espaldas, al párroco, que acababa de salir de la iglesia. Le pareció que las dos miradas se cruzaban y que el sacerdote se mostraba tan turbado como el conde de Saint-Fiacre.

El comisario se disponía a interpelar al párroco cuando éste, con torpe premura, le dirigió un breve saludo y entró en la rectoría, como si huyera.

—No tiene aspecto de cura de pueblo.

Maurice no contestó. Por la ventana iluminada se veía al párroco sentado ante el desayuno, y a la sirvienta, que le llevaba una cafetera humeante.

Unos chiquillos con la cartera en la espalda se encaminaban ya hacia la escuela. La superficie de la laguna Notre-Dame cobró una tonalidad de espejo.

—¿Qué disposiciones ha tomado usted para...? —empezó a decir Maigret.

—¿Para qué? —replicó su interlocutor con cierta brusquedad.

—Para el entierro. ¿Ha velado alguien esta noche a la difunta?

—¡No! Lo hemos hablado. Pero, según Gautier, ya no se estila.

Se oyó el zumbido de un motor de dos tiempos en el patio del castillo. A los pocos instantes, por la carretera pasaba una moto en dirección a Moulins. Maigret reconoció a Gautier hijo, a quien había visto de lejos la víspera. Llevaba un impermeable *beige* y una gorra a cuadros.

Maurice de Saint-Fiacre no sabía qué actitud adoptar. No se atrevía a subir al coche, pero tampoco tenía nada que decirle al comisario.

—¿Ha conseguido Gautier los cuarenta mil francos?

—No... Sí, es decir...

Maigret lo miró con curiosidad, sorprendido de verlo tan azorado.

—Los ha conseguido, ¿sí o no? Ayer me dio la impresión de que Gautier le echaba mala voluntad al asunto. A fin de cuentas, de la liquidación de las hipotecas y de las deudas se reunirá una cantidad muy superior a la del talón.

Pues no: Maurice no contestaba. Parecía asustado sin motivo aparente. Y lo que dijo después no guardaba relación alguna con la conversación anterior:

—Contésteme con franqueza, comisario. ¿Sospecha usted de mí?

—¿Con respecto a qué?

—Lo sabe muy bien. Necesito saber...

—No tengo más razones para sospechar de usted que de cualquier otro —contestó Maigret, evasivo.

El conde saltó al oír esta afirmación.

—¡Gracias! Pues eso hay que decirle a la gente, ¿comprende? Si no, mi posición es insostenible.

—¿A qué banco irán a cobrar su cheque?

—Al Comptoir d'Escompte.

Una mujer se dirigía hacia el lavadero del pueblo empujando una carretilla cargada con cestos de ropa. El párroco, en su casa, se paseaba rezando el breviario, pero el comisario tenía la sensación de que les lanzaba ojeadas angustiadas.

—Lo veré a usted en el castillo.

—¿Ahora?

—Sí, en seguida iré para allá —confirmó el comisario.

Estaba claro: Maurice de Saint-Fiacre no tenía el menor interés en que Maigret fuera al castillo. Desesperado, subió al coche. Tras los cristales de la rectoría, el párroco lo vio marchar.

Maigret quería ponerse al menos un cuello duro. Justo cuando llegó ante la fonda, Jean Métayer salía de la tienda de comestibles. Se había limitado a echarse un abrigo sobre el pijama. Miró al comisario con expresión triunfal.

—¿Alguna llamada de teléfono?

—Mi abogado llega a las ocho cincuenta —replicó el joven con acritud.

Se le veía seguro de sí mismo. Devolvió unos huevos pasados por agua porque no estaban bastante cocidos y con los dedos repiqueteó una marcha en la mesa.

Desde el tragaluz de su habitación, mientras se vestía, Maigret contempló el patio del castillo, el coche deportivo y a Maurice de Saint-Fiacre, que parecía indeciso. Por lo visto, se disponía a regresar andando al pueblo.

El comisario se apresuró. A los pocos instantes caminaba hacia el castillo.

Se encontraron a menos de cien metros de la iglesia.

—¿Adónde iba usted?

—A ningún sitio. No lo sé.

—¿Quizá a rezar a la iglesia?

Estas palabras, como si poseyeran un misterioso y terrible sentido, bastaron para que Maurice de Saint-Fiacre palidiera. No era un hombre preparado para soportar dramas. Por su aspecto, parecía un mozo alto y fuerte, un deportista que gozaba de excelente salud.

Pero, ahondando un poco, se percibía su flojedad. Tras esos músculos un poco ahogados en grasa, había escasa energía. Sin duda acababa de pasar una noche en blanco y se le veía totalmente abatido.

—¿Ha mandado imprimir esquelas?

—No.

—Piense en la familia, en los aristócratas de la zona...

El joven montó en cólera.

—No vendrían, ¿no lo entiende? Tiempo atrás, sí. En vida de mi padre, durante la temporada de caza, teníamos hasta treinta invitados en el castillo durante semanas.

Maigret lo sabía mejor que nadie, pues durante las batidas, sin que sus padres se enterasen, le encantaba ponerse un blusón blanco de ojeador.

—Pero ahora...

Y Maurice esbozó un gesto que venía a significar: «El desastre, la indecencia».

En toda la región de Berry debían de murmurar de la vieja loca que malograba el final de su vida con supuestos secretarios. Y de las fincas malvendidas, unas tras otras. Y del hijo que hacía el idiota en París.

—¿Cree usted que el entierro podrá celebrarse mañana? Compréndalo, esta situación no debe prolongarse por más tiempo.

Un carro cargado de estiércol pasaba lentamente y sus anchas ruedas parecían moler los guijarros de la carretera. Había despuntado el día, un día más gris que la víspera, pero con menos viento. Maigret divisó de lejos a Gautier, que cruzaba el patio y se dirigía hacia él.

Entonces sucedió algo extraño.

—¿Me permite? —dijo el comisario a su acompañante, dirigiéndose al castillo.

No había recorrido cien metros cuando se giró. Maurice de Saint-Fiacre estaba ante la rectoría y sin duda acababa de llamar a la puerta. Pero al verse sorprendido por el comisario, se alejó de un modo brusco, sin esperar respuesta.

El conde no sabía adónde ir. Todo su comportamiento dejaba traslucir que se sentía muy incómodo. El comisario alcanzó al administrador, que lo había visto acercarse y lo esperaba con expresión arrogante.

—¿Qué se le ofrece?

—Una simple información. ¿Ha conseguido los cuarenta mil francos que necesita el conde?

—No. Y desafío a cualquiera a que los consiga por la zona. Todo el mundo sabe lo que vale su firma.

—¿Entonces?

—Que se las arregle como pueda. ¡No es cosa mía!

Saint-Fiacre volvía sobre sus pasos. Se adivinaba que andaba desesperado por hacer una gestión y que, por una u otra razón, le resultaba imposible. Tras reflexionar un instante, se encaminó hacia el castillo y se detuvo ante los dos hombres.

—¡Gautier! Preséntese en la biblioteca para recibir mis instrucciones. — Y agregó, con voz forzada—: ¡Hasta luego, comisario!

Cuando Maigret pasó por delante de la rectoría, tuvo la clara sensación de que alguien lo observaba a través de las cortinas. Pero no habría podido asegurarlo, porque al hacerse de día habían apagado la luz en el interior.

Había un taxi parado delante de la fonda de Marie Tatin. En el local, un hombre de unos cincuenta años impecablemente vestido, con pantalón a rayas y chaqueta negra ribeteada de seda, estaba sentado junto a Jean Métayer.

Al entrar el comisario, el hombre se levantó, solícito, y se precipitó hacia él tendiendo la mano.

—Me dicen que es usted oficial de la Policía Judicial. Permita que me presente: abogado Tallier, del colegio de Bourges. ¿Tomará usted algo con nosotros?

Jean Métayer se había levantado, pero su actitud delataba que no aprobaba la cordialidad de su abogado.

—Camarera, sírvanos, por favor —llamó el abogado, y agregó en tono conciliador—: ¿Qué tomará usted? Con este frío, ¿qué le parece un grog para todos? Tres grogs, hija mía.

La «hija mía» era la pobre Marie Tatin, poco acostumbrada a esos modales.

—Espero que disculpe a mi cliente, comisario. Si no he entendido mal, se ha mostrado un tanto receloso con usted. Pero no olvide que es un muchacho de buena familia, que no tiene nada que reprocharse y que las sospechas que ha percibido a su alrededor le han hecho perder la calma. Su malhumor de

ayer es, si cabe, la mejor prueba de su absoluta inocencia —con el abogado no había necesidad de abrir la boca. Él se encargaba de todo, tanto de las preguntas como de las respuestas, todo ello acompañado de gestos delicados—. Por supuesto, no estoy aún al corriente de todos los pormenores, pero, si no he entendido mal, la condesa de Saint-Fiacre murió ayer de un paro cardíaco durante la primera misa. Por otra parte, en su misal ha aparecido un papel que permite suponer que esa muerte ha sido provocada por una fuerte emoción.

»¿Ha interpuesto una denuncia el hijo de la víctima, quien, casualmente, no se hallaba muy lejos de aquí? ¡No! Y, por lo demás, tengo para mí que la denuncia no sería aceptada. Las maniobras criminales, si las hay, no son lo bastante relevantes como para dar pie a una acusación en regla por parte de la sala de lo criminal. En eso estamos totalmente de acuerdo, ¿no? ¡Si no hay denuncia, no hay acción judicial!

»Sin embargo, comprendo que usted quiera investigar esa muerte a título oficioso. Mi cliente no puede contentarse con no ser perseguido judicialmente; necesita quedar limpio de toda sospecha. Enténdame usted bien: ¿cuál era, en definitiva, su situación en el castillo? La de un hijo adoptivo. La condesa, al quedarse sola, lejos de un hijo que no le ha dado más que disgustos, se ve reconfortada por la abnegación y rectitud de su secretario.

»Mi cliente no es un hombre ocioso. No se ha limitado a vivir despreocupadamente, como habría podido hacerlo en el castillo. Ha trabajado, ha buscado inversiones, incluso se ha interesado por inventos recientes. Por consiguiente, ¿tenía él algún interés en la muerte de su benefactora? ¿Es preciso que añada algo más? Creo que no, ¿verdad? Pues eso quiero yo, señor comisario: ayudarle a dejar bien sentado...

»No obstante, debo añadir que, previamente, habré de adoptar algunas medidas indispensables, de común acuerdo con el notario. Jean Métayer es un muchacho confiado que jamás imaginó que fueran a producirse acontecimientos como éstos. Sus pertenencias están en el castillo, mezcladas con las de la difunta condesa; no obstante, resulta que han llegado allí otras personas que a buen seguro tienen la intención de quedarse con...

—... ¡unos cuantos pijamas y unas zapatillas viejas! —gruñó Maigret

levantándose.

—¿Perdón?

Durante la conversación, Jean Métayer había tomado notas en una agenda. Al ver que su abogado se levantaba, lo calmó.

—¡Déjelo ya! Desde el primer instante comprendí que tenía un enemigo en la persona del comisario. Y después me he enterado de que había estado relacionado con el castillo: precisamente nació en él, cuando su padre era administrador de los Saint-Fiacre. Ya le puse en guardia, Tallier. Pero usted se ha empeñado en...

El reloj marcaba las diez. Maigret calculaba que el tren de Marie Vasiliev habría llegado hacía una media hora a la Gare de Lyon.

—Discúlpeme —se excusó—. Ya hablaremos en el momento oportuno.

—Pero...

Entró en la tienda de comestibles de enfrente, cuyo timbre resonó. Esperó un cuarto de hora la conferencia con París.

—¿Es cierto que es usted hijo del antiguo administrador?

Maigret estaba más cansado que si hubiera realizado diez investigaciones normales. Sentía auténticas agujetas, a la vez morales y físicas.

—Al habla París.

—¿Oiga? ¿Banco Comptoir d'Escompte?... Aquí la Policía Judicial. Una información, por favor. ¿Ha presentado alguien un cheque esta mañana firmado con el apellido Saint-Fiacre?... ¿Dice usted que lo han presentado a las nueve? Y no había fondos, ¿no?... ¡Oiga! No corte, señorita. ¿Le ha pedido usted al portador que lo presentara otra vez? ¡Muy bien!... ¡Ah!, eso quería saber. Una mujer joven, ¿verdad?... ¿Hace un cuarto de hora? ¿Y ha ingresado los cuarenta mil francos?... Muchas gracias. Por supuesto, pague usted el dinero cuando le presenten de nuevo el cheque... No, no. No sucede nada particular. Si el dinero ya está ingresado...

Al salir de la cabina dio un profundo suspiro de cansancio.

Maurice de Saint-Fiacre había conseguido durante la noche los cuarenta mil francos y había enviado a su amante a París para que los ingresara en el banco.

En el momento en que el comisario abandonaba la tienda de comestibles, vio que el párroco salía de su casa y se encaminaba hacia el castillo.

Entonces Maigret apretó el paso y casi corrió para llegar a la puerta al tiempo que el sacerdote.

No lo alcanzó por un minuto. Al llegar al patio, la puerta se cerró tras el párroco. Y cuando llamó, se oían pasos al fondo del pasillo, por la zona de la biblioteca.

Dos campos

— Voy a ver si el señor conde puede...

Pero el comisario no dejó que el mayordomo acabara la frase. Se coló por el pasillo y se dirigió hacia la biblioteca mientras el sirviente lanzaba un quejoso suspiro de resignación. ¡Imposible salvar siquiera las apariencias! La gente entraba en el castillo como por su casa. Era el caos.

Aunque Maigret esperó un instante antes de abrir la puerta de la biblioteca, resultó inútil, porque no oyó ruido alguno. Por eso su entrada fue, en cierto modo, impresionante.

Llamó, pensando que el párroco estaría quizá en otra habitación del castillo. Pero de inmediato una voz muy nítida, muy firme, resonó en el silencio absoluto de la estancia:

—¡Adelante!

Maigret abrió la puerta y se detuvo por casualidad ante una rejilla de ventilación. El conde de Saint-Fiacre, de pie, levemente apoyado en la mesa gótica, lo miraba.

A su lado, el sacerdote, con la mirada fija en la alfombra, se mantenía rigurosamente inmóvil, como si un movimiento hubiese bastado para traicionarlo.

¿Qué hacían allí los dos sin hablar, sin moverse? Hubiese resultado menos embarazoso interrumpir una escena patética que caer en ese silencio tan profundo, en el que la voz parecía trazar círculos concéntricos, como un guijarro arrojado al agua.

Maigret advirtió una vez más el cansancio de Saint-Fiacre. El sacerdote, por su parte, estaba aterrado, y sus dedos manoseaban con nerviosismo su breviario.

—Disculpen que les moleste...

Aunque ésa no era la intención del comisario, la frase cayó como una ironía. ¿Acaso es posible molestar a personas tan inertes como objetos?

—Tengo noticias del banco.

Toda la escena proseguiría a ese ritmo: parecían jugadores de ajedrez meditando con la mano en la frente, guardando silencio unos minutos antes de mover un peón y volviendo a hundirse en la inmovilidad.

Pero no era la meditación lo que les paralizaba de ese modo. Maigret tuvo la convicción de que era el temor a hacer un movimiento en falso, a cometer una torpeza. Entre los tres se alzaba un equívoco. Y cada uno adelantaba su peón a su pesar, listo para volver a atraparlo.

—He venido a pedir instrucciones para el entierro —se creyó obligado a decir el párroco.

¡Falso! Un peón mal movido. Tan mal movido que el conde de Saint-Fiacre sonrió.

—¡Sabía que llamaría usted al banco! —exclamó—. Y le confesaré por qué me decidí a dar ese paso: para quitarme de encima a Marie Vasiliev, que no quería abandonar el castillo. Le hice creer que era un asunto de suma importancia.

En los ojos del sacerdote, Maigret leía ahora la angustia, la reprobación.

«¡Infeliz!», debía de pensar el sacerdote. «¡Ha picado en el anzuelo! Ha caído en la trampa. Está perdido».

Silencio. El rascar de un fósforo y las bocanadas de humo que el comisario exhalaba una tras otra, mientras preguntaba:

—¿Consiguió Gautier el dinero?

Un instante de vacilación, muy breve.

—No, comisario. Le explicaré...

El drama no se plasmaba en el rostro de Saint-Fiacre, sino en el del párroco. Estaba pálido. Sus labios tenían un rictus amargo. Se contenía para no intervenir.

—Escúcheme, señor conde... —el pobre hombre no podía más—. ¿No le parece que sería oportuno interrumpir esta conversación con el comisario hasta que nosotros dos hayamos tenido una charla?

La misma sonrisa de antes en los labios de Maurice. Hacía frío en la

estancia demasiado amplia, de cuya biblioteca habían desaparecido los libros más valiosos. Había lumbre preparada en la chimenea; bastaba arrojar un fósforo.

—¿Tiene un encendedor o...?

Y mientras el conde se inclinaba hacia la chimenea, el sacerdote lanzó a Maigret una mirada consternada, suplicante.

—Ahora —dijo Saint-Fiacre volviendo hacia donde estaban los dos hombres— aclararé la situación en pocas palabras. Por motivos que ignoro, nuestro párroco, que destila buena voluntad, está convencido de que yo..., ¿por qué tener miedo a las palabras?, ¡he asesinado a mi madre! Pues aunque la ley difícilmente pueda perseguirlo, no deja de ser un asesinato, ¿no?

El párroco no se movía; conservaba esa temblorosa inmovilidad del animal que advierte la inminencia de un peligro y no puede hacerle frente.

—El señor párroco debía de sentir un entrañable afecto hacia mi madre. Ha querido sin duda evitar que cayese un escándalo sobre el castillo. Anoche, por medio del sacristán, me mandó cuarenta billetes de mil francos con una notita.

Y la mirada del párroco decía, sin la menor duda: «¡Desdichado, que te pierdes!».

—¡Ésta es la nota! —agregó Saint-Fiacre.

Maigret leyó en voz alta:

—«Sea prudente. Rezo por usted».

¡Uf! Aquello produjo el efecto de una bocanada de aire fresco. De repente, Maurice de Saint-Fiacre dejó de sentirse clavado al suelo, condenado a la inmovilidad. De repente, también, perdió esa gravedad que no cuadraba con su temperamento.

Empezó a ir y venir, hablando con voz más relajada.

—Ésa es la razón, comisario, por la que me ha visto usted merodear por la iglesia y la rectoría. Los cuarenta mil francos, que por supuesto hay que considerar como un préstamo, los he aceptado, en primer lugar y como ya le he dicho, para alejar a mi amante... ¡y discúlpeme, padre! En segundo lugar, porque habría resultado especialmente desagradable ser arrestado en esta coyuntura. Pero estamos aquí de pie, como si... Siéntense, por favor —fue a abrir la puerta y se oyó un ruido en el piso de arriba—. Empieza otra vez el

desfile —murmuró—. Creo que habrá que llamar a Moulins para que instalen una capilla ardiente —comentó, y agregó sin transición—: Supongo que ahora lo ha comprendido. Una vez aceptado el dinero, tenía que darle mi palabra al párroco de que yo no soy culpable. Me resultaba difícil hacerlo delante de usted, comisario, sin acrecentar sus sospechas. ¡Eso es todo! Y usted, esta mañana, como si me adivinase el pensamiento, no me dejó solo ni un instante por los alrededores de la iglesia. El párroco se ha presentado aquí, y todavía no sé por qué, pues cuando ha entrado usted, aún no se había decidido a hablar —se le veló la mirada. Para disipar el rencor que lo invadía, soltó una risa patética—. La cosa está clara, ¿no? Un hombre que se ha pegado la gran vida y que firma cheques sin fondos... El viejo Gautier me evita; él también debe de estar convencido de que... —de pronto miró al párroco, sorprendido—. Pero bueno, ¿qué le sucede?

El sacerdote, en efecto, tenía una expresión lúgubre. Su mirada evitó la del joven, e intentó evitar también los ojos de Maigret.

Maurice de Saint-Fiacre, comprendiendo, exclamó con mayor amargura:

—¡Claro! Todavía no me creen. Y precisamente el que intenta salvarme es quien está convencido de mi culpabilidad —fue a abrir la puerta, una vez más, y gritó, olvidando la presencia de la difunta en la casa—: ¡Albert, Albert! ¡Espabila, caramba! Tráenos algo de beber.

Entró el mayordomo y se dirigió hacia un armario empotrado del que sacó *whisky* y vasos. Los demás le miraban en silencio.

—En mis tiempos no había *whisky* en la casa —observó Maurice de Saint-Fiacre con una extraña sonrisa.

—Lo manda traer Monsieur Jean.

—¡Ah! —el conde bebió un largo trago y cerró la puerta con llave tras salir el sirviente—. La de cosas que han cambiado... —masculló como para sus adentros.

Pero no perdía de vista al párroco, y éste, cada vez más incómodo, balbuceó:

—Discúlpenme, tengo que ir a la catequesis.

—Un momento. Sigue usted creyéndome culpable, ¿verdad? No, no lo niegue, que los curas no saben mentir. Pero hay algunos puntos que me gustaría aclarar. Usted no me conoce, no estaba en Saint-Fiacre en mi época;

tan sólo ha oído hablar de mí. Además, no hay indicios materiales del crimen; eso al comisario, que ha asistido al drama, le consta.

—Por favor —balbuceó el párroco.

—¡No! ¿No bebe usted? A su salud, comisario —su mirada era sombría. Porfiaba con vehemencia en su razonamiento—. Muchas personas podrían resultar sospechosas. Pero no, padre, usted sólo sospecha de mí. Y no dejo de preguntarme por qué. Esta cuestión hasta me ha quitado el sueño la pasada noche. He pensado en todas las posibles causas, y al final creo haber dado en el clavo. ¿Qué le contó a usted mi madre?

El párroco palideció.

—No sé nada... —balbuceó.

—Se lo ruego, padre. Usted me ha ayudado, ¡conforme! Me ha prestado esos cuarenta mil francos, que me dan un respiro y me permiten enterrar decorosamente a mi madre. Se lo agradezco de todo corazón. Sólo que, al mismo tiempo, hace recaer sobre mí todas sus sospechas: reza por mí. Eso es demasiado, o insuficiente —la voz empezaba a velarse de ira, de amenaza—. Primero decidí hablar con usted sin que se hallase presente el comisario Maigret, pero ahora me alegro de que él esté. Cuanto más lo pienso, más claramente veo que hay algo turbio en todo esto.

—Señor conde, le pido por favor que no siga torturándome.

—¡Y yo, padre, le advierto que no saldrá de aquí sin haberme dicho la verdad! —era otro hombre. Se sentía acorralado. Y como todos los débiles, como todos los blandos, empezaba a mostrar una ferocidad exagerada. Sus gritos debían de oírse en la habitación de la difunta, situada encima de la biblioteca—. Usted mantenía un trato constante con mi madre. Supongo que Jean Métayer sería también asiduo de su iglesia. ¿Cuál de los dos le dijo algo? Supongo que mi madre, ¿no?

Maigret recordó las palabras que el párroco le había dicho la víspera: «Es secreto de confesión».

—¿Qué pudo contarle ella? La conocí bien, ¿sabe usted? Presencié el inicio de la caída, valga la expresión. Los aquí presentes no ignoramos nada de la vida... —miró a su alrededor con sorda ira—. Hubo un tiempo en que había que entrar en esta habitación conteniendo el aliento porque mi padre, el amo, trabajaba aquí. No había *whisky* en los armarios, pero los estantes

estaban tan abarrotados de libros como los panales de una colmena están saturados de miel.

Maigret también lo recordaba.

«El conde está trabajando». Y esas palabras bastaban para tener esperando dos horas en la antesala a los aparceros.

«El conde me ha mandado llamar a la biblioteca». Y el padre de Maigret se emocionaba, porque aquello cobraba la dimensión de un importante acontecimiento.

—No derrochaba los leños, sino que se contentaba con un infiernillo de petróleo, que colocaba junto a él, para no tener que encender la estufa —decía Maurice de Saint-Fiacre. Y añadió, dirigiéndose al asustado párroco—: Usted no ha conocido eso. Ha conocido el castillo en desorden. A mi madre, que había perdido al marido; a mi madre, cuyo hijo único hacía trastadas en París y sólo se dejaba caer por aquí para pedir dinero. Entonces empezó lo de los secretarios... —las pupilas le brillaban tanto que Maigret esperaba ver rodar una lágrima—. ¿Qué le contó mi madre? Que le daba miedo verme aparecer por aquí, ¿no? Sabía que habría algún nuevo agujero que tapar, algo que vender para sacarme una vez más de un atolladero.

—¡Debería usted calmarse! —exclamó el párroco con voz desmayada.

—No hasta que sepa... si sospeché de mí sin conocerme, desde el primer instante.

Intervino Maigret.

—El señor párroco hizo desaparecer el misal —dijo lentamente.

El comisario había comprendido y le echaba un cable a Saint-Fiacre. Se imaginaba a la condesa debatiéndose entre el pecado y el remordimiento. ¿No temía el castigo? ¿No se avergonzaba un poco ante su hijo?

Era una mujer inquieta, enfermiza. ¿Acaso no pudo decir un día, en el secreto del confesionario: «Me da miedo mi hijo»?

La condesa, en efecto, debía de tenerle miedo. El dinero que iba a parar a los Jean Métayer de turno era dinero de los Saint-Fiacre, por lo tanto de Maurice. ¿Y si se presentaba a pedir cuentas? ¿Y si...?

Maigret notaba que estas ideas germinaban en el cerebro del joven, aún confusas. Le ayudó a precisarlas.

—El señor párroco no puede decir nada si la condesa le contó algo bajo

secreto de confesión.

Sus palabras fueron decisivas. Maurice de Saint-Fiacre cortó en seco la conversación.

—Discúlpeme, padre. Me olvidaba de su catequesis. Y discúlpeme por... —giró la llave en la cerradura y abrió la puerta—. Muchas gracias. En cuanto..., en cuanto me sea posible, le devolveré los cuarenta mil francos. Porque supongo que no son suyos, ¿no?

—Se los he pedido a Madame Ruinard, la viuda del antiguo notario.

—Gracias. Adiós —estuvo a punto de cerrar de un portazo, pero se contuvo; miró a Maigret a los ojos y soltó—: ¡Mierda!

—El hombre ha querido...

—¡Lo sé, ha querido salvarme! Ha intentado evitar el escándalo, pegar, mal que bien, los pedazos del castillo de Saint-Fiacre. ¡Pero no es eso! —se sirvió *whisky*—. Pensaba en mi madre, esa pobre mujer. Ya ha visto usted a Marie Vasiliev, por no hablar de todas las demás, en París; éstas no tienen ataques de remordimientos. En cambio, ella... No olvide que lo que buscaba con ese Métayer, sobre todo, era derrochar afecto; y luego se precipitaba al confesionario. Debía de considerarse una especie de monstruo. Y de ahí a temer mi venganza hay un paso. ¡Ja, ja! —era una risa terrible—. Ya me ve usted, indignado, atacando a mi madre por... Y encima el párroco, que no se ha enterado de nada... ¡Ve la vida según los libros! Mientras vivía mi madre, debió de intentar salvarla de sí misma. Ya muerta, se cree en la obligación de salvarme a mí. Apuesto a que aún sigue convencido de que he sido yo quien... —miró fijamente al comisario a los ojos y preguntó—: ¿Y usted?

Al ver que Maigret no contestaba, prosiguió:

—Porque crimen lo ha habido. Un crimen que sólo puede haber cometido un canalla de la peor especie, un asqueroso cobarde. ¿Es cierto que la justicia no puede hacer nada contra él? He oído comentarlo esta mañana. Pero le diré una cosa, comisario, y puede usted utilizarla contra mí: le advierto que, cuando pille a ese canalla, tendrá que vérselas conmigo y sólo conmigo. ¡Y no necesitaré un revólver! No, ningún arma. Sólo estas manos —el alcohol debía de agudizar su exaltación. Debió de darse cuenta, porque se pasó la mano por la frente, se miró en el espejo y se dirigió a sí mismo una mueca burlona—. Lo que no quita para que, gracias al párroco, no me hayan

detenido antes del entierro. La verdad, no he sido muy amable con él. Y paga mis deudas la esposa del antiguo notario. ¿Quién es? Ni me acuerdo de ella.

—Es esa señora que viste siempre de blanco. Vive en la casa que tiene una verja con flechas doradas, en el camino de Matignon.

Maurice de Saint-Fiacre se serenó. Su arrebató había sido pasajero. Fue a servirse más *whisky*, dudó y, con una mueca de asco, apuró de un trago el contenido del vaso.

—¿Oye usted?

—¿El qué?

—A la gente del pueblo, desfilando arriba. ¡Yo debería estar ahí, de riguroso luto, con los ojos enrojecidos, estrechando manos con cara abrumada! Tan pronto salen fuera, se ponen a discutir. Pero ahora que lo pienso —añadió receloso—, si, como dice usted, no es caso que competa a la justicia, ¿por qué se queda usted en el pueblo?

—Podría presentarse alguna novedad.

—Si yo descubriese al culpable, ¿me impediría usted...?

Sus dedos crispados eran más elocuentes que un discurso.

—Le dejo —lo interrumpió Maignet—. Tengo que ir a vigilar el segundo campo.

—¿El segundo campo?

—El de la fonda. A Jean Métayer y a su abogado, que ha llegado esta mañana.

—¿Ha contratado a un abogado?

—Es un muchacho previsor. Esta mañana los personajes estaban situados de la siguiente manera: en el castillo, usted y el párroco; en la fonda, el joven y su consejero.

—¿Cree usted que él pudo haber sido capaz...?

—¿Me permite que me sirva?

Y Maignet se bebió un vaso de *whisky*, se limpió los labios y llenó una pipa antes de retirarse.

—Por supuesto, usted no sabe utilizar una linotipia, ¿no?

El conde se encogió de hombros.

—No sé utilizar nada. Ahí está mi desgracia.

—Bajo ningún concepto abandonará usted el pueblo sin avisarme, ¿de

acuerdo?

Una mirada grave, profunda. Y una voz grave y profunda.

—¡Se lo prometo!

Maigret salió. Iba a bajar la escalinata cuando apareció junto a él un hombre, sin que pudiese adivinar de dónde venía.

—Discúlpeme, señor comisario. Quería que me concediera unos instantes para poder hablar con usted. He oído decir...

—¿El qué?

—Que era usted casi de la casa. Su padre ocupaba el cargo que yo ocupo ahora. En fin, me sentiría muy honrado si se dignara tomar una copa en mi casa.

Y el administrador de perilla gris precedió al comisario a través de los patios. En su casa todo estaba preparado. Una botella de *marc* cuya etiqueta anunciaba una edad venerable; pastas; de la cocina llegaba un olor a col con tocino.

—Por lo que he oído decir, usted conoció el castillo en circunstancias muy distintas. Cuando llegué yo, empezaba el desorden. Había un joven parisiense que... Es un *marc* de la época del anciano conde. Sin azúcar, supongo.

Maigret miraba la mesa con leones esculpidos que sostenían anillos de cobre en la boca. Y una vez más lo invadió un cansancio físico y moral. En otro tiempo sólo podía entrar en esa estancia en zapatillas, por el parque encerado.

—Estoy apuradísimo. Y quiero pedirle consejo. Somos gente humilde; ya conoce usted la profesión de administrador y sabe que nadie se enriquece con ella. Algunos sábados en los que no había dinero en la caja, pagaba yo mismo a los braceros; otras veces adelantaba dinero para comprar el ganado que reclamaban los aparceros.

—Dicho de otro modo y en dos palabras: ¡la condesa le debía dinero!

—La señora condesa no entendía nada de negocios. El dinero se evaporaba por todas partes. Pero para las cosas imprescindibles, nunca había un céntimo.

—Y usted...

—Su padre habría hecho lo mismo, ¿no? En ciertos momentos no hay que dejar ver a la gente del pueblo que las arcas están vacías. Lo sacaba de mis ahorros.

—¿Cuánto?

—¿Otra copita?... No he hecho cuentas, pero por lo menos la suma asciende a setenta mil. Y también ahora, para el entierro, me tocará a mí...

A Maigret le vino a la mente una imagen: el despachito de su padre, junto a la cuadra, el sábado a las cinco de la tarde; todas las personas que trabajaban en el castillo, desde las lavanderas hasta los jornaleros, esperaban fuera; el anciano Maigret, sentado ante el escritorio tapizado de percal verde, hacía montoncitos de monedas; y todos los trabajadores iban pasando para estampar su firma o una cruz en el registro.

—Me pregunto ahora cómo recuperaré... Para gente como nosotros eso supone...

—Sí, entiendo. ¡Vaya, ha hecho usted cambiar la chimenea!

—Pues sí, era de madera. El mármol queda mejor.

—Mucho mejor, sí —gruñó Maigret.

—Comprenda la situación: ¡todos los acreedores van a echarse encima, habrá que vender, y con las hipotecas...!

El sillón en el que estaba sentado Maigret era nuevo, como la chimenea, y debía de proceder de una tienda del Boulevard Barbés. Había un fonógrafo sobre el aparador.

—Si no tuviera un hijo, me daría igual; pero Emile tiene que labrarse un futuro. No quiero precipitar las cosas.

Una chica cruzó el pasillo.

—¿También tiene usted una hija?

—No. Es una muchacha del pueblo que viene a hacer faenas a casa.

—Bien, ya hablaremos más tarde, Monsieur Gautier. Ahora discúlpeme, todavía tengo un montón de cosas que hacer.

—¿La última copita?

—No, gracias. Ha dicho usted unos setenta y cinco mil, ¿no es así?

Y se fue, con las manos en los bolsillos; pasó por entre la bandada de ocas y bordeó la laguna Notre-Dame, que ya no batía. El reloj de la iglesia

dio las doce.

En el bar de Marie Tatin comían Jean Métayer y el abogado. Como entremeses, había sardinas, filetes de arenque y salchichón. En la mesa de al lado estaban los vasos que habían contenido los aperitivos.

Los dos hombres se hallaban de buen humor. Recibieron a Maigret con miradas irónicas. Se guiñaban el ojo. La cartera del letrado estaba cerrada.

—¿Ha conseguido usted trufas para el pollo? —preguntaba este último.

¡Pobre Marie Tatin! Había encontrado una latita en la tienda, pero no acertaba a abrirla, y tampoco se atrevía a confesarlo.

—Sí, señor, sí. He encontrado trufas.

—Pues rápido, que el aire del campo abre un apetito terrible.

Maigret entró en la cocina y abrió la lata con su navaja, mientras la mujer bizca balbuceaba en voz baja:

—Qué vergüenza. Me...

—¡Chitón, Marie! —gruñó el comisario. Un campo. Dos campos. ¿Tres campos? Sintió necesidad de bromear para evadirse de la realidad—. Por cierto, el párroco me ha pedido que te diga que te concede trescientos días de indulgencias. ¡Para redimir tus pecados!

Marie Tatin, que no entendió la broma, miraba a su voluminoso acompañante con una mezcla de temor y respetuoso cariño.

Encuentros en Moulins

Maigret había telefonado a Moulins para pedir un taxi y le sorprendió ver llegar uno apenas diez minutos después de su llamada. Cuando se encaminaba hacia la puerta, intervino el abogado, que estaba acabándose el café.

—Perdone, es nuestro taxi. Aunque si quiere un asiento...

—No se preocupe, gracias.

Jean Métayer y el abogado salieron los primeros, en un cochazo que ostentaba aún las armas de su antiguo propietario. Un cuarto de hora después partió Maigret y, durante el trayecto, observó el paisaje mientras conversaba con el taxista.

El paisaje era monótono: dos hileras de álamos a lo largo de la carretera; campos labrados hasta perderse la vista y, a ratos, un rectángulo de bosque, el ojo verdoso de un estanque.

Las viviendas, en su mayoría, eran pobres casuchas; lo cual tenía su explicación, pues no existían pequeños propietarios. Únicamente grandes propiedades, una de las cuales, la del duque de T***, englobaba tres pueblos. La de los Saint-Fiacre, antes de las sucesivas ventas, había abarcado dos mil hectáreas.

Como medio de transporte, en la zona se utilizaba un viejo autobús parisiense, adquirido por un campesino, que recorría una vez al día el trayecto entre Moulins y Saint-Fiacre.

—Lo que se dice campo, lo es —decía el taxista—. Ahora aún no ve usted nada. Pero en pleno invierno...

Bajaron por la calle mayor de Moulins cuando el reloj de Saint-Pierre daba las dos y media. Maigret se apeó cerca del Comptoir d'Escompte y pagó

al taxista. En el momento en que se alejaba del taxi para dirigirse hacia el banco, de éste salía una mujer con un niño de la mano.

El comisario se arrimó precipitadamente a un escaparate para pasar inadvertido. La mujer era una campesina: endomingada, sombrero haciendo equilibrios en el pelo, busto encorsetado. Caminaba muy digna, tirando del chico y sin concederle más importancia que a un paquete.

Era la madre de Ernest, el chiquillo de pelo color zanahoria que ayudaba a misa en Saint-Fiacre.

La calle estaba animada. A Ernest le hubiera encantado pararse ante los escaparates, pero no podía despegarse de la falda negra de su madre. Con todo, ésta se inclinó para decirle algo. Y, como si estuviese decidido de antemano, entró con él en una tienda de juguetes.

Aunque Maigret no se atrevía a acercarse demasiado, de inmediato le informaron los toques de silbato que no tardaron en sonar en la tienda. Oyó probar todos los silbatos imaginables y, al final, el monaguillo debió de decidirse por uno de *boy-scout*, de dos tonos.

Al salir, lo llevaba colgado del cuello, pero su madre seguía tirando de él, impidiéndole que utilizase el silbato en la calle.

Una sucursal de banco como todas las de provincias. Un largo mostrador de roble. Cinco empleados inclinados sobre sus escritorios.

Maigret se dirigió hacia la ventanilla donde se leía «Cuentas Corrientes», y un empleado se levantó y aguardó a ver qué se le ofrecía.

Maigret quería informarse sobre el estado exacto de la fortuna de los Saint-Fiacre y, en especial, sobre las operaciones realizadas las últimas semanas, incluso los últimos días, que pudiesen facilitar algún dato.

Pero permaneció un instante callado, observando al joven, que esperaba muy correcto, sin mostrar impaciencia.

—Emile Gautier, supongo.

Lo había visto pasar dos veces en moto, pero no había llegado a ver sus facciones.

De lo que no había duda era de su sorprendente parecido con el administrador del castillo. No tanto un parecido de detalles cuanto de casta. Idénticos orígenes campesinos: rasgos marcados y recia osamenta. Idéntico grado de evolución, o casi, que se reflejaba en una piel un poco más cuidada,

una mirada inteligente y un aplomo de hombre «con estudios».

No obstante, Emile no llegaba a ser un chico de ciudad. Sus cabellos, pese a la gomina, se le erizaban, rebeldes, formando un remolino en lo alto del cogote. Tenía las mejillas sonrosadas y ese aspecto relavado de los chulos de pueblo los domingos por la mañana.

—Soy yo.

No se le veía azorado. Maigret estaba seguro de que era un empleado modelo, en quien el director tenía puesta toda su confianza, y que tardarían muy poco en ascenderle.

Un traje negro hecho a medida, aunque por un sastre del lugar, y de sarga inalterable. Su padre llevaba cuellos postizos de celuloide. Él llevaba cuello de tela, pero la corbata montada aún sobre celuloide.

—¿Me reconoce?

—No, pero imagino que es usted el policía.

—En efecto, y me gustaría que me diera información sobre la cuenta de los Saint-Fiacre.

—Eso es fácil. Yo llevo esa cuenta, entre otras —era cortés, bien educado. En la escuela debía de ser el preferido de los maestros—. Páseme la cuenta Saint-Fiacre —dijo a una empleada sentada detrás de él. Y dejó vagar la mirada por una gran hoja amarilla—. ¿Qué desea: un resumen, el saldo o un informe general?

—¿Son buenos los informes generales?

—Creo que estaremos mejor allí; así no podrán oírnos.

Fueron hasta el fondo de la sala y hablaron separados por el mostrador de roble.

—Ya le habré dicho mi padre que la condesa era muy desordenada. Continuamente me he visto obligado a retener cheques que venían sin fondos. Le diré que ella ni se enteraba: firmaba cheques sin preocuparse por el estado de su cuenta; luego, cuando yo la telefoneaba para comunicárselo, se espantaba. Esta mañana, sin ir más lejos, han venido a cobrar tres cheques que he tenido que devolver. Tengo orden de no pagar nada antes de que...

—¿La ruina es total?

—No exactamente. Tres de las cinco fincas están vendidas; las otras dos hipotecadas, lo mismo que el castillo. La condesa poseía en París una casa en

alquiler que le proporcionaba su buena renta. Pero cuando transfería de pronto cuarenta mil o cincuenta mil francos a la cuenta de su hijo, se desequilibraba todo. He procurado hacer siempre cuanto he podido; dejaba que presentaran los efectos dos o tres veces. Mi padre...

—... adelantó dinero, lo sé.

—Es cuanto puedo decirle. En este momento, el saldo deudor es exactamente de setecientos setenta y cinco francos. Pero piense que no están pagados los impuestos territoriales del año pasado y que el oficial del juzgado mandó la semana pasada un primer requerimiento.

—¿Está al corriente de eso Jean Métayer?

—¡De todo! Y yo añadiría que un poco más que al corriente.

—¿Qué quiere usted decir?

—¡Nada!

—¿No opina usted que es un lunático?

Emile Gautier, discreto, evitó contestar.

—¿Eso es cuanto quiere usted saber?

—¿Hay otros habitantes de Saint-Fiacre que tengan cuenta en su agencia?

—No.

—¿No ha venido nadie hoy a hacer ninguna operación, a cobrar un cheque, por ejemplo?

—Nadie.

—¿Y no se ha movido usted de la ventanilla?

—Ni un solo momento.

No estaba azorado. Seguía siendo un probo empleado que contesta como debe a un personaje oficial.

—¿Quiere usted ver al director? Aunque no creo que pueda aclararle más cosas que yo.

Comenzaban a encenderse las farolas. El tráfico de la calle principal era casi el de una gran ciudad y, delante de los cafés, había largas colas de coches.

Pasaba un desfile: dos camellos y un elefantito con pancartas que anunciaban un circo instalado en la Place de la Victoire.

En una tienda de comestibles Maigret vio a la madre del pelirrojo

comprando conservas con el chico cogido de la mano.

Un poco más lejos, casi se tropieza con Métayer y su abogado, que caminaban discutiendo con vehemencia. El abogado decía:

—... están obligados a congelarla...

No vieron al comisario y se encaminaron hacia el Comptoir d'Escompte.

En una ciudad cuya actividad se concentra en una calle de quinientos metros, resulta inevitable encontrarse a gente conocida diez veces en una tarde.

Maigret se dirigía a la redacción del *Journal de Moulins*. Las oficinas daban a la fachada: escaparates modernos, de hormigón, con un copioso muestrario de fotografías de prensa y las últimas noticias manuscritas, a lápiz azul, en largas tiras de papel.

«MANCHURIA.— La agencia Hayas informa que...».

Para entrar en la imprenta había que internarse en un lóbrego callejón sin salida. En un desolado taller, unos hombres con delantal trabajaban ante las altas mesas de mármol. Al fondo, en un recinto acristalado, se hallaban las dos linotipias con su repiqueteo de ametralladora.

—¿El jefe de taller, por favor?

Había que gritar, literalmente, debido al estruendo de las máquinas. El olor a tinta se pegaba a la garganta. Un hombrecillo con bata azul que ordenaba líneas de composición en un molde se llevó la mano al oído.

—¿Es usted el jefe de taller?

—¡El compaginador!

Maigret sacó del billetero el texto que había provocado la muerte de la condesa. El hombre, ajustándose unas gafas redondas de acero, le miró preguntándose qué significaba aquello.

—¿Esto es de aquí?

—¿Cómo dice?

Pasaba gente corriendo con montañas de periódicos.

—Le pregunto si esto se imprimió aquí.

—¡Salgamos fuera!

En el patio se oía mejor. Hacía frío, pero al menos podían hablar con voz casi normal.

—¿Qué me preguntaba usted?

—¿Reconoce usted los caracteres?

—Esto es letra Cheltenham, cuerpo nueve.

—¿De su imprenta?

—Casi todas las linotipias están equipadas con Cheltenham.

—¿Hay más linotipias en Moulins?

—En el mismo Moulins, no. Pero sí en Nevers, en Bourges, en Châteauroux, en Autun, en...

—¿Tiene algo especial este documento?

—Han utilizado el tamborilete. Por lo que veo, han querido imitar un recorte de periódico, ¿no? Una vez me pidieron que lo hiciera, para una broma.

—¡Vaya!

—Lo menos hará quince años, cuando aún componíamos el periódico a mano.

—Y el papel, ¿no le sugiere nada?

—Casi todos los periódicos de provincias tienen el mismo proveedor. Es papel alemán. Discúlpeme, tengo que cerrar el molde. Es para la edición de Nièvre.

—¿Conoce a Jean Métayer?

El hombre se encogió de hombros.

—¿Qué opina de él?

—Dice conocer el oficio mejor que nosotros. Está un poco chalado. Le dejábamos utilizar el taller por la condesa, que era amiga del jefe.

—¿Sabe utilizar una linotipia?

—Bah, eso dice él.

—Pero ¿podría haber compuesto él este texto?

—Hombre, pasándose sus dos buenas horas delante de las máquinas, sí. Y repitiendo diez veces la misma línea.

—¿Se le ha visto últimamente ante una linotipia?

—¡Y yo qué sé! Va, viene, y nos da la lata a todos con sus métodos de estereotipado. Discúlpeme, que el tren no espera y yo aún no he cerrado el molde.

No merecía la pena insistir. Maigret estuvo a punto de volver a entrar en el taller, pero el ajetreo que vio le desanimó. Aquella gente tenía los minutos

cronometrados. Todo el mundo corría. Los mozos le atropellaban precipitándose hacia la salida.

Con todo, logró llevarse aparte a un aprendiz que estaba liando un cigarrillo.

—¿Qué se hace con las líneas de plomo una vez utilizadas?

—Se vuelven a fundir.

—¿Cada cuántos días?

—Cada dos días. Mire, ahí en ese rincón está la fundidora. ¡Ojo, que quema!

Maigret salió; se sentía un poco cansado, quizá también un poco desanimado. Había anochecido. El pavimento, debido al frío, brillaba más que de costumbre. Delante de una tienda de confección, un vendedor, con síntomas de resfriado, pateaba el suelo y se acercaba a los transeúntes.

—¿Un abrigo? Preciosa tela inglesa desde cien francos. ¡Pasen! Sin compromiso.

A pocos pasos, delante del Café de París, donde se oía entrechocar bolas de billar, Maigret descubrió el coche amarillo de Saint-Fiacre.

Entró, buscó al conde con la vista y, al no verlo, tomó asiento. Era un café elegante. En una tarima, tres músicos afinaban sus instrumentos y ordenaban las piezas que iban a tocar con ayuda de tres cartones, en cada uno de los cuales había escrita una cifra.

Ruido en la cabina telefónica.

—Una cerveza —pidió Maigret al camarero.

—¿Rubia o negra?

Pero el comisario intentaba oír la voz de la cabina. No lo logró. Saint-Fiacre salió de ella y la cajera le preguntó:

—¿Cuántas llamadas?

—Tres.

—¿Con París, verdad? Tres por ocho, veinticuatro.

El conde vio a Maigret y se dirigió con toda naturalidad hacia él; se sentó a su lado.

—No me ha dicho usted que venía a Moulins. De haberlo sabido, le hubiera traído en coche. Claro que es descubierta, y con este tiempo...

—¿Ha telefoneado a Marie Vasiliev?

—No. Y no veo motivo para ocultarle a usted la verdad. Una cerveza también, camarero; espere, no, mejor algo caliente, un grog. He telefoneado a un tal Wolf. Si no lo conoce usted, otros lo conocerán en el *Quai des Orfèvres*. Se trata de un usurero, vaya. Alguna vez he recurrido a él y acabo de intentar...

Maigret lo miró con curiosidad.

—¿Le ha pedido usted dinero?

—Al interés que fuera. Pero se ha negado. ¡No me mire así! Esta tarde he pasado por el banco.

—¿A qué hora?

—Hacia las tres. El joven que usted ya sabe y su abogado salían en ese momento.

—¿Intentaba usted sacar dinero?

—Lo he intentado, sí. ¡Sobre todo, no vaya a creer que quiero darle lástima! Hay personas que, en cuanto se habla de dinero, sienten pudor. Yo no. En resumidas cuentas, una vez enviados los cuarenta mil francos a París y pagado el tren a Marie Vasiliev, me quedan unos trescientos francos en el bolsillo. He llegado aquí sin nada, prácticamente con el traje que llevo puesto. En París debo unos miles de francos a la administradora del piso; si no pago, no me dejará sacar mis cosas.

Mientras hablaba, miraba rodar las bolas por el tapete verde del billar. Jugaban unos jóvenes de la ciudad que de vez en cuando dirigían una mirada de envidia a la elegante indumentaria del conde.

—Eso es todo. Quería al menos vestir de luto en el entierro, pero no hay un sastre en los alrededores que me fíe por dos días. En el banco me han dicho que la cuenta de mi madre está bloqueada y que, además, el saldo deudor asciende a setecientos y pico francos. ¿Y sabe usted quién me ha dado tan agradable noticia?

—El hijo de su administrador.

—Así es.

Bebió un sorbo de grog ardiendo y enmudeció, sin dejar de contemplar el billar. La orquesta atacaba un vals vienés que acompañaba de un modo curioso el ruido de las bolas.

Hacía calor. El ambiente del café era gris, pese a la iluminación eléctrica.

Era un antiguo café de provincias, con una única concesión a la modernidad: un cartel que anunciaba «cócteles a seis francos».

Maigret fumaba lentamente. Miraba a su vez el billar, violentamente iluminado por unas lámparas con pantalla de cartón verde. De vez en cuando, se abría la puerta y al cabo de unos segundos los sorprendía una ráfaga de aire helado.

—Vámonos hacia el fondo.

Era la voz del abogado de Bourges. Pasó ante la mesa de los dos hombres, seguido de Jean Métayer, que llevaba guantes blancos de lana.

Ambos miraban hacia delante y no vieron a Maigret ni al conde hasta que se sentaron.

Las dos mesas quedaban casi la una frente a la otra. Métayer, ligeramente ruborizado, pidió con voz poco firme:

—Un chocolate.

—Chica, no me digas... —se burló Saint-Fiacre a media voz.

Una mujer se acomodó a igual distancia de ambas mesas, sonrió con familiaridad al camarero y murmuró:

—Lo de siempre.

Le sirvieron un aguardiente de cerezas. Se empolvó, se retocó el carmín de los labios y, sin dejar de pestañear, dudó hacia qué mesa dirigir sus miradas.

¿Qué era mejor: atacar a Maigret, anchote y confortable, o al abogado, más elegante, que la repasaba ya con una sonrisita?

—Qué se le va a hacer: encabezaré el cortejo vestido de gris —murmuró el conde de Saint-Fiacre—. No voy a pedirle un traje negro al mayordomo, ¿no? Y tampoco pienso ponerme una chaqueta de mi difunto padre.

Excepto el abogado, interesado por la mujer, todo el mundo miraba el billar que le caía más próximo.

Había tres. Dos estaban ocupados. Sonaron varios «bravos» en el instante en que los músicos dejaron de tocar. Y de repente volvió a oírse ruido de copas y platos.

—¡Tres oportos, tres!

La puerta se abría y cerraba. Entraba el frío, absorbido poco a poco por el calor ambiental.

Se encendieron las lámparas del tercer billar tras un movimiento de la cajera, que tenía los interruptores a su espalda.

—Treinta puntos —dijo una voz, y añadió, dirigiéndose al camarero—: Un cuarto de Vichy. No, un Vittel con jarabe de fresa.

Era Emile Gautier, que pasaba cuidadosamente la tiza azul por la punta de su taco de billar. Acto seguido puso el marcador a cero. Su acompañante era el subdirector del banco, que le llevaba unos diez años y lucía bigotes oscuros con las guías en punta.

Hasta la tercera jugada, que falló, el joven no vio a Maigret. Lo saludó, un poco incómodo. A partir de ese instante el juego lo mantuvo tan absorto que fue incapaz de ver nada más.

—Por supuesto, si no tiene usted frío, puedo llevarle en mi coche —dijo Maurice de Saint-Fiacre—. ¿Me permite que le invite a algo? No voy a acabar de arruinarme por un aperitivo más o menos.

—¡Camarero! —gritó Jean Métayer—. ¡Póngame con el diecisiete de Bourges!

¡El número de su padre! A los pocos minutos se encerró en la cabina.

Maigret seguía fumando. Había pedido otra cerveza. Y la mujer, quizá porque era el más gordo, había optado por echarle el ojo a él. Cada vez que el comisario se giraba hacia donde estaba ella, la mujer le sonreía como si fuesen viejos amigos.

Poco se imaginaba que él pensaba en la «vieja», como la llamaba su propio hijo, que yacía en el primer piso, allá en el castillo, y ante quien desfilaban los campesinos dándose codazos.

Pero no la veía en ese estado. La recordaba en una época en que todavía no había coches ante el Café de París ni se tomaban cócteles: en el parque del castillo, alta y esbelta, gallarda como una heroína de novela popular, junto al cochecito de niño empujado por la nodriza.

Maigret no era más que un chiquillo cuyos cabellos, como los de Emile Gautier y los del monaguillo, se empeñaban en formar un remolino en mitad del cogote.

¿No sintió Maigret envidia del conde aquella mañana en que la pareja partió hacia Aix-les-Bains en un coche —uno de los primeros de la comarca — atestado de pieles y perfume? A ella no se le veía la cara tras el velo, y el

conde llevaba unas gafas muy gruesas. Aquello parecía un rapto heroico. Y la niñera, sosteniendo la mano del chiquitín, la agitaba diciendo adiós.

Ahora asperjaban a la vieja con agua bendita y la habitación olía a cera.

Emile Gautier, afanado en torno a la mesa, jugaba fantaseando, contaba a media voz, se pavoneaba:

—Siete.

Apuntaba de nuevo. Ganaba. Su jefe, el del bigote en punta, decía con voz agria:

—¡Muy bien!

Dos hombres se observaban por encima del tapete verde: Jean Métayer, a quien el sonriente abogado hablaba sin cesar, y el conde de Saint-Fiacre, que detuvo al camarero con gesto indolente:

—Lo mismo.

Maigret, por su parte, pensaba ahora en un silbato de *boy-scout*. Un precioso silbato de dos tonos, de bronce, como él nunca había tenido.

Invitación a cenar

— Otra llamada —suspiró Maigret al ver que Métayer se levantaba de nuevo.

Lo siguió con los ojos y comprobó que no entraba en la cabina ni en los servicios. Por otra parte, el gordito abogado estaba sentado apoyando sólo la punta del trasero, como a punto de levantarse. Miraba al conde de Saint-Fiacre. Incluso parecía dudar en esbozar una sonrisa.

¿Sobraba allí Maigret? Como quiera que fuese, la escena le recordaba al comisario ciertos episodios de juventud: tres o cuatro amigos en un café parecido; dos mujeres, en la otra punta del local. Discusiones, vacilaciones, llamadas al camarero para pedirle que hiciera llegar una notita.

El abogado se hallaba en un estado de nervios similar. Y la mujer sentada a dos mesas de Maigret lo interpretó mal: se figuró que la cosa iba por ella. Sonrió, abrió el bolso y se empolvó la cara.

—Ahora vuelvo —dijo el comisario al conde.

Cruzó el local siguiendo la misma dirección que había tomado Métayer y vio una puerta, en la que no había reparado antes, que daba a un amplio pasillo adornado con una alfombra roja. Al fondo, un mostrador con un voluminoso libro, una centralita telefónica, una joven empleada. Ahí estaba Métayer, terminando de hablar con la joven. Cuando Maigret se acercó, Métayer ya se despedía:

—Gracias, señorita. ¿Dice usted la primera calle a la izquierda?

No se ocultaba del comisario. Tampoco parecía molesto por su presencia; más bien, todo lo contrario. Y en su mirada brillaba un destello risueño.

—No sabía que esto fuese un hotel —dijo Maigret a la muchacha.

—¿Se aloja usted en otro? Hace mal, porque es el mejor hotel de

Moulins.

—¿Se ha hospedado aquí el conde de Saint-Fiacre?

A la muchacha casi se le escapó la risa. Pero de pronto se puso seria.

—¿Qué ha hecho el conde? —preguntó con cierta inquietud—. Ya van dos veces en quince minutos que...

—¿Adónde ha mandado usted al joven que acaba de preguntárselo?

—Quería saber si el conde de Saint-Fiacre salió durante la noche del sábado al domingo; pero no he podido contestarle, porque el vigilante no ha llegado aún. Entonces me ha preguntado si tenemos garaje, y ha ido para allá.

¡Claro! Maigret no tenía más que seguir a Métayer.

—Y el garaje está en la primera calle a la izquierda, ¿no? —dijo, un tanto humillado pese a todo.

—Pues sí, y está abierto toda la noche.

Jean Métayer se había dado realmente prisa: cuando Maigret enfiló la calle en cuestión, el otro salía ya silbando. El vigilante comía un bocado en un rincón.

—Vengo a lo mismo que ese caballero que acaba de salir. ¿Utilizaron el coche durante la noche del sábado al domingo?

Había un billete de diez francos encima de la mesa. Maigret dejó otro.

—Sí, hacia medianoche.

—¿Y regresaron en él?

—Serían las tres de la mañana.

—¿Estaba sucio?

—Regular. Con este tiempo tan seco, ya sabe...

—Eran dos personas, ¿verdad? Un hombre y una mujer.

—No. Un hombre solo.

—¿Bajito y flaco?

—¡Qué va! Al revés, muy alto y con aspecto saludable.

El conde de Saint-Fiacre, sin lugar a dudas.

Cuando Maigret regresó al café, la orquesta atacaba de nuevo, y lo primero que observó fue que los asientos de Métayer y de su acompañante estaban vacíos.

Sin embargo, a los pocos segundos el abogado ocupaba el asiento de Maigret, junto al conde de Saint-Fiacre. Al ver al comisario, se levantó.

—Le ruego que me disculpe. No, no; ocupe usted su sitio, por favor.

No tenía intención de irse. Se sentó en la silla de enfrente. Parecía muy animado, con las mejillas sonrosadas, como a quien le urge concluir una tarea delicada. Sus ojos parecían buscar a Jean Métayer, que no daba señales de vida.

—Me explicaré, señor comisario. Como es lógico, no se me hubiera ocurrido presentarme en el castillo; pero ya que el azar quiere que nos encontremos en terreno neutral, valga la expresión... —se esforzaba en sonreír. Al concluir cada frase, parecía saludar a sus dos interlocutores, agradecerles su aprobación—. En una situación tan penosa como ésta, es inútil, como le he dicho a mi cliente, complicar aún más las cosas mostrando una susceptibilidad exagerada. Monsieur Métayer lo ha comprendido perfectamente. Y al llegar usted, señor comisario, le decía al conde de Saint-Fiacre que lo único que queríamos era llegar a un acuerdo.

—Pues claro —murmuró Maigret.

En realidad pensaba: «Amiguito, suerte tendrás si antes de cinco minutos no te arrea un guantazo ese señor a quien hablas con voz tan meliflua».

Los jugadores de billar seguían dando vueltas en torno al tapete verde. La mujer, por su parte, se levantó, dejó el bolso encima de la mesa y se fue hacia el fondo del local.

«Otra que se pasa de lista. Acaba de ocurrírsele una idea luminosa: ¿no habrá salido Jean Métayer para hablar con ella sin testigos? Ahora ella sale en su busca».

No se equivocaba el comisario. La mujer iba y venía, con los brazos en jarras, buscando al joven.

El abogado seguía hablando.

—Hay intereses muy complejos en juego y, por lo que a nosotros respecta, estamos dispuestos...

—¿A qué? —zanjó Saint-Fiacre.

—Pues a... —olvidando que no era su vaso el que tenía a mano, sino el de Maigret, tomó un sorbo, por hacer algo—. Ya sé que no es el lugar ni el momento más adecuado. Pero piense que conocemos mejor que nadie la situación financiera de...

—... de mi madre. ¿Y qué?

—Mi cliente, mostrando una delicadeza que le honra, ha preferido alojarse en la fonda. —¡Pobre diablo de abogado! Las palabras, ahora que Maurice de Saint-Fiacre lo miraba fijamente, le salían de la garganta una a una, como si tuvieran que arrancárselas—. ¿Verdad que me entiende, señor comisario? Nos consta que existe un testamento depositado en la notaría. Tranquilícese: los derechos del señor conde aparecen respetados. Lo que no obsta para que también figure en él Jean Métayer. Los asuntos financieros están embrollados y mi cliente es el único que los conoce a fondo.

Maigret admiró que Saint-Fiacre conservase una calma casi angelical. Incluso le flotaba en los labios una leve sonrisa.

—Sí. Era un secretario modelo —dijo sin ironía alguna.

—Le diré que es un muchacho de excelente familia, ha recibido una sólida educación. Conozco a sus padres. Su padre...

—Volvamos a la fortuna, si no le importa.

Aquello era demasiado hermoso. El abogado apenas podía dar crédito a sus oídos.

—¿Me permiten que les invite a una ronda? ¡Camarero! ¿Lo mismo, caballeros? Yo tomaré un Raphaël con limón.

La mujer, con aspecto taciturno, regresó a su asiento, dos mesas más allá; y, en vista del fracaso, se resignó a atacar a los jugadores de billar.

—Decía que mi cliente está dispuesto a ayudarle. Hay ciertas personas de las que no se fía un pelo, él mismo se lo contará, personas con pocos escrúpulos que han realizado operaciones bastante turbias. En fin... —era lo más duro. El abogado tuvo que tragar saliva antes de proseguir—: Ha encontrado usted las arcas del castillo vacías. Ahora bien, es indispensable que su señora madre...

—¡Su señora madre! —repitió Maigret con admiración.

—Su señora madre... —siguió el abogado sin pestañear—. ¿Qué estaba diciendo?... ¡Ah, sí! Es indispensable que su señora madre tenga unos funerales dignos de los Saint-Fiacre y, en espera de que se arreglen los asuntos para satisfacción de todos, mi cliente hará todo lo posible para que así sea.

—En una palabra, que adelantará el dinero necesario para el entierro, ¿no es eso?

Maigret no se atrevía a mirar al conde. Fijó la vista en Emile Gautier, que ejecutaba una nueva serie magistral, y esperó, crispado, la tormenta que iba a estallar a su lado.

Pero no ocurrió así. Saint-Fiacre se levantó y se dirigió al recién llegado.

—Siéntese con nosotros.

Acababa de entrar Métayer, a quien el abogado debía de haberle explicado por señas que todo iba bien.

—¿Un Raphaël con limón, también? Camarero, por favor.

Acababa de concluir una pieza y sonaron aplausos en la sala. Al apagarse el rumor, resultó más molesto, pues las voces resonaban más. Sólo rompía el silencio el entrechocar de las bolas de marfil.

—Le he explicado el asunto al señor conde y lo ha entendido muy bien.

—¿Para quién es el Raphaël?

—¿Han venido ustedes de Saint-Fiacre en taxi, caballeros? En ese caso, con mucho gusto les acompañaré en mi coche. Irán un poco apretados, porque llevo también al comisario. ¿Qué le debo, camarero?... No, por favor. Invito yo.

Pero el abogado se levantó y obligó al camarero a aceptar un billete de cien francos. El empleado preguntó:

—¿Lo cobro todo?

—Sí, sí, por supuesto.

—Qué amable es usted —dijo el conde con una sonrisa de lo más afable.

Emile Gautier, al ver que los cuatro salían juntos del café y se deshacían en amabilidades delante de la puerta, se olvidó por completo de sus carambolas.

El abogado ocupó el asiento delantero, junto al conde. Detrás, Maigret apenas dejaba sitio a Jean Métayer.

Hacía frío. Los faros no iluminaban mucho. El coche era de escape libre, lo que no permitía hablar.

¿Solía conducir Maurice de Saint-Fiacre a esa velocidad? ¿Fue una pequeña venganza? Lo cierto es que recorrió los veinticinco kilómetros que separaban Moulins del castillo en menos de un cuarto de hora, tomando las curvas sin frenar, lanzado en medio de la oscuridad y evitando por muy poco a un carro que ocupaba el centro de la carretera, lo que obligó al conde a

encaramarse al ribazo.

El cierzo les cortaba el rostro. Maigret se apretaba el cuello del abrigo con las dos manos. Cruzaron el pueblo sin aminorar la marcha. Apenas si adivinaron la luz de la fonda y el agudo campanario de la iglesia.

Un brusco frenazo lanzó a los viajeros unos contra otros. Estaban al pie de la escalinata. Abajo, en la cocina, se veía comer a los criados. Alguien se reía a carcajadas.

—Caballeros, permítanme que les invite a cenar.

Métayer y el abogado se miraron, dudosos. El conde los empujó hacia el interior con una amistosa palmada en el hombro.

—Por favor. Ahora me toca a mí, ¿no? —dijo, y agregó en el vestíbulo—: Por desgracia, no será una cena muy alegre.

Maigret quería decirle unas palabras en privado; pero el conde, tan rápido que al comisario no le dio tiempo de acercarse a él, abrió la puerta del salón.

—¿Quieren ustedes esperar unos instantes? Mientras, pueden tomar un aperitivo. Tengo que dar ciertas órdenes. ¿Sabe dónde están las botellas, Monsieur Métayer? ¿Queda algo que se pueda beber?

Pulsó un timbre. El mayordomo, tras hacerse esperar un buen rato, llegó con la boca llena y una servilleta en la mano.

Saint-Fiacre le arrancó la servilleta con un seco ademán.

—Dígale al administrador que venga. Pida que le pongan con la rectoría y con la casa del médico. ¿Me disculpan? —preguntó a los demás.

El teléfono se hallaba en el vestíbulo. Éste, como el resto del castillo, estaba mal iluminado. En efecto, como en Saint-Fiacre no existía electricidad, el castillo debía producir su propia corriente y el motor era demasiado débil. Las bombillas, en vez de dar una luz blanca, dejaban ver unos filamentos rojizos, como en algunos tranvías cuando se paran.

Estaba lleno de grandes zonas de sombra donde apenas se distinguían los objetos.

—¿Oiga?... Sí, tengo mucho interés. Gracias, doctor.

Aunque el abogado y Métayer estaban inquietos, aún no se atrevían a confesarse su inquietud. Jean Métayer rompió el silencio preguntando al comisario:

—¿Qué puedo ofrecerle? No creo que quede oporto, pero hay

aguardientes.

Todas las piezas de la planta baja estaban en crujía, separadas por puertas abiertas de par en par. Primero el comedor. A continuación el salón. Luego el fumadero, en el que se hallaban los tres personajes. Por último la biblioteca, adonde el joven fue a buscar las botellas.

—Diga... Sí. ¿Cuento con usted? Hasta ahora.

El conde, después de hacer varias llamadas por teléfono, caminó por el pasillo recorriendo todas las estancias, subió al piso de arriba y sus pasos se detuvieron en la habitación de la difunta.

Otros pasos, más pesados, en el vestíbulo. Llamaron a la puerta del fumadero, que se abrió al instante. Era el administrador.

—¿Me ha mandado usted llamar?

Al ver que el conde no estaba, miró perplejo a las tres personas reunidas y decidió retirarse; el mayordomo llegó en ese instante y el administrador le preguntó por el conde.

—¿Sifón? —ofreció, nervioso, Jean Métayer.

El abogado, lleno de buena voluntad, empezó a hablar entre carraspeos:

—Usted y yo tenemos curiosas profesiones, ¿verdad, comisario? Por cierto, ¿lleva usted mucho tiempo en la policía? Yo pronto hará quince años que me colegié. Huelga decir que me he visto envuelto en los casos más sorprendentes que quepa imaginar. ¡A su salud! Y a la suya, Monsieur Métayer. Me alegro por usted del giro que toman los...

Se oyó la voz del conde en el pasillo:

—¡Pues consígalo usted! Telefonee a su hijo, que está jugando al billar en el Café de París, en Moulins. Él traerá lo necesario.

Se abrió la puerta. Entró el conde.

—¿Les han servido algo de beber? ¿No hay cigarros aquí? —preguntó, y miró a Métayer con expresión interrogadora.

—Cigarrillos. Sólo fumo... —el joven no concluyó la frase y volvió la cabeza, apurado—. Ahora le traigo.

—Caballeros, les ruego disculpen la exigua cena que voy a ofrecerles. Estamos lejos de la ciudad y...

—Vamos, vamos —intervino el abogado, a quien el aguardiente empezaba a hacer efecto—. Estoy seguro de que nos complacerá a todos. ¿Es

el retrato de un pariente?

Señaló, en la pared del gran salón, el retrato de un hombre vestido con una tiesa levita y cuello almidonado.

—Es mi padre.

—Pues sí. Se le parece usted.

El criado hizo pasar al doctor Bouchardon, que miró a su alrededor con recelo, como si presintiese un drama. Pero Saint-Fiacre lo recibió jovialmente.

—Pase, doctor. Supongo que conoce a Jean Métayer. Su abogado, un hombre encantador, como tendrá ocasión de comprobar. Al comisario ya...

Ambos hombres se estrecharon la mano y, al poco, el doctor mascullaba al oído de Maigret:

—¿Qué tejemaneje ha urdido usted?

—No he sido yo. Ha sido el conde.

El abogado, por hacer algo, se volvía sin cesar hacia la mesita sobre la que tenía la copa, sin advertir que se excedía con la bebida.

—¡Qué maravilla, este antiguo castillo! ¡Y qué escenario para una película! El otro día se lo decía al fiscal de Bourges, que aborrece el cine. Mientras se siga rodando en escenarios que...

Se animaba; intentaba, una y otra vez, aferrarse a alguien.

El conde, por su parte, se había acercado a Métayer, mostrando hacia él una inquietante amabilidad.

—Lo más triste aquí son las largas veladas de invierno, ¿verdad? En mis tiempos, recuerdo que mi padre tenía la costumbre de invitar también al médico y al párroco. No eran los mismos que ahora, pero el médico también era agnóstico y las discusiones acababan siempre versando sobre temas filosóficos. Aquí llega precisamente.

Era el párroco, que, ojeroso, envarado, se detuvo en el umbral sin saber qué decir.

—Disculpen el retraso, pero...

A través de las puertas abiertas se veía a la servidumbre preparando la mesa en el comedor.

—Sírvale algo de beber al párroco —le dijo el conde a Métayer.

Maigret observó que Maurice de Saint-Fiacre no bebía. El abogado, en

cambio, estaba al borde de la borrachera. Hablaba con el médico, que miraba perplejo al comisario.

—Una pizca de diplomacia, sencillamente —le decía Tallier—. O, si prefiere usted, de conocimiento del alma humana. Tienen casi la misma edad, ambos son de buena familia. Ya me dirá usted por qué habían de comportarse como perro y gato. ¿Acaso no tienen intereses comunes? —se rió. Bebió un sorbo de aguardiente—. Lo más curioso es que todo ha ocurrido por casualidad, en un café. De lo que se deduce que algo bueno tienen esos simpáticos cafés de provincias, donde uno se siente como en casa.

Fuera se oyó un ruido de motor. Poco después, el conde entró en el comedor, donde estaba el administrador, y pudo oírse el final de una frase:

—Sí, los dos. Digámoslo así... ¡Es una orden!

Timbre del teléfono. El conde había regresado con sus invitados. El mayordomo entró en el fumadero.

—¿Qué sucede?

—El encargado de pompas fúnebres pregunta a qué hora pueden traer el ataúd.

—Cuando quieran.

—Muy bien, señor conde.

—¡A la mesa, si les parece! —gritó Saint-Fiacre casi alegremente—. He mandado subir las últimas buenas botellas de la bodega. Usted primero, padre. Andamos escasos de señoras, pero...

Maigret le tiró un instante de la manga. El conde lo miró a los ojos, con un asomo de impaciencia, se desasió con brusquedad y entró en el comedor.

—He invitado a compartir nuestra cena a Monsieur Gautier, nuestro administrador, y a su hijo, que es un chico con mucho futuro.

Maigret observaba el cabello del empleado de banco y, pese a su inquietud, no pudo por menos que sonreír. Lo llevaba húmedo. Antes de entrar en el castillo, el joven se había retocado la raya, se había lavado la cara y las manos y se había cambiado de corbata.

—¡A la mesa, caballeros!

El comisario tuvo la convicción de que Saint-Fiacre ahogaba un sollozo. Nadie se dio cuenta, porque el médico, sin querer, desvió la atención de todos al tomar una botella polvorienta y murmurar:

—¿Aún le quedan Hospice de Beaune 1896? Creía que el restaurante Lame había comprado las últimas botellas y que...

El resto de la frase se perdió en medio del estrépito de sillas. El párroco, con las manos juntas sobre el mantel, la cabeza inclinada, musitaba una oración.

Maigret sorprendió la mirada insistente que Maurice de Saint-Fiacre clavaba en él.

Bajo el signo de Walter Scott

El comedor era la estancia del castillo que había perdido menos carácter, gracias a las maderas esculpidas que recubrían las paredes hasta el techo. Además, la habitación era más alta que amplia, lo que le daba un carácter solemne y lúgubre a la par, por lo que se tenía la impresión de comer en el fondo de un pozo.

En cada panel, dos lámparas eléctricas, esas lámparas oblongas que imitan a los cirios, incluidas las falsas lágrimas de cera.

En medio de la mesa, un antiguo candelabro de siete brazos, con siete velas de verdad.

El conde de Saint-Fiacre y Maigret estaban sentados frente a frente, pero sólo podían verse estirando el cuerpo para mirar por encima de las llamas de las velas.

A la derecha del conde se hallaba el sacerdote. A la izquierda, el doctor Bouchardon. El azar había colocado a Jean Métayer en un extremo de la mesa y al abogado en el otro extremo. El comisario tenía a un lado al administrador y, al otro, a Emile Gautier.

El mayordomo se acercaba a ratos a la luz para servir a los comensales, pero en cuanto retrocedía dos metros, se hundía en la sombra y sólo se veían sus guantes blancos.

—¿No tienen la sensación de que estamos en una novela de Walter Scott?

Hablaba el conde, con voz indiferente. No obstante, Maigret aguzó el oído, pues notó una segunda intención y adivinó que algo estaba a punto de iniciarse.

Estaban en los entremeses. En la mesa había unas veinte botellas de vino blanco y tinto, burdeos y borgoña, y cada cual se servía a su antojo.

—Sólo falla un detalle —continuó Maurice de Saint-Fiacre—. En la novela de Walter Scott, la pobre vieja de arriba empezaría de pronto a gritar.

Durante unos segundos todos dejaron de masticar, y se sintió pasar como una corriente de aire helado.

—Ahora que lo pienso, Gautier, ¿la han dejado sola?

El administrador tragó a toda prisa y balbució:

—Sí. No hay nadie en la habitación de la señora condesa.

—No debe de ser una escena muy alegre...

En ese instante un pie rozó el de Maigret con insistencia, pero el comisario no logró adivinar a quién pertenecía. La mesa era redonda. Cualquiera podía alcanzar el centro. Y la incertidumbre de Maigret se prolongaría, porque durante la velada las pataditas se sucedieron a un ritmo cada vez más rápido.

—¿Ha recibido hoy la condesa a mucha gente?

Resultaba molesto oírle hablar de su madre como de una persona viva, y Maigret observó que a Jean Métayer eso le afectaba mucho, tanto que dejó de comer mientras miraba hacia el frente con ojos cada vez más ojerosos.

—Han venido casi todos los aparceros de la comarca —contestó la voz grave del administrador.

Cuando el mayordomo veía alargarse una mano hacia una botella, se acercaba sin ruido. Se veía surgir su brazo negro rematado por un guante blanco. Corría el líquido. Y actuaba con tal silencio y pericia que el abogado, más que achispado, repitió tres o cuatro veces la experiencia, maravillado.

Seguía con los ojos aquel brazo que ni siquiera le rozaba el hombro. Al final no pudo contenerse:

—¡Maravilloso! Mayordomo, es usted un as, y si pudiese comprarme un castillo, le tomaba a mi servicio.

—¡Bah!, el castillo estará muy pronto en venta, y bien barato.

En esta ocasión, Maigret frunció el ceño mirando a Saint-Fiacre, que había hablado de un modo extraño, con voz indiferente pero un tanto funambulesca. Había en aquellas salidas algo chirriante. ¿Tenía por fin los nervios a flor de piel? ¿Era una manera siniestra de bromear?

—Pollos al medio luto —anunció Saint-Fiacre cuando el mayordomo apareció, en efecto, con unos pollos con trufas y salsa blanca. Y agregó sin

transición, con la misma indiferencia—: El asesino comerá pollos al medio luto, como los demás.

—Por favor, señor conde.

—¡Pues claro! ¿Qué tiene de extraordinario? El asesino está aquí, no cabe duda. Que no le quite eso el apetito, padre. También está el cadáver en la casa y, sin embargo, bien estamos cenando. ¡Un poco de vino para el párroco, Albert!

El pie rozó de nuevo el tobillo de Maigret, quien dejó caer la servilleta y se inclinó bajo la mesa, pero demasiado tarde. Cuando se incorporó, el conde decía entre bocado y bocado de pollo:

—Mencionaba antes a Walter Scott por el ambiente que reina en esta habitación, pero también y sobre todo por el asesino. En definitiva, es una velada fúnebre, ¿no? Mañana se celebrará el entierro, y es probable que no nos separemos hasta entonces. Monsieur Métayer tiene, por lo menos, el mérito de haber llenado la bodega de excelente *whisky*.

Maigret trataba de recordar qué había bebido Saint-Fiacre. En cualquier caso, menos que el abogado, que exclamó:

—Excelente, sí. Claro está, mi cliente, que es nieto de viñadores...

—Decía... ¿Qué estaba diciendo? ¡Ah, sí! Llene la copa del párroco, Albert. Decía que, como el asesino está aquí, los demás representan en cierto modo el papel de justicieros. Y por eso nuestra reunión recuerda el capítulo de una obra de Walter Scott. Observen que, en realidad, el asesino en cuestión no corre peligro alguno, ¿no es así, comisario? No es un crimen introducir una hoja de papel en un misal. Por cierto, doctor, ¿cuándo sufrió mi madre el último ataque de corazón?

El médico se limpió los labios y miró a su alrededor con expresión malhumorada:

—Hace tres meses, cuando telegrafió usted desde Berlín diciendo que estaba enfermo y que...

—... necesitaba dinero, ¡eso es!

—Yo les advertí en ese momento que la siguiente emoción violenta que sufriera su madre sería funesta.

—Tan funesta como para... Veamos. ¿Quién lo sabía? Jean Métayer, desde luego. Yo, evidentemente. Gautier, que es casi de la casa. Por último,

usted, doctor Bouchardon, y el párroco —apuró una copa de *pouilly* e hizo una mueca—. Con eso quiero decirles que, en buena lógica, casi todos podemos ser considerados posibles culpables. Si les resulta divertido... —parecía escoger a propósito las palabras más chocantes—. Si les resulta divertido, examinaremos el caso de cada uno en particular. Empecemos por usted, padre: ¿tenía algún interés en que mi madre muriera? Como verán, la respuesta no es tan sencilla como parece. Dejo a un lado el asunto del dinero.

El párroco, sofocado, dudaba en levantarse.

—Usted podía dar el caso por perdido; pero es un místico, un apóstol, casi un santo. Y una extraña dama escandaliza con su conducta: tan pronto se precipita a la iglesia convertida en la más ferviente de las feligresas, como suscita el escándalo en Saint-Fiacre... Vamos, Métayer, no ponga esa cara, que estamos entre hombres. Para que nos entendamos, hacemos alta psicología. Nuestro párroco posee una fe tan viva que podría incitarle a ciertos extremos. Recuerden los tiempos en que quemaban a los pecadores para purificarlos. Mi madre asiste a misa; acaba de comulgar, se halla en estado de gracia, pero en breve volverá a caer en el pecado y a convertirse en objeto de escándalo. Sin embargo, si se muere allí en su asiento, santamente...

—Pero... —murmuró el párroco con los ojos arrasados en lágrimas y agarrado a la mesa para conservar la calma.

—Por favor, padre. Estamos haciendo psicología. Pretendo demostrar que las personas más austeras pueden ser sospechosas de las peores atrocidades. Si pasamos al médico, la cosa es ya más peliaguda. No es un santo. Y lo que le salva es no ser siquiera un sabio: si lo fuera, podría haber introducido el papel en el misal para experimentar sobre la resistencia de un corazón enfermo.

El ruido de los tenedores se había atenuado hasta casi apagarse. Y las miradas eran fijas, inquietas, incluso sobrecogedoras. Tan sólo el mayordomo llenaba las copas en silencio, con regularidad de metrónomo.

—Les veo a ustedes muy lúgubres, caballeros. ¿Acaso entre personas inteligentes no pueden abordarse ciertos temas? Sirva el siguiente plato, Albert. En fin, descartemos al doctor, pues no cabe considerarle un sabio o un investigador; lo salva su mediocridad —soltó una risita y se giró hacia

Gautier—. ¡Usted! Caso más complejo. Seguimos planteando hipótesis, ¿verdad? Hay dos posibilidades.

»Primera posibilidad: es usted el administrador modélico, el hombre íntegro que dedica su vida a sus amos, al castillo que le ha visto nacer. No le ha visto nacer, pero tanto da. En este caso, su situación no está clara. Los Saint-Fiacre no tienen más que un heredero varón, y resulta que la fortuna se eclipsa pedazo a pedazo ante las narices del heredero. La condesa se comporta como una loca. ¿No es hora ya de salvar los restos? Todo ello refleja una actitud noble, como en una novela de Walter Scott, y su caso se parece al del párroco.

»Pero cabe una segunda posibilidad. Ha dejado usted de ser el modélico administrador a quien el castillo vio nacer. Es un canalla que lleva años aprovechándose y abusando de la debilidad de sus amos: compra bajo mano las fincas que hay que vender, se agencia las hipotecas... No se enfade, Gautier. ¿Se ha enfadado acaso el párroco? Y aguarde, que no he acabado. Casi es usted el auténtico dueño del castillo.

—¡Señor conde!

—¿No sabe usted jugar? ¡Le digo que estamos jugando! Jugamos, si quiere usted, a ser todos comisarios, como nuestro amigo. Ha llegado el momento en que la condesa está en la ruina; va a venderse todo y saldrá a la luz que usted se ha aprovechado de la situación. ¿No haría mejor la condesa siendo buenecita y muriéndose, lo que, por añadidura, le evitaría conocer la miseria? —y volviéndose hacia el mayordomo, sombra en la sombra, demonio de manos blancas como el yeso, ordenó—: Albert, vaya a buscar el revólver de mi padre; eso suponiendo que aún exista —se sirvió vino, sirvió a sus dos vecinos de mesa y alargó la botella a Maigret—. ¿Quiere usted servir por su lado? Bueno, ya vamos por la mitad de nuestro juego. Pero esperemos a Albert. Monsieur Métayer, ¿no bebe usted?

Se oyó un «gracias» ahogado.

—¿Y usted, letrado?

—Gracias, gracias —contestó éste con la boca llena y la lengua pastosa—. Tengo de todo. Oiga, ¿sabe que sería usted un extraordinario fiscal?

Era el único que reía, que comía con indecente apetito, que bebía copa tras copa, tan pronto borgoña como burdeos, sin notar siquiera la diferencia.

Oyeron dar las diez de la noche en el reloj de la iglesia. Albert alargó un grueso revólver de tambor al conde y éste comprobó la carga.

—¡Perfecto! Lo dejo aquí, en medio de la mesa, que es redonda. Observarán, caballeros, que está a la misma distancia de todos. Hemos examinado tres casos. Examinaremos otros tres. ¿Me permiten primero una predicción? Pues ahí va: para mantenernos en la tradición y en el tono de Walter Scott, les anuncio que el asesino de mi madre habrá muerto antes de medianoche.

Maigret le lanzó una mirada penetrante por encima de la mesa; vio unos ojos muy brillantes, como si Saint-Fiacre estuviese borracho. En ese instante, un pie volvió a tocar el suyo.

—Y ahora, continúo. Pero coman, coman ensalada. Paso a su vecino de la izquierda, comisario, o sea, a Emile Gautier. Un muchacho serio, un trabajador que, como dicen en los repartos de premios, ha sabido salir adelante gracias a su valía y tesón. ¿Puede ser él el asesino? Primera hipótesis: ha trabajado para su padre, conchabado con él. Va cada día a Moulins. Conoce mejor que nadie la situación financiera de la familia. Para él resulta facilísimo ponerse en contacto con un impresor o un tipógrafo. Dejémoslo ahí.

»Segunda hipótesis. Discúlpeme, Métayer, y permítame que le diga, por si aún no lo sabe, que tenía usted un rival. Emile Gautier no es un tipo guapo, lo que no quita para que ocupase antes que usted el puesto que usted ocupaba con tanto tacto. De eso hace unos años. ¿Albergó Emile ciertas esperanzas? Desde entonces, ¿ha vuelto a conmover alguna otra vez el corazón demasiado sensible de mi madre? El caso es que fue su protegido oficial, y se le permitió concebir toda clase de ambiciones. Pero llegó Métayer, y venció. ¿No pudo Emile matar a la condesa y hacer recaer al mismo tiempo las sospechas sobre Métayer?

Maigret se sentía tan incómodo que le molestaban los dedos de los pies, aprisionados en los zapatos. Todo aquello resultaba odioso, sacrílego. Saint-Fiacre hablaba con exaltación de borracho. Y los demás se preguntaban si aguantarían hasta el final, si debían quedarse, soportar esa escena, o levantarse y marcharse.

—Como pueden ver, nos movemos en el ámbito de la ficción. Piensen

que la propia condesa, ahí arriba, sería incapaz, si pudiese hablar, de darnos la clave del misterio. El asesino es, en rigor, el único que sabe que ha cometido un crimen. Siga comiendo, Emile, y sobre todo no se deje impresionar, como su padre, que parece que le vaya a dar algo. Albert, supongo que quedará alguna botella por la bodega, ¿no? ¡Su turno, joven! — exclamó, y se giró sonriendo hacia Métayer. El secretario se levantó como un rayo.

—Caballero, mi abogado...

—¡Siéntese, demonios! Y no nos haga creer que, a su edad, no sabe encajar una broma.

Maigret lo miró mientras pronunciaba estas palabras y observó que la frente del conde estaba perlada de gruesas gotas de sudor.

—Ninguno de nosotros trata de aparentar que es mejor de lo que es, ¿verdad? Bien, veo que empiezan a comprender. Tomen una fruta; es excelente para la digestión.

Hacía un calor insoportable, y Maigret se preguntó quién había apagado las lámparas, dejando encendidas sólo las velas de la mesa.

—Su caso es tan sencillo que hasta carece de interés. Tenía un papel poco brillante, de los que no se aceptan por mucho tiempo. Pero, en fin, figuraba usted en el testamento. Ahora bien, el testamento podía ser modificado en cualquier momento. ¡Una muerte repentina y asunto zanjado! Era usted libre. Recogía el fruto de su..., de su sacrificio y, bueno, se casaba con alguna jovencita de Bourges a la que sin duda ya le tendrá echado el ojo.

—¡Perdón! —intervino el abogado, tan cómicamente que Maigret no pudo contener una sonrisa.

—¡Cierre el pico y beba! —le gritó Saint-Fiacre, tajante. Estaba borracho, de eso no cabía ya duda. Desplegaba esa elocuencia peculiar de los borrachos, mezcla de brutalidad y agudeza, de facilidad de expresión y concisión—. Sólo faltó yo —llamó a Albert—. Escuche, Albert, suba usted arriba. Debe de resultar tan lúgubre para mi madre estar ahí sola...

Maigret vio cómo el criado fijaba una mirada interrogadora en el viejo Gautier, que movió afirmativamente los párpados.

—Un momento. Antes traiga algunas botellas a la mesa. El *whisky* también. Imagino que a nadie le preocupa el protocolo —consultó su reloj—.

Las once y diez. Hablo tanto que no he oído las campanas de su iglesia, padre —al ver que el mayordomo movía ligeramente el revólver al dejar las botellas de *whisky*, intervino—: Cuidado, Albert. Tiene que quedar a igual distancia de todos —esperó a que estuviese cerrada la puerta—. Ya está —concluyó—. ¡Sólo faltó yo! De nada nuevo se enteran si les digo que nunca he hecho nada bueno en mi vida. Salvo quizá en vida de mi padre, pero como murió cuando tenía yo diecisiete años... Estoy sin un céntimo. Todo el mundo lo sabe, las revistillas lo mencionan con palabras apenas veladas: extendiendo cheques sin fondos, sableo a mi madre todo lo que puedo, me invento la enfermedad de Berlín para conseguir unos miles de francos. Observen que, a pequeña escala, viene a ser la faena del misal.

»Ahora bien, ¿qué ocurre? Que el dinero que me corresponde se lo gastan imbéciles como Métayer. Discúlpeme, amigo; seguimos haciendo alta psicología. Pronto no quedará nada. Telefono a mi madre cuando un cheque sin fondos está a punto de dar con mis huesos en la cárcel. Ella se niega a pagar; de eso hay testigos que darán fe. En fin, que de seguir todo así, en pocas semanas habrá volado mi patrimonio. Dos hipótesis, como para Emile Gautier. La primera...

Maigret no se había sentido tan incómodo en toda su carrera. Y sin duda era la primera vez que tenía la clarísima sensación de no mostrarse a la altura de las circunstancias. Le rebasaban los acontecimientos. A ratos parecía comprenderlo todo y, al instante siguiente, una frase de Saint-Fiacre lo dejaba con terribles dudas.

Y ese pie insistente, pegado al suyo...

—¿Y si cambiásemos de tema? —se atrevió a aventurar el abogado, totalmente borracho.

—Señores... —empezó a decir el párroco.

—Perdón. Me deben ustedes su tiempo al menos hasta medianoche. Decía que la primera hipótesis... ¡Fantástico! Han conseguido que se me olvide lo que iba a decir —como para recobrar el hilo, se llenó el vaso de *whisky*—. Sé que mi madre es muy sensible. Introduzco el papel en su misal sólo para asustarla y, de paso, ablandarla, con la idea de volver al día siguiente para pedirle los fondos necesarios y la esperanza de encontrarla más complaciente.

»Pero está la segunda hipótesis: ¿por qué no he de querer asesinarla yo también? No todo el dinero de los Saint-Fiacre ha sido dilapidado; algo queda. Y, en mis circunstancias, un poco de dinero, por poco que sea, quizá signifique mi salvación. Sé que Métayer figura en el testamento. Pero un asesino no puede heredar. ¿Y no será él el primero sobre el que recaigan todas las sospechas del crimen? Pasa bastante tiempo en una imprenta de Moulins, y, viviendo en el castillo, puede, como quiera y cuando quiera, introducir el papel en el misal.

»¿Acaso no llegué a Moulins el sábado por la tarde? ¿Y no esperé allí, con mi amante, el resultado de esa maniobra? —se levantó con el vaso en la mano—. A su salud, caballeros. Vaya, les veo muy lúgubres. Lo siento. La vida de mi pobre madre, durante estos últimos años, ha sido también lúgubre, ¿no es cierto, padre? Sería justo que en su última noche tuviese alguna alegría —miró al comisario a los ojos—. ¡A su salud, Monsieur Maigret!

¿De quién se burlaba? ¿De sí mismo? ¿De todo el mundo?

Maigret se sentía en presencia de una fuerza contra la que nada podía hacerse. Ciertos individuos, en un momento dado de su vida, gozan de una hora de plenitud, una hora durante la cual se sienten en cierto modo por encima del resto de la humanidad y de sí mismos.

Es el caso del jugador que, en Montecarlo, gana sin parar, haga lo que haga. El caso del parlamentario de la oposición, hasta entonces desconocido, que con su discurso hace tambalearse al gobierno, lo derriba y es el primero en sorprenderse de ello, pues tan sólo deseaba unas líneas en el *Journal Officiel*.

Maurice de Saint-Fiacre vivía ese momento. Había en él una fuerza que ni él mismo barruntaba, y los demás no podían sino bajar la cabeza.

Pero ¿no era la borrachera lo que le exaltaba de ese modo?

—Dado que aún no es medianoche, volvamos al punto del que hemos partido al inicio de esta charla, caballeros. He dicho que el asesino de mi madre se halla entre nosotros. He demostrado que podía ser yo o uno de ustedes; salvo quizá el comisario y el médico, todavía no estoy seguro de eso. Y he anunciado su muerte. ¿Me permiten, una vez más, jugar a las hipótesis? El asesino sabe que la ley nada puede contra él. Pero sabe también que varias, o, mejor dicho, bastantes personas, seis al menos, conocerán su crimen. En

ese punto, volvemos a encontrarnos ante varias soluciones. La primera es la más romántica, la que cuadra más con Walter Scott.

»Pero me veo obligado a hacer un nuevo paréntesis. ¿Cuál es la peculiaridad de este crimen? Que hay al menos cinco individuos que gravitaban en torno a la condesa. Cinco individuos que estaban interesados en su muerte y que, acaso cada uno por separado, han discurrido los medios para provocar esa muerte. Uno solo se ha atrevido. ¡Uno solo ha matado! Pues bien, me lo imagino perfectamente aprovechando esta velada para vengarse de los demás. Si ya está perdido, ¿por qué no hacemos saltar a todos? —y Maurice de Saint-Fiacre, con una desconcertante sonrisa, fue mirándolos uno tras otro—. ¿No resulta apasionante? El viejo comedor del viejo castillo, las velas, la mesa atestada de botellas... y, a medianoche, la muerte. Observen que ésta significa al mismo tiempo la eliminación del escándalo. Mañana, los que acudan al entierro no entenderán nada. Se hablará de fatalidad o de atentado anarquista.

El abogado se revolvió en su silla, dirigiendo una mirada desazonada a su alrededor, hacia la penumbra que comenzaba a reinar a menos de un metro de la mesa.

—Si se me permite recordar que soy médico —masculló Bouchardon—, les aconsejaría a todos que se tomaran una taza de café bien cargado.

—Y yo —dijo lentamente el párroco— les diré que hay una difunta en la casa.

Saint-Fiacre vaciló un segundo. Un pie rozó el de Maigret; éste se inclinó rápidamente, pero, una vez más, demasiado tarde.

—Les he pedido hasta medianoche. Sólo he examinado la primera hipótesis. Queda la segunda. El asesino, acorralado, aterrado, se vuela la tapa de los sesos. Sin embargo, no creo que lo haga.

—¡Les suplico que pasemos al fumadero! —gritó el abogado levantándose y agarrándose al respaldo de la silla para no caerse.

—Y por último cabe una tercera hipótesis. Alguien, que vela por el honor de la familia, acude en ayuda del asesino. Aguarden, la cuestión es más compleja. ¿No se trata de evitar el escándalo? ¿No hay que ayudar al culpable a suicidarse? El revólver está ahí, caballeros, a igual distancia de todas las manos. Son las doce menos diez. Les repito que a las doce el asesino habrá

muerto.

Esta vez empleó tal tono que todos enmudecieron. Las respiraciones quedaron en suspenso.

—La víctima está arriba, velada por un sirviente. El asesino está aquí, rodeado de siete personas.

Saint-Fiacre apuró de un trago el contenido del vaso. El pie anónimo seguía rozando el de Maigret.

—Las doce menos seis minutos. ¿No es puro Walter Scott? Tiemble, señor asesino —¡estaba borracho! ¡Y seguía bebiendo!—. Cinco personas al menos para despojar a una vieja privada de su marido, de afecto. Una sola se atreve. Será la bomba o el revólver, caballeros. La bomba que nos hará saltar a todos, o el revólver que sólo matará al culpable. Las doce menos cuatro —dijo, y añadió con voz seca—: ¡No olviden que nadie sabe quién es el asesino!

Agarró la botella de *whisky* y sirvió a todos, empezando por el vaso de Maigret y acabando por el de Emile Gautier.

No llenó el suyo. Tal vez había bebido ya suficiente. Se apagó una vela; de un momento a otro, lo mismo les ocurriría a las otras.

—He dicho las doce. Las doce menos tres —adoptaba un tono de subastador—. Las doce menos tres, menos dos... El asesino va a morir. Ya puede empezar a rezar, padre. Y usted, doctor, supongo que llevará consigo el maletín. Menos dos..., menos uno y medio...

Y aquel pie insistente, pegado al de Maigret, que no se atrevía a agacharse para no perderse otro espectáculo.

—¡Yo me voy! —gritó el abogado.

Todas las miradas se volvieron hacia él. Estaba de pie, asido al respaldo de la silla. Dudaba en dar los tres peligrosos pasos que lo separaban de la puerta. Soltó un hipido.

Y al mismo tiempo sonó una detonación. Hubo un segundo, quizá dos, de inmovilidad general.

Mientras se apagaba la segunda vela, Maurice de Saint-Fiacre se tambaleó, golpeó con los hombros el respaldo de su silla gótica y se inclinó hacia la izquierda; se revolvió para echarse hacia la derecha, pero su cabeza se desplomó, inerte, sobre el brazo del párroco.

Velada fúnebre

La escena que siguió fue confusa. En todas partes ocurría algo, y después nadie hubiera podido contar sino la pequeña porción de los acontecimientos que había vivido personalmente.

Sólo quedaban cinco velas para alumbrar el comedor. Había enormes zonas de oscuridad, y los invitados, nerviosos, entraban y salían de ellas como de los bastidores de un teatro.

Había disparado uno de los vecinos de Maigret: Emile Gautier. Y, apenas efectuado el disparo, tendió ambos brazos al comisario con un gesto un tanto teatral.

Maigret estaba de pie. Gautier se levantó. Su padre también. Y los tres se situaron en un extremo de la mesa, mientras otro grupo rodeaba a la víctima.

El conde de Saint-Fiacre seguía con la frente pegada al brazo del párroco. —¿Muerto? —preguntó el gordito abogado.

No hubo respuesta. Parecía como si, en ese grupo, la escena transcurriera apresuradamente, interpretada por malos actores.

Jean Métayer era el único que no formaba parte de uno ni de otro grupo. Permanecía junto a su silla, inquieto, presa de temblores, y no sabía hacia qué lado mirar.

Emile Gautier debía de haber preparado su actitud durante los minutos que habían precedido a su acto, ya que apenas dejó el arma sobre la mesa hizo literalmente una declaración, mirando a Maigret a los ojos:

—Lo había anunciado él, ¿no? El asesino debía morir. Y dado que era demasiado cobarde para hacerse justicia a sí mismo... —afirmó con extraordinario aplomo—, he hecho lo que he considerado mi deber.

¿Oían algo los que estaban al otro lado de la mesa? Resonaron pasos en el

pasillo. Eran los sirvientes. El doctor Bouchardon se dirigió hacia la puerta para impedirles entrar. Maigret no oyó qué les dijo para alejarlos.

—Cuando vi a Saint-Fiacre merodear por el castillo la noche del crimen, comprendí... —toda la escena sonaba a falsa. Y Gautier resultó ser un pésimo actor cuando declaró—: Los jueces dirán si...

Intervino el médico:

—¿Está usted seguro de que fue Saint-Fiacre quien asesinó a su madre?

—¡Seguro! ¿Habría actuado yo así si...?

—¿Lo vio usted merodear por el castillo la noche anterior al crimen?

—Lo vi como lo estoy viendo a usted. Había dejado el coche a la entrada del pueblo.

—¿No tiene usted otra prueba?

—Tengo una. Esta tarde el monaguillo, acompañado de su madre, ha venido a verme al banco. Su madre le ha tirado de la lengua y el chico me ha contado que, poco después del crimen, el conde le pidió que le diera el misal y le prometió dinero.

Maigret estaba a punto de perder la paciencia, porque tenía la sensación de que lo dejaban al margen de la comedia.

Pues a todas luces era una comedia. ¿Por qué, si no, sonreía el médico para sus adentros? ¿Y por qué el párroco alzaba suavemente la cabeza de Saint-Fiacre?

Comedia que, por lo demás, proseguiría en tono de farsa y, a la vez, de drama.

El conde de Saint-Fiacre, en efecto, se irguió como quien acaba de descabezar un sueño. Tenía una mirada dura y le asomaba un pliegue irónico pero amenazador en la comisura de los labios.

—¡Ven a repetirme eso aquí!

Se oyó un grito terrorífico. Emile Gautier aullaba de miedo, aferrado al brazo de Maigret como pidiendo protección. Pero el comisario retrocedió, dejando campo libre a los dos hombres.

Uno de los presentes no entendía nada: Jean Métayer. Y estaba casi tan asustado como el empleado de banco. Para colmo, se cayó uno de los candelabros y el mantel empezó a arder, y se extendió por la estancia un olor a quemado.

El abogado apagó el conato de incendio derramando el contenido de una botella de agua.

—¡Ven aquí!

Era una orden. Y el tono era tal que no había modo alguno de desobedecer.

Maigret había cogido el revólver. De una simple ojeada comprobó que estaba cargado con munición de fogeo.

El resto, lo adivinaba. Maurice de Saint-Fiacre dejando caer la cabeza en el brazo del párroco, unas palabras susurradas para que se simulara durante unos instantes su muerte...

Ahora no era ya el mismo hombre. Parecía más alto, más corpulento. No despegaba los ojos del joven Gautier, pero el administrador corrió de repente hacia una ventana, la abrió y gritó a su hijo:

—¡Por aquí!

No estaba mal pensado. Reinaba tal agitación y desconcierto que Gautier tuvo posibilidad de huir. ¿Lo hizo adrede el abogadillo? Probablemente no. O quizá la borrachera le infundió una especie de heroísmo. El caso es que cuando el fugitivo se dirigía hacia la ventana, Tallier alargó una pierna y Gautier cayó cuan largo era.

No se levantó por sus propias fuerzas.

Una mano le asió del cuello, lo alzó en volandas y lo puso en pie. Emile lanzó un nuevo berrido cuando vio que era Saint-Fiacre quien lo obligaba a mantenerse erguido.

—¡No se te ocurra moverte! Que alguien cierre la ventana —y estrelló por primera vez el puño en el rostro de Emile Gautier, que se puso como la grana. Saint-Fiacre lo hizo fríamente—. ¡Ahora habla, desembucha!

Nadie intervino. Ni nadie pensó en intervenir, pues todos sabían muy bien que, de los presentes, sólo un hombre tenía derecho a alzar la voz.

Sin embargo, el padre de Emile gruñó al oído de Maigret:

—¿Va usted a dejar que...?

¡Y sin la menor duda! Maurice de Saint-Fiacre dominaba la situación y estaba a la altura de las circunstancias.

—Me viste la noche en cuestión, ¿eh? —y prosiguió, dirigiéndose a los demás—: ¿Sabían ustedes dónde? En la escalinata. Yo me disponía a entrar y

él salía. Mi intención era llevarme ciertas joyas de la familia para venderlas. Nos encontramos cara a cara, en medio de la noche. Helaba. Y este canalla me dijo que salía de... ¿Lo adivinan? ¡Sí, de la habitación de mi madre! —bajó la voz y añadió con tono indiferente—: Renuncié a mi proyecto y regresé a Moulins.

A Métayer se le salían los ojos de las órbitas. El abogado se acariciaba la perilla, por hacer algo, y miraba de soslayo su copa sin atreverse a tocarla.

—No bastaba con esa prueba. Porque había dos personas en la casa, Métayer y Emile Gautier, y este último podía haber dicho la verdad. Como mencioné antes, él fue el primero en aprovecharse del desequilibrio de una vieja. Jean Métayer apareció después. ¿Y no intentó vengarse Métayer al sentir que su situación estaba amenazada? Quise averiguarlo. Estaban los dos en guardia, como desafiándome, ¿no es así, Gautier? Ese tipo que extiende cheques sin fondos y ronda de noche por el castillo no se atreverá a acusar, por temor a que le detengan a su vez —cambió de tono—: Discúlpeme, padre, y usted también, doctor, por hacerles respirar toda esta inmundicia. Pero, como ya hemos dicho, la auténtica justicia, la de los tribunales, no tiene nada que hacer aquí. ¿Verdad, Monsieur Maigret? Supongo que me habrá comprendido cuando le daba pataditas por debajo de la mesa, ¿no? —se paseaba por la estancia, hundiéndose sucesivamente en la luz y en la oscuridad. Daba la impresión de contenerse, de lograr permanecer sereno a costa de un terrible esfuerzo. A veces se acercaba a Emile hasta casi tocarlo—. ¡Qué tentación, agarrar el revólver y disparar! Sí, yo mismo lo había anunciado: ¡el culpable moriría a las doce! Y tú, canalla, te convertirías en el defensor del honor de los Saint-Fiacre.

Esta vez le golpeó en pleno rostro con tal fuerza que la nariz empezó a sangrar abundantemente.

Emile Gautier ponía ojos de carnero degollado. El puñetazo le hizo tambalearse y estuvo a punto de llorar de dolor, de miedo, de desasosiego.

El abogado quiso interponerse, pero Saint-Fiacre lo rechazó.

—¡Usted estése quieto! —y ese «usted» marcaba toda la distancia que mediaba entre ellos. Maurice de Saint-Fiacre los dominaba—. Discúlpeme, caballeros, pero me queda aún por efectuar una pequeña formalidad —abrió la puerta de par en par y ordenó a Emile—: ¡Ven!

El otro tenía los pies clavados en el suelo. El pasillo no estaba iluminado. No quería avanzar y quedarse a solas con su adversario.

La cosa no duró mucho. Saint-Fiacre se acercó a él y de un puñetazo lo mandó rodando al vestíbulo.

—¡Sube! —le dijo señalando la escalera que llevaba al primer piso.

—Comisario, le advierto que... —balbuceó el administrador, resollando.

El párroco había vuelto la cabeza. Sufría. Pero no se veía con ánimos para interponerse. Todos estaban en el límite de sus fuerzas, y Métayer tenía la garganta tan seca que se sirvió de lo primero que encontró.

—¿Adónde van? —preguntó el abogado.

Se les oía caminar por el pasillo, cuyas baldosas resonaban bajo sus pasos. Y se percibía la respiración jadeante de Emile Gautier.

—Lo sabía usted todo —dijo lentamente, en voz muy baja, Maigret al administrador—. ¡Estaban los dos conchabados! Se habían hecho ya con las fincas y las hipotecas. Pero Métayer seguía siendo peligroso. ¿Por qué no hacer desaparecer a la condesa y, al mismo tiempo, alejar al *gigoló* convirtiéndolo en sospechoso?

Un grito de dolor. El médico se asomó al pasillo para ver qué ocurría.

—Nada —dijo a los demás—. Que el miserable no quiere subir y le obligan a moverse.

—¡Es odioso! ¡Un crimen! ¿Qué va a hacer? —gritó el viejo Gautier precipitándose hacia allí. Maigret y el médico lo siguieron. Llegaron al pie de la escalera en el momento en que el conde y Emile Gautier, arriba, alcanzaban la puerta de la cámara mortuoria.

Y se oyó la voz de Saint-Fiacre:

—¡Pasa!

—No puedo. Me...

—¡Que pases!

Un ruido sordo. Otro puñetazo.

El administrador subía corriendo la escalera, seguido de Maigret y de Bouchardon. Los tres llegaron arriba cuando se cerraba la puerta, y nadie se movió.

Al principio no se oyó nada tras el pesado batiente de roble. El administrador contenía el aliento, gesticulaba en la oscuridad.

Un simple rayo de luz, tras la puerta.

—¡De rodillas!

Una pausa. Un ronco jadeo.

—¡Más aprisa! ¡De rodillas! ¡Y ahora pide perdón!

Un nuevo silencio, muy largo. Un grito de dolor. Esta vez no fue un puñetazo lo que recibió el asesino, sino un taconazo en plena cara.

—Per..., perdón.

—¿Eso es todo? ¿Eso es todo lo que se te ocurre decir? Recuerda que fue ella la que te pagó los estudios.

—¡Perdón!

—Recuerda que, hace tres días, ella aún estaba viva.

—Perdón.

—Recuerda, siniestro rufián, que en otro tiempo te metiste en su cama.

—¡Perdón! ¡Perdón!

—¡No es suficiente! Vamos, dile que eres un despreciable insecto. Repítelo.

—Soy...

—¡De rodillas, te he dicho! ¿Acaso necesitas una alfombra?

—¡Ay! Soy...

—Pide perdón.

De pronto, una serie de ruidos violentos sucedieron a las réplicas separadas por largos silencios. Saint-Fiacre ya no se contenía. Se oían golpes contra el parqué.

Maigret entreabrió la puerta. Maurice de Saint-Fiacre había agarrado por el cuello a Gautier y le golpeaba la cabeza contra el suelo.

Al ver al comisario, lo soltó, se enjugó la frente y se incorporó.

—¡Hecho! —exclamó, respirando entrecortadamente. Cuando vio al administrador, frunció el ceño—. ¿No sientes necesidad de pedir perdón tú también?

Y al viejo le entró tanto miedo que se hincó de rodillas.

A la vacilante luz de los dos cirios, de la difunta tan sólo se veía la nariz, que parecía desmesurada, y las manos juntas sosteniendo un rosario.

—¡Sal de aquí!

El conde empujó afuera a Emile Gautier y cerró la puerta. El grupo

comenzó a bajar las escaleras.

Emile Gautier sangraba. No encontraba el pañuelo. El médico le alargó el suyo.

El espectáculo era espantoso: un rostro magullado, lleno de sangre; la nariz no era ya sino una masa sanguinolenta, y tenía el labio superior partido.

Sin embargo, lo más repulsivo, lo más abyecto, era su mirada huidiza.

Maurice de Saint-Fiacre, a grandes zancadas, muy tieso, como un amo y señor que sabe qué debe hacer, cruzó el largo pasillo de la planta baja y abrió la puerta; entró una bocanada de aire helado.

—Largo de aquí —masculló, volviéndose hacia padre e hijo.

Pero, en el momento en que salía Emile, lo agarró con gesto instintivo.

Maigret creyó oír que estallaba un sollozo en la garganta del conde. Y, al instante, éste empezó a golpear a Emile de nuevo, convulsivamente, gritando:

—¡Canalla, canalla!

Al comisario le bastó tocarle el hombro. Saint-Fiacre recobró el dominio de sí mismo, arrojó literalmente el cuerpo por la escalinata y cerró la puerta.

Aunque no lo bastante rápido como para que no se oyese balbucir al viejo:

—Emile, ¿dónde estás?

El párroco, con los codos en el aparador, rezaba. Métayer y su abogado estaban inmóviles en un rincón, sin despegar los ojos de la puerta.

Entró Maurice de Saint-Fiacre, muy erguido.

—Caballeros... —empezó.

Pero no podía hablar. Le ahogaba la emoción. Estaba extenuado.

Estrechó la mano al médico y a Maigret, dándoles a entender que el papel de ambos había acabado allí. Luego, volviéndose hacia Métayer y su acompañante, esperó.

La pareja no parecía comprender. O los paralizaba el terror.

El conde necesitó hacer un gesto para indicarles el camino, acompañado de un chasquido de dedos.

Nada más.

Sí, algo más: el abogado buscaba su sombrero y Saint-Fiacre le apremió:

—¡Más aprisa!

Maigret oyó un murmullo tras una puerta y adivinó que eran los

sirvientes, que trataban de averiguar qué sucedía en el castillo.

Se embutió en el pesado gabán. Sintió la necesidad de estrechar una vez más la mano de Saint-Fiacre.

La puerta estaba abierta. Fuera, la noche era clara y fría, sin una nube. Los álamos se recortaban en un cielo bañado por la luz de la luna. Resonaban pasos en algún lugar, muy lejos, y había luz en las ventanas de la casa del administrador.

—No. Quédese, padre —se oyó, y la voz de Maurice de Saint-Fiacre resonó en el pasillo—: Ahora, si no está usted muy cansado, velaremos a mi madre.

El silbato de dos tonos

— **N**o se enfade conmigo por lo poco que me ocupo de usted, Monsieur Maigret. Con el entierro... —y la pobre Marie Tatin se afanaba, preparando cajas enteras de botellas de cerveza y limonada—. Los que viven muy lejos, éstos sobre todo, entrarán a tomar un bocado aquí.

Los campos estaban blancos de escarcha y las hierbas se tronchaban al pisarlas. Cada cuarto de hora tañían las campanas de la iglesia.

El coche fúnebre había llegado al amanecer y los empleados de pompas fúnebres se habían acomodado en la fonda, formando un semicírculo en torno a la estufa.

—Me extraña que el administrador no esté en su casa. Seguramente habrá ido al castillo, para hacer compañía al conde.

Empezaban a llegar campesinos endomingados.

Maigret acababa de desayunar cuando, por la ventana, vio llegar al monaguillo de la mano de su madre. Pero la madre no lo acompañó hasta la fonda. Se detuvo en el recodo de la carretera, donde pensaba que no la veía nadie, y empujó a su hijo hacia delante, como para darle el impulso necesario para llegar hasta la fonda que regentaba Marie Tatin.

Al entrar, Ernest parecía seguro de sí mismo. Tan seguro como puede estarlo un niño que, en el reparto de premios, recita una fábula que lleva repitiendo tres meses.

—¿Está el señor comisario? —preguntó a Marie Tatin; en ese momento vio a Maigret y se dirigió hacia él con las manos en los bolsillos, una de ellas manoseando algo—. Vengo para...

—Enséñame tu silbato.

Ernest dio un paso atrás, desvió la mirada y, tras pensárselo un poco,

murmuró:

—¿Qué silbato?

—El que llevas en el bolsillo. Hace tiempo que deseabas tener un silbato de *boy-scout*, ¿verdad?

El chico, como un autómatas, se lo sacó del bolsillo y lo dejó encima de la mesa.

—Y, ahora, cuéntame tu historia.

Una mirada recelosa y un imperceptible encogimiento de hombros.

Ernest, pese a su escasa edad, era astuto. En su mirada se leía claramente: «¡Tanto da! Como ya tengo el silbato, diré lo que me han ordenado que diga».

—Es por lo del misal —recitó—. El otro día no se lo dije todo, porque me daba usted miedo. Pero mamá quiere que le confiese la verdad. Vinieron a pedirme el misal poco antes de la misa mayor. —Se sonrojó y, de repente, agarró el silbato como si temiera que se lo confiscaran por contar esa mentira.

—¿Y quién fue a verte?

—Monsieur Métayer, el secretario del castillo.

—Ven a sentarte a mi lado. ¿Quieres tomar una granadina?

—Sí, con esa agua que pica.

—Tráenos una granadina con sifón, Marie. Supongo que estarás muy contento con tu silbato, ¿no? Vamos, enséñame cómo tocas.

Los empleados de pompas fúnebres se giraron al oír silbar.

—Te lo compró tu madre ayer por la tarde, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabe?

—¿Cuánto le dieron ayer en el banco a tu madre?

El chico pelirrojo lo miró a los ojos. Ya no estaba sonrojado, sino palidísimo. Lanzó una ojeada hacia la puerta, como para medir la distancia que lo separaba de ella.

—Tómame la granadina. Os recibió Emile Gautier, ¿verdad? Y te hizo aprender lo que tenías que decir.

—Sí.

—¿Te dijo que acusaras a Jean Métayer?

—Sí —confesó, y preguntó tras un instante de reflexión—: ¿Qué va a hacerme usted?

Maigret se olvidó de contestar. Cavilaba. Cavilaba que su papel en ese asunto se había limitado a aportar el último eslabón, un pequeñísimo eslabón que cerraba perfectamente el círculo.

La persona sobre la que Emile Gautier quería que recayesen las sospechas era, en efecto, Jean Métayer. Pero la velada de la víspera había trastornado sus planes. Había comprendido que el hombre peligroso no era el secretario, sino Maurice de Saint-Fiacre.

Si todo hubiese salido bien, Gautier habría ido a ver al niño a primera hora para enseñarle a recitar una nueva versión: «Dirás que fue el señor conde quien te pidió el misal».

—¿Qué va a hacerme usted? —repitió el chico. Maigret no tuvo tiempo de contestar. El abogado bajaba la escalera; entró en el comedor y se acercó a Maigret con la mano tendida y una pizca de vacilación.

—¿Ha dormido usted bien, señor comisario? Discúlpeme, me gustaría pedirle consejo en nombre de mi cliente. Esta mañana tengo un dolor de cabeza espantoso —se sentó, o más bien se dejó caer en el banco—. El funeral es a las diez, ¿verdad? —miraba a los de pompas fúnebres y a la gente que deambulaba por la carretera en espera de que comenzase el entierro—. Entre nosotros, ¿cree usted que Métayer debe...? Entiéndame. Nos hacemos cargo de la situación, y precisamente por delicadeza...

—¿Puedo irme ya, señor?

Maigret no le oyó.

—¿Aún no lo ha comprendido? —le dijo al abogado.

—El caso es que si examinamos...

—Un buen consejo: ¡no examine nada!

—¿Opina usted que es mejor que nos marchemos sin...?

Demasiado tarde. Ernest, que había cogido el silbato, abrió la puerta y salía a toda prisa.

—Legalmente, estamos en una situación exce...

—Excelente, sí.

—¿Verdad que sí? Eso mismo le decía a...

—¿Ha dormido bien Métayer?

—Ni se ha desnudado. Es un muchacho muy nervioso, muy sensible, como muchos jóvenes de buena familia, y...

Los empleados de pompas fúnebres aguzaban ya el oído; se levantaron y pagaron sus consumiciones. Maigret se levantó a su vez, descolgó el abrigo de cuello de terciopelo y restregó el sombrero hongo con la manga.

—Podrían marcharse discretamente durante...

—¿... durante el entierro? En ese caso, tengo que pedir un taxi.

—Eso es.

El sacerdote con sobrepelliz. Ernest y dos monaguillos con sotana negra. La cruz, que llevaba el párroco de un pueblo vecino apretando el paso debido al frío. Y los cantos litúrgicos entonados por la carretera.

Los campesinos formaban un grupo al pie de la escalinata del castillo. No se veía nada en el interior. Por fin se abrió la puerta y apareció el ataúd, llevado por cuatro hombres.

Detrás, una alta figura: Maurice de Saint-Fiacre, muy erguido, con los ojos enrojecidos.

No iba de negro. Era el único que no vestía de luto. Pese a todo, cuando, desde lo alto de la escalinata, dejó vagar la mirada sobre la multitud, sintió como un malestar. Salía del castillo, sin nadie a su lado. Y seguía al féretro solo.

Desde donde estaba, Maigret podía ver la casa del administrador, que fuera la suya, con las puertas y las ventanas cerradas.

Los postigos del castillo estaban también cerrados. Tan sólo en la cocina los sirvientes pegaban la cara a los cristales.

Un rumor de cantos sagrados casi ahogados por los pasos que hacían rechinar la grava.

Doblaban las campanas.

Las miradas del conde y del comisario se cruzaron.

¿Se equivocaba Maigret? Le pareció que en los labios de Maurice de Saint-Fiacre flotaba la sombra de una sonrisa. No la sonrisa del parisiense escéptico, del señorito arruinado.

Una sonrisa serena, confiada.

Durante la misa, todo el mundo pudo oír la estridente bocina de un taxi: un golfo ponía pies en polvorosa en compañía de un abogado embotado por la resaca.

Última revisión por UMDN: 26 de abril de 2022

